

G. LENOTRE

De la Academia Francesa



ROBESPIERRE

PREFACIO DE

ANDRÉ CASTELOT



André Castelot, prologuista de esta obra póstuma de G. Lenotre, escribe a propósito de Maximilien Robespierre: «[...] Leyendo el “Robespierre” que ahora presentamos al amplio público de esta colección, veremos nacer al conjuro de la pluma de G. Lenotre el Maximiliano que quizá no mostramos suficientemente en nuestra emisión televisada *El terror y la virtud*. Mi amigo Alain Decaux —autor de los notables diálogos de dicho programa— no tenía más remedio que seleccionar, desde luego... Pero yo lamenté, por mi parte, que el “padre” de la atroz ley de Pradial fuera sacrificado en beneficio de un Robespierre idílico. Lamenté igualmente que los imperativos de la televisión impidiesen mostrar las carretas atravesando París cada día en medio de un nauseabundo olor de sangre».

G. Lenotre construyó, con datos fidedignos y documentados, una breve pero profunda biografía de Robespierre (consultaba tantos archivos, legajos, hemerotecas, que proporcionó en su magistral *París Revolucionario* hasta el plano de la vivienda del carpintero Duplay, donde Maximilien tuvo un modesto cuartito donde trabajaba y vivía de modo espartano) que no oculta virtudes y defectos, sin escorar los datos hacia una hagiografía que hurte los aspectos oscuros del retratado (como tantas lo hacen) ni hacia una semblanza despectiva que abone los vituperios hacia una figura controvertida a la que no se le puede negar una profunda honestidad de base, aunque llevase demasiado lejos la influencia de Jean-Jacques Rousseau (casi un ser divino para él) a su exigencia de «virtud».



G. Lenotre

Robespierre

ePub r1.0

Titivillus 20.03.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Robespierre*
G. Lenotre, 1965
Traducción: Federico Revilla
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRESENTACIÓN DE ESTA EDICIÓN DIGITAL

De los grandes, capitales personajes históricos, de quienes han visto sus nombres grabados indeleblemente en las páginas que rescatan su existencia para la posteridad, nunca podrá saberse todo, conocerse todos sus detalles, pensamientos, intenciones, impulsos, estados de ánimo, luces y sombras. Lo que podamos saber de ellos será siempre una aproximación, un esbozo, un mero bosquejo, por muchos datos que historiadores de cualquier cuño hayan podido recabar sobre sus vidas.

Maximilian Robespierre no sólo es un ejemplo más de esa imposibilidad de conocimiento total de su vida, sino que ésta se enmaraña de forma inextricable debido al sesgo con que le retrata la historiografía tradicional por autores tan significativos como Albert Soboul, Georges Lefebvre (escorados a una interpretación marxista que trata de imprimir *à rebours* el concepto de «lucha de clases» a cualquier fenómeno histórico que caiga en sus manos, cortando aquí, estirando allá... verdaderos Procustos de la verdad) o Albert Matthiez (que declaró honestamente su «Robespierrismo» de base). También hay historiadores que derrotan menos a babor, por supuesto. Unos lo hacen más a estribor y otros procuran mantener un rumbo equilibrado, como meros reporteros de un tiempo terrible y convulso que cambió para siempre el mundo, saliendo del feudalismo para entrar en la Edad Moderna, también, cómo no, repleta de brillos y obscuridades.

De Robespierre escribió Stefan Zweig en su extraordinario retrato de Joseph Fouché lo siguiente:

« [...] Robespierre sigue siendo el bregado y seco abogado que en su provincia de Arras [...] producía dulzones versitos a la manera de Grécourt y después aburrió a la Asamblea de 1789 con su torrente oratorio. [...] Un duro y persistente trabajo sobre sí mismo y el incremento de sus tareas han hecho del demagogo Robespierre un hombre de Estado, de un flexible intrigante un político de pensamiento preciso, de un retórico un orador. Casi siempre, la responsabilidad eleva al hombre a la grandeza; así Robespierre creció por el sentimiento de su misión, porque en medio de codiciosos meritorios y meros gritones, siente la salvación de la República como la tarea que el destino le ha impuesto exclusivamente a él. Siente como una misión sagrada para la Humanidad la necesidad de llevar a la práctica precisamente su concepción de la República, de la Revolución, de la Moral e incluso de la Divinidad. Esa rigidez de Robespierre es a un tiempo la belleza y la debilidad de su carácter. Porque, embriagado por su propia incorruptibilidad, hechizado en su dureza dogmática, contempla la opinión de cualquier otro no sólo como distinta a la suya, sino como traición y, con el puño gélido de un juez de la Inquisición, arroja como hereje a todo el que piensa de otra manera a la nueva pira, la guillotina. Sin duda una gran idea, una idea pura vive en el Robespierre de 1794. Mejor dicho: no vive, está petrificada en él. No puede salir completamente de él y él no puede salir completamente de ella (destino de todos los espíritus dogmáticos), y esa falta de calor comunicativo, de humanidad que arrastra, quita a su acción la fuerza verdaderamente creadora. Sólo en la rigidez está su fuerza, sólo en la dureza su energía; lo dictatorial se ha convertido en sentido y forma de su vida. Así, sólo puede imprimir su yo a la Revolución, o destruirla. Un hombre así no tolera contradicción alguna, ninguna otra opinión en cuestiones intelectuales, a nadie junto a él y menos aún a alguien en su contra. Sólo puede soportar a la gente en tanto le devuelve como un espejo sus propias concepciones, en cuanto son almas esclavas, como Saint-Just y Couthon; la rabiosa solución de su atrabiliario temperamento expulsa implacable cualquier otra. Pero ¡ay de aquellos que no sólo se apartan de su opinión (también a éstos los persiguió), sino que incluso se han atravesado en su voluntad, que no han tenido en cuenta su infalibilidad!».

Afirmaciones no gratuitas (el extraordinario bagaje cultural de Zweig no provenía de ningún episodio pentecostal, sino de una trabajada cultura libresca, de múltiples fuentes que pugnan, cada una de ellas, por subirse al podio de la diosa Razón) que molestarán a tantos de los defensores del diputado de Arras, como Javier García Sánchez (autor de una monumental, documentadísima y enormemente parcial novela histórica del líder máximo del Club de los Jacobinos).

En medio de semejante panorama histórico surge una voz templada, bonancible, de observador

fascinado tanto por el bosque como por sus árboles (todos los árboles, de la especie que sean): la del historiador y académico Theodor Gosselin, que utilizaba el pseudónimo de «G. Lenotre». Su breve pero intensa biografía de Robespierre, publicada póstumamente (y tanto... Lenotre falleció en 1935 y este libro vio la luz en 1965), es un monumento a la mayor precisión posible en la ejecución de un retrato, a sabiendas de la imposibilidad de pinchar todos los matices.

André Castelot explica en el prefacio de esta biografía (centrada en el auge y caída del gran tribuno, ese Catón redivivo llamado justamente «El Incorruptible» y que llevó tan lejos su concepto de «Virtud», con tanto exceso, que terminó siendo arrastrado por su reflujo):

«[...] leyendo el “Robespierre” que ahora presentamos al amplio público de esta colección, veremos nacer al conjuro de la pluma de G. Lenotre el Maximiliano que quizá no mostramos suficientemente en nuestra emisión televisada *El terror y la virtud*. Mi amigo Alain Decaux —autor de los notables diálogos de dicho programa— no tenía más remedio que seleccionar, desde luego... Pero yo lamenté, por mi parte, que el “padre” de la atroz ley de Pradial fuera sacrificado en beneficio de un Robespierre idílico. Lamenté igualmente que los imperativos de la televisión impidiesen mostrar las carretas atravesando París cada día en medio de un nauseabundo olor de sangre. Lamenté no haber visto las reacciones del Incorruptible al recibir aquella carta escrita por la señora Duplessis, madre política de Camilo Desmoulins, que suplicaba a Robespierre la salvación de Lucila: “Si recuerdas todavía nuestras veladas hogareñas; si recuerdas las caricias que prodigabas al pequeño Horacio, al que te gustaba tener sobre las rodillas; si recuerdas que habías de ser mi yerno, evita una víctima inocente...”»

Robespierre, inmovible, no salvó a Lucila, como no lo hizo con su marido Camilo (fue el padrino de su hijo Horacio, mencionado por *madame* Duplessis en su inútil reclamo de piedad) ni con su antiguo amigo Danton. Posiblemente sentía más afecto y ternura por su perro, «Brount», que por cualquiera de los que le rodeaban y no siguiesen sus huellas y dictámenes con fidelidad aún más perruna que la de su amigo cuadrúpedo. En la historia ha habido ejemplares humanos así, desde Savonarola hasta Calvino. A ninguno de ellos puede reprochársele venalidad alguna, pero sí, en frase machadiana, no haber sabido poner «sordina a sus desvaríos».

La apoteosis de Robespierre, en la que hizo frente a los excesos conceptuales de «La Montaña» y cambió los que mantenía «El Pantano» (Para entendernos, la ultraizquierda revolucionaria y el centroderecha conservador, aunque tal taxonomía no haga justicia a los torbellinos de la Revolución Francesa), fue «La fiesta del Ser Supremo» (Que Lenotre, con perspicacia, insinúa que Robespierre no organizó tanto *ad maiorem Dei gloriam* como *pro domo sua*), a un tiempo triunfo y mascarada.

La caída está mil veces narrada en los trágicos acontecimientos del 9 de termidor, en donde los asediados y amenazados por sus acusaciones dieron la vuelta al panorama, precipitando al cabecilla de los *montagnards* a entrar en la Historia por la puerta de la Tragedia, con un final pavoroso y estremecedor (en el que se le aplicó su propia «Ley de 22 de pradial», una de las más inicuas disposiciones legales de todos los tiempos), que induce más a compasión, contemplado por el paso del tiempo, que al sentimiento de alivio que tuvieron que sentir los vencedores de aquella vertiginosa jornada; Tallien, Barras, Fouché... absolutamente en nada mejores que el derrotado y humillado Maximilian Robespierre, cuya inmolación fue la prueba concluyente de la profética afirmación de una de sus víctimas más célebres, el mejor orador de la Convención Nacional, Pierre Vergniaud:

«La revolución, como Saturno, acabará devorando a sus propios hijos».

PREFACIO

En el número 398 de la calle Saint-Honoré vivía feliz y tranquila una familia de artesanos. Sin embargo, corrían los días del Terror. Las carretas de los condenados pasaban cada día bajo las ventanas de la casa, rodando pesadamente sobre el empedrado de la calle y haciendo temblar las figurillas sobre los muebles. Pero esto no impedía que allí se viviera una dulce existencia, tanto más cuanto que la familia tenía la suerte de albergar a un huésped exquisito que llevaba alegremente a las hijas del artesano a recoger plantas en Issy, a almorzar sobre la hierba de Meudon o a vagar por las alamedas desiertas de los Campos Elíseos.

«Elegíamos generalmente las alamedas más retiradas», contará Babet, la linda hija menor de la familia. El huésped —a quien llamaban *Buen Amigo*— las acompañaba. «Pasábamos así juntos ratos felices. Estábamos rodeados siempre de pequeños saboyanos. *Buen Amigo* gozaba viendo bailar; les daba dinero; ¡era tan bueno! Tenía un perro llamado Brount, al que quería mucho; el pobre animal era muy fiel a su amo».

Por la noche, *Buen Amigo* les leía versos. ¡Le adoraban! La mayor, Eleonora, le amaba en secreto. Un visitante de la casa nos muestra al huésped «bien peinado y empolvado, vestido con una bata impecable, recostado en un gran sillón, ante una mesa cargada con los frutos más hermosos, mantequilla fresca, leche pura y café perfumado. Toda la familia —padre, madre e hijos— procuraba adivinar en sus ojos todos sus deseos para complacerlos al instante».

¡Qué contraste el de aquella vida apacible en el 398 de la calle Saint-Honoré, los trabajos de costura de las jóvenes Duplay, los cocidos de hierbas preparados por la madre y, llegando desde el patio, el ruido de la garlopa del carpintero, con el París de 1793, sumido cada día más en la sangre por la voluntad de *Buen Amigo*!... Porque el Huésped de los Duplay se llamaba Maximiliano Robespierre.

Por la mañana, *Buen Amigo* leía su correspondencia... Recibía cartas de admiradores. Escribía un ciudadano de Annecy el 14 de Mesidor del año II: «Quiero saciar mis ojos y mi corazón con tus rasgos, y mi alma, electrizada por todas las virtudes republicanas, me prestará ese fuego con que abrasas a todos los buenos republicanos. En tus escritos alienta tu persona. Yo me alimento de ellos...»

El incorruptible recibía también —¿quién lo hubiera creído?— cartas de amor. Una mujer de Nantes —la viuda Jakin— le escribía: «Mi querido Robespierre, desde el comienzo de la Revolución estoy enamorada de ti, pero antes me hallaba encadenada y supe vencer mi pasión. Hoy que soy libre, porque he perdido a mi marido en la guerra de la Vendée, quiero hacerte mi declaración ante el Ser Supremo.

»Confío que serás sensible a la confesión que te hago. Cuesta a una mujer hacer confesión semejante, pero el papel todo lo soporta y el sonrojo es menor en la distancia que frente a frente. Tú eres mi divinidad suprema y no conozco en la tierra otra que tú; te miro como ángel tutelar mío y no quiero vivir sino bajo tus leyes; son tan dulces que te juro, si eres tan libre como yo, unirme contigo para toda la vida».

Sin duda alguna, Robespierre sentiría lisonjeado su orgullo —porque gustaba de respirar los vapores del incienso— y guardó la carta en el cajón de su mesa, donde la encontrarían al hacer el inventario, el día siguiente a su ejecución, de los objetos dejados por el Incorruptible en su famoso «cuarto azul»...

¡El cuarto de Robespierre! No contenía más que cuatro sillas de paja, una mesa y una cama de nogal cubierta de damasco azul con flores blancas: un antiguo vestido de la señora Duplay. Allí habían sido recibidos un día Fréron y Barras. Alguien —Cornelia Copeau— había anunciado:

—¡Es Fréron y un amigo suyo que no sé cómo se llama!

Les precedió y abrió la puerta. Robespierre no les saludó. Estaba terminando su arreglo personal ante un espejo. Acababa de ser empolvado por el peluquero y con un cuchillito raspaba el polvo que cubría su rostro. Se quitó la bata, que arrojó sobre una silla, se lavó las

manos en una palangana y escupió, sin excusarse por ello, a los pies de sus visitantes, sin concederles la menor atención. Fréron y Barras hablaron uno tras otro, defendiendo su causa.

—Es muy penoso, cuando se procede con tanta sinceridad como nosotros, no sólo no ver que se le haga a uno justicia, sino ser objeto de las más inicuas acusaciones y de las calumnias más monstruosas. Estamos seguros de que, por lo menos, quienes nos conocen como tú, Robespierre, nos harán justicia y lograrán que se nos haga.

Robespierre no hizo ni un gesto. Respondió con el silencio. «No he visto nada tan impasible en el mármol helado de las estatuas ni en el rostro de los muertos», relataría Barras.

Se retiraron. Robespierre no les había mirado siquiera.

En otra de sus obras, Lenotre vio a Robespierre —porque él *veía* verdaderamente el pasado— en el amanecer de la fiesta del Ser Supremo: «Desde la mañana, con un cielo de pureza admirable, París se llenó de alegría y se adornó con las rosas de veinte leguas a la redonda. Todas las ventanas tenían su guirnalda y sus banderas.

»Desde el fondo de la casa de los Duplay se oía el ir y venir de la muchedumbre por la calle Saint-Honoré, el gozoso estruendo de los preparativos.

»En la modesta habitación donde abriga sus sueños, sentado ante la mesa bajo la que se ha tendido Brout, su perro fiel, Maximiliano permanece ensimismado... Sobre la cama se extienden preparados la casaca azul barbo, el calzón amarillo, el ancho cinturón de seda con los colores nacionales y el sombrero adornado con un penacho tricolor. Piensa en su casita de Arras, en su infancia sombría, en sus penosos comienzos en esta gran ciudad donde hoy está su nombre en todas las bocas: piensa que Francia, harta de sangre, cansada de terror, fatigada de revoluciones, no aguarda más que una palabra suya para aclamarle, una palabra de concordia y de piedad. Piensa en el discurso que va a pronunciar y cuya minuta copiada está allí, sobre su mesa; piensa que es el amo de París y que puede a su antojo hacer que reine en él la calma o sople la tempestad.

»Varias veces, en este siglo, Francia se ha encontrado así a merced de un discurso. Una palabra en lugar de otra hubiera cambiado el destino del país. Pero los hombres que fueron así amos de la situación pocas veces supieron hallar la que debía pronunciarse, la frase psicológica que respondiera a la idea latente de la nación. En cualquier caso, Robespierre —pues él sólo es quien nos ocupa— debía de estar aquel día poco inspirado.

»Cuando se hubo enfundado en su brillante uniforme, bajó al comedor para que le vieran. Toda la familia se encontraba allí reunida, las mujeres con atavíos claros, Duplay y su hijo en traje de fiesta; Eleonora entregó, a quien ella orgullosamente se complacía en considerar su prometido, el bello ramo de espigas y llores que debía llevar durante la ceremonia. Luego, en su febril apresuramiento, éste marchó sin probar el desayuno».



Éste es el Robespierre de la leyenda. Pero leyendo el «Robespierre» que ahora presentamos al amplio público de esta colección, veremos nacer al conjuro de la pluma de G. Lenotre el Maximiliano que quizá no mostramos suficientemente en nuestra emisión televisada *El terror y la virtud*. Mi amigo Alain Decaux —autor de los notables diálogos de dicho programa— no tenía más remedio que seleccionar, desde luego... Pero yo lamenté, por mi parte, que el «padre» de la atroz ley de Pradial fuera sacrificado en beneficio de un Robespierre idílico. Lamenté igualmente que los imperativos de la televisión impidiesen mostrar las carretas atravesando París cada día en medio de un nauseabundo olor de sangre. Lamenté no haber visto las reacciones del Incorruptible al recibir aquella carta escrita por la señora Duplessis, madre política de Camilo Desmoulins, que suplicaba a Robespierre la salvación de Lucila: «Si recuerdas todavía nuestras veladas hogareñas; si recuerdas las caricias que prodigabas al pequeño Horacio, al que te gustaba tener sobre las rodillas; si recuerdas que habías de ser mi yerno, evita una víctima inocente...»

¿Salvar a Lucila?

¿Le asaltó siquiera la idea? Quizá Robespierre —como se nos afirmará— deseaba a veces detener la matanza; pero fatigado, perdido en sus ensoñaciones e inerte, dejaba hacer, creyendo que «la guerra que sostenía con el arma del cadalso era la de la virtud contra el crimen». ¡La virtud! ¡Robespierre está íntegro ahí!

—La virtud —decía— sin la que el Terror es funesto.

Un año antes, la violencia sanguinaria había sido saludable: la patria estaba en peligro. Pero en aquel verano de 1794, «amordazados los enemigos del interior», el *sistema* se había hecho tanto más inútil cuanto que los ejércitos de la joven República, tras la victoria de Fleurus, conseguían éxitos por todas partes.

—Las victorias se encarnizan detrás de Robespierre como furias —diría Barrère, el miembro de la Convención.

Era la época en que exclamaba Cambon, el ordenador de las finanzas:

—¿Queréis hacer frente a vuestros compromisos? ¡Guillotínad! ¿Queréis indemnizar a los lisiados, a los mutilados y a todos los que tienen derecho a presentaros reclamaciones? ¡Guillotínad! ¿Queréis enjugar las incalculables deudas que tenéis? ¡Guillotínad! ¡Seguid guillotinando!

Y la guillotina funcionaba todos los días, reduciendo incluso las filas de la Convención. Los diputados, para sentirse más seguros, se apretaban unos junto a otros en sus bancos, mientras algunos espacios quedaban vacíos. Todos temblaban... Y de aquel miedo había de nacer el brío de la desesperación. Robespierre sentía aproximarse la revuelta y adivinaba la alianza que se preparaba entre los partidos hasta entonces divididos por sus manejos.

En el jardín Marbeuf, Babet Duplay, que tan lejos se siente de la política, escucha a su marido —su querido Le Bas— suspirar contemplando a su hijo, a quien la joven esposa da el pecho:

—Si no fuese un crimen, te saltaría la tapa de los sesos y me mataría yo luego... Por lo menos moriríamos juntos. Pero está ese pobre niño...



En la misma hora en que Robespierre lanzaba un terrible alarido de dolor cuando el verdugo arrancaba la venda que sujetaba su mandíbula, en el Comité de Salud Pública quienes le habían sostenido, seguido y adulado daban vuelta a la chaqueta y se apresuraban a enviar una circular a los ejércitos anunciando que habían desaparecido «la opresión y los modernos Catilinas». «Todos los corazones se abren a dulces efusiones —añadían—. Y en París la alegría ha sustituido a la consternación».

Era cierto...

Pero los más sorprendidos serían seguramente los «podridos» —aquellos Billaud, Barrère, Tallien, Thuriot— que habían derribado al tirano, no para poner fin al Terror sino para ocupar el sitio del dictador aborrecido, y veían estupefactos al pueblo de París acudir a ellos con el corazón lleno de júbilo, aclamarles como salvadores a la salida de la Convención y ofrecerles flores...

Aquellos parisienses no se equivocaban —se equivocan pocas veces cuando habla su corazón— y su alegría debiera, a mi entender, hacer reflexionar un poco a algunos historiadores que quieren inmortalizar a toda costa al Incorruptible, haciendo de él una especie de arcángel. Tal vez en Termidor del año II hubieran pensado de otro modo... A este propósito, el epitafio de Maximiliano que hizo entonces un bufón —seguramente un parisiense— dice en dos versos más que un largo discurso:

No llores caminante por mi suerte
que mi vida tal vez fuera tu muerte.

ANDRÉ CASTELOT

Capítulo I

SUBIR...

Desgreñada y caída la peluca, la nariz dilatada, fina la boca, con la mirada firme de un patrón vigilante, tan orgulloso de su oficio que para ofrecerse al lápiz del retratista, lejos de ponerse su traje bueno y su camisa de los domingos, ha conservado su chaqueta arrugada, abierta sobre una corbata corriente que ata en hueco con ancho nudo: así nos muestra un dibujo del año II al carpintero Duplay, que frisaba entonces en los sesenta. Había llegado joven a París de su Gévaudan natal y se había casado hacia 1765 con una buena muchacha de Créteil, cerca de Charenton, llamada María Francisca Vaugeois, un poco mayor que él, a decir verdad, pero hija de tres generaciones de carpinteros; Duplay había logrado un desahogo económico después de treinta años de orden y de trabajo irreprochable. Habían nacido de su matrimonio cinco hijos, un varón y cuatro hembras: el muchacho, llamado Mauricio, como su padre, comenzaba en 1790 sus estudios en el colegio de Harcourt. Duplay había recogido además a los dos huérfanos de su hermano, Santiago y Simón, a los que empleaba como obreros.

Todo aquel pequeño mundo era dirigido a la baqueta: el carpintero, muy buen hombre, adoptaba la severidad de un padre inflexible; su mujer —modelo de amas de casa— conocía el valor del tiempo y no toleraba que se malgastase; las cuatro jovencitas, bien educadas por las religiosas de la Concepción, se dedicaban a las labores domésticas: aparecen en el libro de la familia limpiando legumbres, preparando las comidas, lavando y repasando la ropa; al parecer, no les ayudó en estas ocupaciones ninguna sirvienta; pero una trabajadora a jornal, Francisca Calandot, venía de vez en cuando de Choisy-le-Roi para remendar. En Choisy se habían instalado desde hacía mucho tiempo todos los parientes de la señora Duplay, atraídos por las grandes obras que en el castillo real emprendió Luis XV. Su padre, el carpintero de Créteil, había muerto allí; allí se había instalado en 1749 su hermano, Juan Pedro Vaugeois, carpintero como sus mayores; su hermana, María Luisa, había casado allí con el arrendatario del bote transbordador del Sena, empleo lucrativo y considerado.

Los domingos de verano, cerrado el taller, los Duplay embarcaban en el patache o en un barco de sirga e iban a pasar el día en Choisy. Comían en casa del tío Juan Pedro, que poseía una casa cómoda, con jardín y corral; visitaban a la tía Duchange, que no salía de casa, pues llevaba varios años paralítica, y daban paseos por los deliciosos jardines del castillo, extendidos en terraza a orillas del Sena. Los cuñados Duplay y Vaugeois estaban muy unidos: análoga honorabilidad, análogo éxito, análoga satisfacción del deber cumplido. Ambos habían nacido de humildes obreros, se habían elevado a fuerza de trabajo y podían, no sin orgullo, ufanarse de que sus hijas contraerían buenos matrimonios y sus hijos serían burgueses.

La casa que ocupaba Duplay en la calle Saint-Honoré pertenecía a las religiosas de la Concepción. Estaba situada frente a la Asunción, muy próxima al Picadero de las Tullerías, donde en octubre de 1790 se instaló la Asamblea Nacional. Esa vecindad daba una extraordinaria animación a aquel rincón de París. Algunas semanas más tarde, los Padres jacobinos, cuyo convento se encontraba un poco más abajo en la misma calle, ofrecieron un local del mismo a los señores diputados. Allí celebraban estos sus reuniones nocturnas y ello contribuyó aun más al renombre revolucionario del barrio. Los clubs estaban muy de moda. Esta innovación hacía furor, pero la reputación del que tenía su sede en los Jacobinos eclipsó muy pronto a todos los demás. Después de menos de un año de existencia, contaba casi mil miembros; para formar parte del mismo bastaba con ser presentado por cinco de ellos y pagar una cuota anual de 24 libras. El carpintero Duplay se inscribió en el club: no porque se hubiera ocupado nunca de política, ni porque pretendiera asesorar con sus luces a los representantes del pueblo, sino porque hallaba a pocos pasos de su casa, además de un espectáculo de una novedad estimulante, la ocasión de ver y escuchar a los oradores cuyas alabanzas cantaban las

gacetas. Allí se codeaba en plan de igualdad con Bailly, Barnave, los Lameth, Pétion, Mirabeau, Duport, Brissot y Robespierre, sin contar al duque de Chartres ni al vizconde de Noailles. Eran estas compañías muy halagadoras que debía pagar, cierto es, con el fastidio de las interminables peroratas sobre las cuestiones más abstrusas de la táctica parlamentaria.

Una tarde, el domingo 17 de julio de 1791, París se alarmó: circulaba el rumor de una terrible escaramuza que acababa de producirse en el Campo de Marte entre la guardia nacional y la muchedumbre. Había muertos y heridos; se acusaba a la Corte de aquel golpe de fuerza; proclamada la ley marcial, se temía que aquella noche fueran detenidos los más famosos patriotas. La sesión, en los jacobinos, fue apasionada. Un gentío amenazador llenaba la calle Saint-Honoré: aplausos, silbidos y gritos acogieron la salida, hacia las once de la noche, de los miembros del club. Las tropas de La Fayette, muy excitadas, regresaban del Campo de Marte, lanzando invectivas al pasar contra el antro de los «hermanos y amigos». Duplay distinguió a Maximiliano Robespierre escurriéndose para sustraerse a las manifestaciones amenazadoras; acababa de oírle, unos momentos antes, «verter en el seno de la sociedad el disgusto que inspiraban a los patriotas los vergonzosos sucesos de la jornada». Se acercó a él y le invitó a refugiarse en su casa, allí cerca. Robespierre no conocía a Duplay; sin embargo, inquieto por no poder regresar sin contratiempos a su lejano alojamiento de la calle de Saintonge, en el Marais, aceptó el ofrecimiento de aquel generoso ciudadano y unos minutos más tarde se encontraba fuera de peligro.

Era un acto de valentía llevar a su casa a un huésped tan comprometedor. Fuera que Duplay cediese espontáneamente, como buena persona que era, al deseo de hacer un favor, fuera que no se sintiese insensible al honor de albergar a uno de los campeones de la libertad, lo cierto es que no consideró los posibles inconvenientes de su imprudencia y al día siguiente, al aprestarse Robespierre a partir, sus anfitriones de una noche insistieron en que se quedase. La casa era grande: tenían una modesta habitación que ofrecerle, en espera de que se hallase libre alguna de las viviendas que subarrendaban. Allí estaría cómodo, muy cerca de los Jacobinos y de la Asamblea. Si consentía en participar de las comidas de la familia, su vida se simplificaría en gran manera. El ofrecimiento era tentador y Robespierre lo aceptó a título provisional. Envío a buscar su baúl y se instaló en una pequeña pieza del primer piso, con ventana al patio, encima del taller donde trabajaban los obreros.

Puede imaginarse el trajín de esta instalación, en aquella casa Duplay, donde nunca había sucedido nada normal: la discreta curiosidad de las jóvenes con respecto a aquel extraño, joven, célebre y un poco misterioso; la satisfacción del carpintero que, en lo sucesivo, tendría un relieve en los jacobinos; la solicitud de mamá Duplay, halagada por el asombro del vecindario... En la familia, aquella familia feliz, sólo se hubieran encontrado incrédulos si se les hubiese predicho que aquel huésped tan sencillo, tan poco exigente, que a todo se acomodaba y no poseía más que algo de ropa corriente, papeles y libros, llevaría el desastre a quienes así le acogían sin desconfianza. Un desastre que no tardaría en sobrevenir tres años: para el padre, la ruina y la viudez; el luto para una de sus hijas; para otra, un total desamparo; la muerte para la madre; y para todos sus parientes y sus amigos, la persecución, la cárcel y la miseria.

Por su parte, aquel hombre descubría en aquel interior apacible, donde todos procuraban agradarle, un bienestar que hasta entonces había ignorado. Nunca había gozado de las tranquilas dulzuras de la vida familiar; por muy lejos que se remontase su agriada memoria, no conservaba más que recuerdos de amarguras y humillaciones. Su mismo nacimiento —y él lo sabía— no había sido deseado: su padre, Francisco de Robespierre^[1], abogado del Consejo de Artois, había seducido a la hija de un humilde cervecero del suburbio Ronville, en Arras, y hubo de casarse con ella, con gran disgusto de sus padres, para evitar un escándalo cuya amenaza era manifiesta. Maximiliano nació cuatro meses después de aquel matrimonio. Éste tuvo otros cuatro hijos; el último, que no sobrevivió, costó la vida a su madre.

Un tenebroso drama se injerta en la muerte prematura de la señora de Robespierre. Su marido se niega a firmar el acta de defunción en el registro de la parroquia Saint-Aubert; no asiste a las ceremonias fúnebres ni al entierro en la iglesia parroquial. Quizá porque el duelo hubiese extraviado su razón o porque la influencia de su compañera hubiera reprimido hasta entonces una extravagancia ingénita que ya no conocería freno, el abogado Robespierre dejó de defender causas, vegetó en la inacción durante varios meses, abandonó Arras, dejando a sus cuatro hijos sin recursos, y fue a instalarse en Sauchy-Cauchy, cerca de Marquion, donde ejerció el cargo de bailío del señor del lugar. Al cabo de seis meses regresó a Arras, donde vivió algún tiempo ocioso, pidió prestadas 700 libras a sus hermanas Eulalia y Enriqueta, jóvenes muy piadosas cuyos bienes eran harto escasos, y desapareció de nuevo por espacio de dos años, sin que sea posible penetrar el misterio de su retiro. Volverá a aparecer en octubre de 1768, implorando un subsidio de su anciana madre, retirada desde su viudez en el convento de Damas de la Paz; obtuvo lo que pretendía, muy probablemente porque, en aquella misma fecha, renunció «tanto para sí como para su posteridad» a sus derechos sobre toda posible herencia. Habiendo arruinado así el porvenir de sus hijos, Francisco de Robespierre se expatrió a Mannheim, en el Palatinado renano.

A partir de las primeras escapadas de aquel padre singular fue preciso asegurar la suerte de los cuatro niños abandonados. Las tías Eulalia y Enriqueta se encargaron de las dos niñas: Carlota, que tenía cuatro años en 1764, y Francisca, dieciocho meses menor que ella. El abuelo Carrault, el cervecero de Ronville, llevó a su casa a los niños, Agustín-Bon, a quien llamaban Bonbon, que tenía año y medio, y Maximiliano, que acababa de cumplir seis. Plácido y aplicado, con el mundillo en las rodillas y los bolillos entre los dedos, éste hacía ya encaje con muy buena maña. En cuanto supo leer y escribir, siguió como externo las clases del colegio, donde, bajo la dirección del obispo, unos sacerdotes seculares daban instrucción gratuita a los niños de la ciudad. Sus compañeros consideraban «detestable» su carácter y no soportaban «su desmesurado afán de dominio». Pero a aquella vanidad precoz debía Maximiliano su gran ardor en el trabajo y una especie de obstinación en conquistar el primer puesto. A decir verdad, sufría por la compasión que su desgracia inspiraba. Quizá también la abuela Carrault, bien intencionada pero gruñona, le exhortaba sin ambages a reconocer y compensar con su celo en el estudio los sacrificios que ella se imponía. Si el niño, con su susceptibilidad siempre alerta, sorprendió alguna de las dificultades o de los regateos frecuentes en las economías pobres, donde un gasto suplementario grava el modesto presupuesto, ello explicaría su precoz melancolía y su hosca tendencia al aislamiento. Él no tenía mamá que adivinase su pena y la disipase con una caricia.

Un inventario muy detallado nos permite conocer la decoración del ambiente en que transcurrieron los primeros años de Robespierre. La casa de los Carrault, en Ronville, distaba mucho de ser una «bombonera». En la planta baja, por donde se entraba, había una mesa de mármol, un encerado y una cama con cortinas de tela pintada; en la *sala* vecina, dos camas con columnas y cortinas de sarga verde, un sillón y una silla; encima una habitación pequeña —la de Maximiliano, quizá— con un catre y mucho grano, así como en la antecámara; cerca de la cocina, dos guardarropas de madera de encina donde se guardaban los objetos de loza, la ropa blanca y las prendas de toda la familia: calzones de mahón o de paño, sombreros, pelucas; por todas partes, hornillos y otros elementos de cervecería. En aquel ambiente, durante cinco años, cada tarde, al regresar del colegio, en medio del ir y venir de los obreros y de los clientes, el huérfano hacía sus deberes y estudiaba sus lecciones. Sus diversiones no eran ruidosas; su hermana Carlota escribió que «raras veces compartía los juegos y los placeres de sus condiscípulos»; le gustaba estar solo «para meditar a sus anchas» y pasaba «horas enteras reflexionando». En cuanto a la casa «llena de pajareras» de que se ha hablado, es una leyenda: no había una sola pajarera en casa del viejo Carrault. Es verosímil, en cambio, que Maximiliano,

sin juguetes ni amigos, se divertiera simplemente amaestrando los palomos y los gorriones que atraían en gran número las provisiones de grano del cervecero.

A pesar de su buena voluntad, éste no tenía ni la intención ni los medios de hacer de su nieto «un señor»; por otra parte, le parecía poco envidiable la profesión de abogado, tan escasamente provechosa para el padre y para el otro abuelo del niño²¹. Carrault pensaba emplear a Maximiliano en su industria tan pronto como estuviese en condiciones de comenzar su aprendizaje: sería el encargado de las estufas en la cervecería o bien contable. Pero los profesores del colegio lamentaban que un alumno tan estudioso no continuara sus clases hasta obtener los diplomas. Sus repetidos éxitos excitaban interés; intervinieron algunas personas caritativas; sus dos tías, que a pesar de su estrechez ocupaban en la sociedad de Arras un lugar honroso, por sus virtudes y su piedad, intercedieron en favor de su sobrino ante un canónigo de la catedral, el reverendo Aymé, y llegó a mediar el propio obispo, que obtuvo para el pequeño Robespierre una de las cuatro becas en la Universidad de París de que disponía, desde tiempo inmemorial, el abad regular de Saint-Vaast, uno de los monasterios más famosos y poderosos del Artois. En otoño de 1769, Maximiliano abandonó Arras para ingresar en el colegio de Luis el Grande.

Por lo general se ignora que desde 1719, la enseñanza secundaria, reservada a los hijos de los favorecidos por la fortuna, se impartía *gratuitamente* por la Universidad. Lo que se pagaba en los colegios era «la pensión», cuyo precio variaba según el tren de vida y las exigencias de cada uno: algunos jóvenes llevaban al colegio varios criados y vivían casi suntuosamente; los becarios estaban exentos de todo pago y recibían alojamiento, manutención y enseñanza sin pagar un céntimo; sólo quedaba a cargo de sus padres o protectores el cuidado de la ropa.

Aunque sea difícil interpretar la historia de un escolar al que unos representan como un fenómeno de dulzura y sumisión y otros describen como un joven tigre ya feroz y sediento de sangre, afilando sus colmillos para desgarrar a sus bienhechores, es indudable que en los siete años durante los que siguió los cursos del gran colegio parisino, la tenacidad de Robespierre en el trabajo no se relajó ni un solo día; por lo demás, sus éxitos demuestran su aplicación. No menos cierto parece que las asperezas de su carácter no le granjearon la amistad de sus compañeros ni la confianza de sus profesores; no todo es falso en los recuerdos de uno de éstos, que publicó en la emigración, con seudónimo, una *Vida de Robespierre*, parcial como un panfleto. En ella nos muestra al estudioso niño «infatuado por su excelencia», manteniéndose al margen de sus compañeros; «a menudo, durante los recreos particulares que se tenían en las aulas, se le dejaba solo y él tenía la constancia de permanecer así durante horas enteras», simulando «bastarse a sí mismo» y prefiriendo a las diversiones bullangueras «las meditaciones sombrías y los paseos solitarios».

«Si en la clase era nombrado para el primer puesto, iba a ocuparlo sin prisa, como si fuera el único lugar que convenía a su talento». «Hablaba poco, sólo cuando parecía que se le escuchaba, y siempre con tono tajante». Tal vez esta arrogancia disimulase la vergüenza que experimentaba por su pobreza. ¡Quién sabe si el pobre abandonado no sufría al no ser «como los demás», si no se sonrojaba de sus vestidos rotos y sus zapatos torcidos! Nadie sino él pensaba en tales cosas, porque temía las afrentas.

Aunque el colegio albergaba a gran número de becarios —dícese que 600—, Robespierre era uno de los más trabajadores, pero también uno de los más necesitados. Sus abuelos Carrault creían haber «cumplido con su deber» y sus dos buenas tías de Arras eran demasiado pobres para enviarle alguna ayuda: incluso habían tenido que renunciar a hospedar en casa a sus sobrinas Carlota y Francisca, cuya manutención era una carga demasiado onerosa para ellas, y obtuvieron —siempre por mediación del clero— sendas becas para las niñas en una casa religiosa de Tournay, donde las hijas de los pobres eran «instruidas en leer y escribir, enlazar y coser, hasta que se hallasen en condiciones de ganarse la vida».

Por su parte, Robespierre se encontraba casi reducido a la indigencia a pesar de las caridades del obispo y del canónigo Aymé, sus protectores de Arras, y de otro canónigo de Nuestra Señora de París, Delaroche, que en los primeros tiempos del muchacho en Luis el Grande le servía de corresponsal. Deseoso de no desentonar entre sus condiscípulos más acomodados, se permitía el gasto de peluquero y no era raro verle «con un peinado elegante y el calzado o traje rotos». Se cita una carta suya al subdirector del colegio en la que confiesa su pobreza en términos altaneros: «Carece de traje y le faltan igualmente varias cosas sin las que no puede presentarse ante el obispo de Arras, de visita en París».

¿Fue por ser el más pobre o fue como recompensa por sus éxitos por lo que le eligieron sus superiores para cumplimentar a Luis XVI cuando éste visitó un día el colegio de Luis el Grande? Se aprovechó aquella circunstancia para pagar un traje al joven estudiante, «de modo que pudiera presentarse decentemente», y Robespierre pronunció su parlamento, que el Rey, según se dice, escuchó con aire bondadoso. Ambos debían encontrarse de nuevo algún día...

En la época de sus vacaciones, que cada verano le devolvían a Arras por espacio de dos meses, ocupaba sin duda su pequeña habitación en la cervecería de Carrault, pero comía en casa del caritativo canónigo Aymé. Pero hay algo que confunde y resulta inexplicable: en julio de 1771, su padre, desaparecido desde hacía casi tres años, volvió a Arras, donde permaneció varios meses; habiendo recuperado su puesto en el foro, defendió diecisiete asuntos. Parece inverosímil que no viera a sus hijos. Carlota Robespierre hablará luego largo y tendido de las grandes alegrías que le deparaban las vacaciones y silenciará con el mayor cuidado su estancia en el hospicio, donde pasó once años, pero no deslizará ni una sola palabra sobre este retorno de su padre, a quien asegura «no haber vuelto a ver jamás desde la muerte de su madre». ¿Qué secreto ocultan estas reservas acerca de hechos profundamente conmovedores para una jovencita que se retrata tan afectuosa y sensible? ¿A qué móvil o a qué plan obedecía aquel padre errabundo? ¿No sería uno de aquellos «viajeros desconocidos», de quienes habla Louis Blanc, «que se veían rondar por las ciudades en vísperas de la Revolución» y cuya «presencia, objetivo y fortuna constituían otros tantos enigmas»? Mientras este misterio permanezca sin solución, no cabrá vanagloriarse de haber penetrado en los entresijos de la sorprendente historia de Maximiliano Robespierre.

La beca de que era titular le confería el derecho de permanecer en Luis el Grande hasta la obtención del título de medicina, teología o jurisprudencia. De modo que continuó habitando en el colegio, alojado y mantenido gratuitamente, durante los cuatro años que dedicó a sus estudios de derecho. Aunque libre para andar a su antojo por aquel París hechicero, que tan nuevo era para él y que trastornó a tantos otros, Robespierre vivió —cerrado el corazón y desaprovechada su juventud— hostigado por su idea fija de predominio. El tiempo que la Facultad le dejaba libre lo ocupaba en hacer prácticas en el despacho del procurador Aucante, calle Sainte-Croix de la Bretonnerie.

El 15 de mayo de 1781 obtenía con éxito su licenciatura y el 2 de agosto siguiente era admitido como abogado en el Parlamento de París. Pero ¿cómo vivir mientras aguardaba las causas que le permitiesen ganar dinero? Fuera del colegio, que por espacio de doce años había sido su universo, el desgraciado se encontraba sin cobijo y sin pan. Los regentes de Luis el Grande acudieron por última vez en su ayuda: su hermano, *Bonbon*, que cumplía entonces los dieciocho años, heredó la beca y fue a ocupar su puesto en el colegio; y como los reglamentos autorizaban a los administradores a distribuir cada año el excedente de las rentas de la institución en ayudas a los becarios, Maximiliano recibió como *exeat* 600 libras, acompañadas de un certificado en los términos más elogiosos. Aquel parvo viático le vedaba la permanencia en París, de modo que partió para Arras con la intención de establecerse allí.

Los acontecimientos sobrevenidos en su familia requerían, por otra parte, su presencia. Sus tías, ambas casi cuádragenarias, se habían casado: Eulalia, con un antiguo notario llamado

Deshorties, viudo y padre de varios hijos; Enriqueta, con un viejo médico, Du Rut, confiada en que su matrimonio aprovechase a sus sobrinos y sobrinas, cuyo porvenir la inquietaba. Du Rut había tenido que comprometerse a admitir en su casa a Maximiliano cuando éste acabara sus estudios. Los abuelos Carrault habían fallecido y su hijo heredaba la cervecería. En cuanto a las hermanas de Maximiliano, Carlota y Francisca, habían sido recogidas por sus tías al salir de Tournay; Francisca había muerto en la primavera de 1780.

Al regreso de Maximiliano hubo que ocuparse de liquidar la herencia de Carrault. Du Rut se mostró intratable y exigió la devolución de las sumas que antaño prestara su mujer a Francisco de Robespierre. A fin de cuentas quedaron a Maximiliano por toda herencia 76 libras y 12 sueldos, apenas lo suficiente para procurarse la toga y el birrete con que habría de ganarse el pan.

Este período de la vida de Robespierre ha sido presentado por sus apologistas como una era de éxitos incesantes y creciente reputación. Esto es aderezar un poco la realidad. Lo cierto es que sus paisanos, corazones generosos y almas sensibles, se interesaron unánimemente por él a causa de sus desgracias, su penuria y su loable obstinación en vencer la mala suerte. Todos se ingeniaron para ayudarlo: el Consejo de Artois lo admitió sin tardanza en el foro; el señor De Madre, uno de los presidentes de ese tribunal, lo tomó como secretario y el obispo de Arras le nombró juez en el tribunal episcopal, cuya jurisdicción se extendía sobre una parte de la ciudad y una veintena de parroquias de los contornos. Así protegido y seguro de no morir de hambre, Robespierre puso casa con su hermana Carlota en la calle Saumon, rehusando la hospitalidad de sus tíos Du Rut, con los que ya no mantenía relaciones muy cordiales. Pero los clientes escasearon y las causas eran tan poco importantes como exiguos los honorarios. Pronto se vio en el último extremo, agotados sus escasos recursos y los de su hermana, por lo que al cabo de un año tuvo que mostrarse arrepentido y pedir asilo a los esposos Du Rut, que le acogieron en su casa de la calle de los Tintoreros.

La oportunidad le llegó por mediación de su colega Buissart, abogado menos preocupado por los éxitos profesionales que por las investigaciones científicas. Buissart colaboraba con regularidad en el *Journal de physique* y mantenía correspondencia con varios sabios, o supuestos sabios, entre los que se contaba un vecino de Saint-Omer, el señor de Vissery, temible inventor que se jactaba de haber hallado el medio de «hacer respirar un aire fresco y vitalizante en el fondo del agua», cosa que permitía «caminar con seguridad en las aguas más profundas». Vissery, entusiasmado por el descubrimiento de Franklin, había alzado sobre su casa un pararrayos, ingenio extraño y aterrador compuesto de «un globo fulminante armado de saeta en diversos sentidos», de donde salía una larga espada que amenazaba al cielo. Los vecinos, llenos de miedo, obtuvieron de la autoridad el derribo de aquel artefacto. Vissery hubo de obedecer, pero interpuso apelación al consejo de Artois; Buissart se hizo cargo del caso y juró que lo haría triunfar. Se dirigió a todos los físicos y a todos los juristas conocidos, al Padre Cotte, a Condorcet, a Guyton de Morveau, al abate Bertholon, a Gerbier, a Elie de Beaumont, a Target...; puso en conmoción la Academia de Ciencias, la de Dijon, la de Montpellier, y publicó una memoria llena de testimonios científicos y jurídicos. Al cabo de poco más de un año todos los cuerpos eruditos se interesaban ya por *el asunto del pararrayos* de Saint-Omer y precisamente entonces Buissart, a quien correspondía todo el mérito, dejó la gloria a Robespierre encargándole la defensa de aquella causa resonante.

Los debates se abrieron en mayo de 1783: Robespierre, aprovechando la ocasión, actuó durante tres y consiguió un éxito triunfal; su defensa fue impresa; algunos periódicos de París se refirieron a ella y el señor De Vissery, en la embriaguez del triunfo, hizo levantar de nuevo sobre su tejado el pararrayos con su bola, sus saetas y su hoja de espada. Sus vecinos ya no podían poner en duda la eficacia benéfica de los pararrayos en general, después de tantas demostraciones oratorias; pero conservaban su desconfianza en el aparato heteróclito

imaginado por su conciudadano: lo que ellos reclamaban eran una peritación, no redactada a distancia por sabios de París, Dijon, Montpellier o cualquier otro sitio, sino verificada por especialistas locales que examinasen el aparato en litigio. Y en esto obtuvieron satisfacción: los especialistas, entre los que se hallaban dos oficiales de ingenieros, declararon «por unanimidad» que el pararrayos del señor De Vissery «estaba erigido contrariamente a las reglas del arte y no podía subsistir en el estado en que se hallaba». Fue condenado y derribado; como Vissery había muerto, mientras tanto, nadie reclamó. Buissart no propaló aquel desenlace adverso. Robespierre quiso ignorarlo y sus panegiristas hicieron otro tanto.

Pero el asunto dio que hablar y provocó la hilaridad pública. Las zumbas perjudicaron al «abogado del pararrayos» que de una mala causa, en realidad perdida, se había hecho una reputación que sobrepasaba los límites de su provincia. Aquel deplorable epílogo indispuso a los magistrados, poco satisfechos de la engañifa. ¿Hay que atribuir a este fracaso la escasa confianza que los litigantes del Artois demostraron a Robespierre? Su elocuencia, prolija y embrollada, no gozaba de gran aprecio: sobre este punto poseemos la opinión de Carnot, joven oficial de ingenieros, entonces de guarnición en Calais, que le confió la causa de una vieja sirvienta que reclamaba una pequeña herencia. Carnot acudió a Arras con motivo del proceso: era la primera vez que veía a Robespierre. Este habló con tanta torpeza que Carnot-Feulins, que acompañaba a su hermano, «se enardeció hasta el punto de olvidar que estaba allí como simple espectador e interrumpió al abogado con viveza».

De hecho, el despacho de Maximiliano, lejos de prosperar, disminuía de importancia de año en año. En 1782, por el número de sus asuntos, ocupaba el séptimo lugar en el foro; en 1788, el undécimo. El abogado más renombrado de Arras, Liborel, se había retirado, pero su ausencia sólo benefició a los competidores de Robespierre: durante aquel año judicial de 1788, nuestro hombre, con sólo diez causas, descendía al último puesto, mientras Dauchez figuraba en cabeza con ciento setenta y ocho asuntos. Estas cifras desmienten la apreciación de un «robepierrista» intrépido que escribió de su héroe: «Apenas llegado a su provincia, se colocó de un salto en primera fila de los abogados del Consejo de Artois».

Sin embargo, era trabajador, instruido, austero, probo hasta la escrupulosidad. Pero su tiesura y su altivez le habían enajenado muchas simpatías: disimulaba mal la convicción de su superioridad y era motivo de chanza el recuerdo satisfecho que conservaba de sus éxitos escolares. Él imputaba a la malevolencia de sus colegas las decepciones de su amor propio. Su susceptibilidad infantil se había agriado en el colegio y a la sazón se convirtió en desconfianza feroz ante la menor sospecha de epigrama.

Su amigo Buissart le introdujo en la Real Academia de Buenas Letras de Arras, donde le acogieron favorablemente. Sus colegas le otorgaron incluso, en 1786 el honor de su presidencia. Mas he aquí que en la sesión pública que siguió a su elección dio lectura a un trabajo de su estilo «sobre esa parte de la legislación que regula la suerte de los bastardos». Habló durante siete cuartos de hora y apenas quedó tiempo para escuchar a un nuevo académico que debía pronunciar aquel día su discurso de recepción. La Academia, temiendo que semejante ejemplo de prolijidad fuese contagioso, creyó prudente introducir en su reglamento un artículo que limitase a media hora la duración de las lecturas. Robespierre vio en ello una crítica. Su presidencia terminó con un fiasco: alegó el pretexto de «sus asuntos y su salud» y en dos años no apareció más que ocho veces en las sesiones semanales. De ahí se sacaría la conclusión de que «el primer puesto era el único que le convenía».

Fue más fiel a los Rosati; pero éstos sólo se reunían una vez al año, en junio, bajo un cenador lleno de llores, a las puertas de la ciudad, para almorzar alegremente, beber vinos selectos y cantar cancioncillas sin pretensiones. Es difícil imaginar, en esta compañía de jóvenes epicúreos, la actitud de Robespierre, que poseía mal humor, cantaba con voz desafinada y sólo bebía agua —aunque quizá más por economía que por gusto—, esforzándose no obstante en

ponerse a tono con sus amables compañeros. A decir verdad, sus bromas resultarían forzadas, lo mismo que, por otra parte, las dos o tres cartas suyas que se conocen, dirigidas a muchachas de Arras, y cuya rebuscada galantería tiene algo de amargo e irónico.

Tenía algunos amigos: su colega Buissart, el abogado general Foacier de Ruzé, Dubois de Fosseux, que más tarde sería alcalde de Arras, los tres en condiciones de ayudarle; pero su creciente acrimonia le aislaba cada vez más. ¿Era despecho o atavismo? Su abuelo, que se había procurado un escudo de armas, lo había compuesto con «dos bastones nudosos», quizá simbólicos. Aquel emblema «hablaba» de un carácter insociable y hubiera podido ser adoptado por Maximiliano. La envidia y sus resentimientos acumulados le hicieron odiar aquella sociedad monárquica, a la que sin embargo lo debía todo. Eso no le impedía, en sus defensas celebrar con énfasis «al joven y prudente monarca que ocupaba el trono»; la santa pasión por la felicidad de los pueblos que constituía «el augusto carácter» de aquel príncipe querido; aquel rey «que el cielo les había deparado en su clemencia»... Pero su odio torpe le expuso a diversas vejaciones. En una ocasión, habiendo difamado en un alegato impreso, por necesidades de su causa, a los monjes de Anchin, se vio obligado a una retractación pública, cosa que hizo lleno de rabia, y «su furor estalló públicamente en la audiencia».

Un poco más tarde, en 1788, los abogados se reunieron en una conferencia, con exclusión de Robespierre, y éste, cegado por la cólera, lanzó en forma de «Carta» anónima «una verdadera declaración de guerra» contra sus colegas del foro y los procuradores, sus cómplices. Este libelo llevaba por epígrafe: «Es muy difícil, sea cual fuere la filosofía que se tenga, sufrir largo tiempo sin dejar escapar alguna queja». El autor derramaba su bilis sobre «los viejos que acaparaban todos los asuntos», cerrando la entrada del pretorio a los principiantes «que no se esforzaban en agradecerles o no lo conseguían». Considerándose víctima de aquella gente, añadía: «Sea cual fuere el talento de que les haya dotado la naturaleza, cualquiera que sea su inclinación al trabajo, éstos (los jóvenes) deben estar seguros de vegetar para siempre... Triste alternativa, sin duda, para gente joven bien formada, estar expuesta a no hacer nada... o a deber su trabajo a gestiones humillantes. Porque, ¿acaso no es duro ir a mendigar una causa al despacho de un procurador cuyo aire y tono dulzarrones parecen decir: “Yo te protejo”...?»

Aquel rasgo de orgullo sublevado equivalía a una firma. Nadie abrigó dudas sobre la procedencia de la diatriba. Liborel, el más calificado para responder a ella él había sido quien presentara antaño a Robespierre al Consejo de Artois, lo hizo de manera rotunda. «No recibimos entre nosotros a los calumniadores ni a los malévolos que sólo destilan hiel... ¡Ay, tres veces ay, de quien no siente la nobleza de la profesión de que vos decís revestido! El interés sórdido, la baja avidez, reinan en el fondo de vuestro corazón y la envidia rastrera os lleva a colocar a vuestro nivel a hombres ilustres, a jurisconsultos desinteresados que sólo deben la confianza pública a su talento y a sus luces... No tenéis por qué quejaros si lo que decís es cierto, tenéis más de lo que necesitáis para salir airoso, si para ello sólo se requiere baja...» Y como Robespierre, indignado por los excesivos honorarios impuestos a los litigantes pobres, había citado un verso de Racine.

«dos gavillas de heno, ¡de cinco a seis mil libras!»

Liborel replicaba agriamente: «Que eso no os alarme: los encontraréis más baratos. El gran consumo que sugerís necesitar de esa mercancía os merecerá una rebaja...»

Semejante sofión hacía imposible la permanencia de Robespierre en el foro y le obligaba a abandonar a Arras o bien, si se obstinaba, a «vegetar allí el resto de su vida en una posición próxima a la indigencia». El porvenir se presentaba trágico: Acababa de alquilar —en 1787— una vivienda en una casa de la calle de los Relatores, muy cercana a la plaza de la Comedia; es la que todavía se muestra como «casa de Robespierre», pese a que la habitó, a lo sumo, durante dos años. Porque había de ofrecérsele una ocasión magnífica de salir brillantemente de su irremediable descrédito y huir de aquella ciudad ingrata, donde no había encontrado, desde

su nacimiento, más que catástrofes, tristezas, sinsabores y humillaciones.

Cuando, a finales de enero de 1789, se supo que Luis XVI convocaba la Asamblea de los Estados de todas las provincias del reino para conocer los anhelos y las quejas del pueblo, hubiera hecho reír a los habitantes de Arras quien les predijese que el golilla arisco, cuyos altercados con sus colegas eran proverbiales, formaría parte de aquella augusta delegación. Robespierre se había desatado y, desafiando el ridículo, había lanzado un manifiesto *A la nación artesiana*, seguido pronto de una *Advertencia a los habitantes del agro* y de un tercer indigesto escrito que llevaba por título *Los enemigos de la patria desenmascarados*.

Robespierre bregaba, se agitaba, estaba en todas partes, clamando contra «la opresión en que gemía la ciudad de Arras bajo la autoridad de sus magistrados»; descubriendo una horrible conjura «tramada por los hombres ambiciosos de la administración municipal para perpetuar el régimen opresivo en que basaban su autoridad, su fortuna y sus esperanzas»; halagando al pueblo, excitando a los pobres, utilizando todos los medios, sarcasmos, invectivas, calumnias, insinuaciones, amenazas, promesas y habladurías; erigiéndose en mártir de la libertad, en único defensor de los oprimidos y de los humildes; denunciando como hostil a su causa a su protector Dubois de Fosseux; redactando por sí mismo el pliego de reclamaciones del gremio de los zapateros; atacando al gobernador y a los Estados de Artois; asumiendo el control de los escrutinios; conjurando a los ingenuos electores del Tercer Estado, dispuesto a creerlo todo, a evitar «las burdas trampas» que se les tendían y a nombrar hombres *incorruptibles*, designándose a sí mismo para sus votos con aquel epíteto que él fue el primero en atribuirse.

Los burgueses de Arras mostrábanse estupefactos ante el súbito frenesí que agitaba a aquel hombre de talla mediana y apariencia endeble, a pesar de sus anchos hombros, de cabellos rubios y ojos azules de mirada indecisa, «de aspecto frío y casi repelente», que habían conocido solapado, cierto es, pero deferente y reservado. Al verle de pronto volverse furioso contra las instituciones y los magistrados de la provincia e incitar a la revuelta a las cándidas gentes campesinas, muchos se asombraban y algunos se inquietaban. Pero nadie protestó: la gente buena de aquel tiempo, ya indolente y apática, prefería el silencio al ruido y la resignación a la batalla. Por otra parte, su discreción llegó al punto de que no se sabe cómo fue elegido Robespierre: uno advierte que «intrigó»; otro, que «conspiró mucho»; un tercero escribe: «Por el honor de mi país debo echar un velo impenetrable sobre todo lo que sucedió en la asamblea donde actué como encargado del escrutinio; los diputados se eligieron en una barahúnda de riñas, injurias y declaraciones irrespetuosas». Sólo un gracioso se hizo eco del asombro unánime: en una corta sátira, en que comparaba a los elegidos del Artois, partiendo hacia Versalles, con unos caballos dispuestos a entrar en la pista, tras haber descrito a los cuatro percherones «pesados, negros, macizos, verdadero tiro de carreta» de la cuadra número uno —el Clero— y los cuatro corredores de raza, «vivos, ligeros, de seguros remos y soberbios jaeces» de la cuadra número dos —la Nobleza—, se refería a los ocho caballos de la cuadra número tres —el Tercer Estado—, «animales campesinos, prudentes, reposados, excelentes para el laboreo, más aptos para el carricoche que para la silla», y llegaba así a Robespierre: «el *Colérico*, jaca de dos cuerpos de larga crin, violenta, que no conoce el bocado ni la brida, resabiada como una mula, que no deja de cocear pero que no se atreve a morder más que por la espalda de miedo al látigo. Ha sorprendido su admisión. Pero se le cree destinado a hacer el papel de hazmerreír al lado de los brillantes papeles de los Mirabeau... cuyas maneras acostumbra a remedar grotescamente...»

¡Cruel ilusión la de los que se disponían a reír de esta suerte!



Los diputados afluían de todos los puntos del reino a Versalles, hirviente y congestionado: ricos prelados y grandes señores, con su equipaje y su servidumbre; pobres curas rurales, sin dinero ni impedimenta, atónitos de verse allí; hidalgüelos, burgueses, gentes de leyes, campesinos

vagando al azar por las solemnes avenidas en busca de una posada o una casa amueblada... La administración había hecho imprimir una lista de 1200 alojamientos libres; pero muchos versalleses prefirieron abordar al paso a los recién llegados para especular más fácilmente con su desconcierto. Muchos diputados pobres del Clero y del Tercer Estado, perdidos en aquella gran ciudad desconocida, se reunieron en grupos de colegas de la misma provincia para vivir juntos económicamente. Se podían hallar con facilidad habitaciones amuebladas a 40 ó 45 libras al mes; además, la manutención costaba un escudo diario. Los contratos se hacían por tres meses, plazo máximo previsto como duración de la Asamblea de los Estados.

Robespierre, nombrado el 26 de abril, partió de Arras no antes del viernes 1 de mayo por la noche, ya que aquel día los dieciséis elegidos del Artois habían comparecido solemnemente ante los tres órdenes, reunidos en la sala mayor del hospital general, para prestar el juramento de cumplir su mandato con fidelidad y exactitud. Como estaba sin dinero, una amiga de su hermana Carlota, la señora Marchand, que imprimía los affiches d'Artois, le prestó diez luises y un baúl, donde se apretujó la ropa del diputado, entre otras cosas «tres calzones negros muy usados, una casaca de terciopelo negro reteñida, seis camisas en buen estado, tres pares de medias de seda, uno de ellos casi nuevo, una pequeña capa negra, una toga, un sombrero para llevar bajo el brazo» y un lote de ejemplares de sus manifiestos electorales.

Es muy probable que Robespierre no llegase a Versalles el 2 de mayo a tiempo para desfilar ante el rey con los demás diputados del Tercer Estado; Luis XVI había recibido aquel mismo día, a las once, a los representantes de la Nobleza y a la una a los del Clero. La reunión de aquellos «señores del estado llano» estaba señalada para las cuatro, en el salón de Hércules, a donde debían acudir por la escalera que daba vuelta a la capilla, por el lado derecho. Se congregaron en número de 560. Pasaron tres mortales horas en discusiones con los maestros de ceremonias y los ujieres: finalmente comenzó el desfile a través de los espléndidos salones y la Galería. Se habían dispuesto unas barreras que formaban un estrecho corredor, por donde avanzaban los representantes, poco dócilmente, uno tras otro, mientras que al otro lado de aquellas balaustradas las hermosas damas y los personajes de la Corte contemplaban el paso de «aquellas buenas gentes». Llegados a la cámara real, los visitantes hacían un profundo saludo a Luis XVI, que, en pie entre sus dos hermanos y rodeado de una multitud de elegantes caballeros, charlaba y reía sin prestar la menor atención al desfile de los elegidos de la nación. Sólo uno atrajo la mirada de Su Majestad por la singularidad de su atuendo, pelliza negra y chaleco oscuro: era un labrador, Gérard, diputado por la senescalía de Rennes. El rey le dijo: «Buenos días, buen hombre». Estos pequeños detalles, al comentarse aumentaron el descontento.

Robespierre se encontraba ciertamente en Versalles cuando tuvo lugar la procesión del 4 de mayo, acto militar y religioso en que la susceptibilidad quisquillosa de los diputados del estado llano se vio expuesta a nuevas ofensas. Nuestro hombre había efectuado el viaje con tres de sus colegas del Artois, los más humildes: Payen, agricultor de Boíry-Becquerelle, Flury, granjero de Coupelle-Vieille, y Petit, labriego de Magnicourt-sur-Canche. Los cuatro pudieron alojarse en una fonda situada en un extremo de la ciudad, calle de l'Etang número 16, la «Fonda del zorro». Los tres campesinos, desplazados, no se separaban de Maximiliano y serían sus primeros «agentes».

Mas, para él, ¡qué desquite de las pasadas humillaciones, aquel 5 de mayo, en que se halló con sus tres inseparables desde las ocho de la mañana en el local que servía de vestíbulo a la sala de los Estados! Los tres órdenes se encontraban allí, entremezclados. Nuestro hombre se codeaba con los más grandes señores y los prelados más ilustres de Francia. El gran maestro de ceremonias, el señor marqués de Dreux-Brezé, velaba por el orden: era un arrogante joven, bien plantado, «con un manto brillante de oro y pedrería, los dedos cubiertos de diamantes y la cabeza empenachada de plumas de blancura deslumbrante; un bastón de ébano, adornado con

un puño de marfil, que él manejaba con gracia, era el emblema de sus altas funciones». Desde lo alto de un balcón, un heraldo convocó a los asambleístas. Los ayudantes de ceremonias, con una cortesía deferente, examinaron rápidamente los poderes de cada diputado, introduciéndoles a continuación en la sala de la asamblea.

Un deslumbramiento. Dos majestuosas columnatas constituían los lados de la inmensa nave, en cuyo fondo, en hemicycle, se elevaba el santuario donde muy pronto ocuparía su lugar el rey de Francia bajo un alto dosel cuyas opulentas colgaduras de terciopelo violeta, bordadas con Flores de lis de oro, se recogían pomposamente en pesados pliegues.

Al lado del trono preparado para Luis XVI, un poco más bajo, se hallaba el que ocuparía la reina, y luego los sillones, los taburetes y las banquetas para los príncipes y los dignatarios. Los más hermosos tapices de La Savonnerie cubrían los peldaños del estrado real y todo el entarimado de la sala, que iba llenándose poco a poco. En el extremo opuesto al trono, los representantes del Tercer Estado fueron hacinados, en vista de su número, «en banquetas sin respaldo muy apretujadas»; a su derecha, a lo largo de la columnata, se situaron los diputados de la Nobleza y frente a éstos los delegados del Clero; entre los dos órdenes privilegiados, el centro de la sala quedó vacío. Una multitud de elegantes ocupaba ya las tribunas entre las columnas. El movimiento de la instalación de todo aquel gentío se prolongó durante cuatro horas.

Finalmente, cerca del mediodía, todo estuvo terminado. La visión de conjunto era espléndida: la Nobleza, adornada de plumas blancas, con casacas de bocamangas de oro; la alineación de las sotanas rojas o violetas de los prelados sentados en la primera fila de la diputación del Clero; en el fondo, el apiñamiento de las buenas gentes del Tercer Estado, con vestidos negros y pequeños mantos; en el estrado, los duques y los pares, los gobernadores de las provincias, los quince consejeros de Estado, los veinte relatores del Consejo de Estado... De pronto, un grito: ¡El Rey! Toda la asistencia se puso en pie, con un vítor entusiasta, mientras Luis XVI, la Reina, los príncipes de sangre y las princesas ocupaban sus puestos, entre grandes saludos y profundas reverencias, en medio del trajín de los chambelanes y las damas de honor.

Luego, el Rey habló: su voz limpia y clara se elevó por encima del silencio «augusto y majestuoso» que rompieron, cuando él calló, largas protestas de amor y de veneración. A continuación se vio al Guardián de los Sellos, con toga violeta y carmesí, dirigirse al trono, hincar una rodilla en tierra para recibir las órdenes de Su Majestad y regresar «de espaldas» hacia su puesto. Leyó algo que no se percibió y el señor Necker director general de finanzas, comenzó su informe: una hora, dos horas, tres horas y aun más se escucharía su voz, y luego la del ayudante que le relevaba en aquella penosa tarea, enunciando cifras, alineando millones, hablando de primas, tabaco rapé, anticipos, caja de descuentos, pensiones, rentas...

Al cabo de una hora pesaba ya sobre la asistencia una fatiga terrible: la atención más firme se extraviaba en aquel dédalo de cifras y evaluaciones. ¿En qué pensarían los que allí estaban, obligados a observar una compostura interesada y aprobatoria? Podemos imaginarnos al Rey lamentando haber dejado su partida de caza; a la Reina, inquieta, temiendo la caída del dosel que coronaba el estrado donde se hallaba la Corte —había sabido, por casualidad, que el enorme peso de aquel baldaquino se encontraba en desproporción con la debilidad de la armazón que lo sostenía y había recomendado «que tuvieran mucho cuidado: el menor crujido podía comprometerlo todo»—. Las hermosas damas ahogaban sus bostezos, lamentando haber acudido allí, y no se atrevían a abandonar sus puestos a causa de la presencia del Rey. Muchos pensaban en la hora de comer, pasada hacía ya rato, sin que nada permitiese prever cuándo finalizaría aquella interminable lectura.

Perdido allá en el fondo de la sala, entre la compacta multitud de las gentes del Tercer Estado, el modesto abogado de Arras, absorto en sus embrolladas prevenciones, seguía con sus ojos de miope las peripecias de aquella ceremonia en que la monarquía aparecía como una institución inquebrantable, con el grandioso aparato de sus tradiciones seculares y «toda la pompa de una

corte idólatra». Nunca debió sentirse tan pequeño, tan desarmado, impotente y humilde. ¿Cómo podía esperar —pobre provinciano desconocido, sin relaciones ni crédito, con su vieja casaca reteñida y su semblante desmedrado— un puesto, por modesto que fuera, en aquel congreso de hombres eminentes por el rango, los títulos, la fortuna o el talento?

Sin embargo, se entregó temerariamente a aquella tarea paradójica: aunque lo ignoraba todo acerca de la estrategia parlamentaria, se esforzó en hablar, para «curtirse», pues, según propia confesión, «temblaba siempre al acercarse a la tribuna» y «lo perdía todo de vista» en el momento de tomar la palabra. Apenas le escuchaban. Sus mociones parecían absurdas a aquellas gentes que, en su mayoría, estaban convencidas de que hacían una revolución. Apenas preguntaban por el nombre de aquel ser inquieto a quien veían levantarse del banco al menor pretexto y que se rebullía entre el ruido y las risas, con el cuello y los hombros sacudidos por movimientos convulsivos y las manos crispadas por el nerviosismo. Permanecía anónimo a pesar de todo, sin trato con nadie, sin cabida en ninguno de los numerosos comités de la asamblea. Si algún informe mencionaba su nombre era alterándolo: señor *Robert-Pierre*, señor *RobertsPierre*, señor *Roberspierre*, señor de *Robertz-Pierre*... Casi siempre se le cita como «un miembro» o con unos asteriscos.

Así, cuando el 6 de junio el arzobispo de Aix, monseñor de Boisgelin, atrajo la atención de los diputados del estado llano sobre la miseria del pueblo y, para mover su compasión, presentó un pedazo de pan negro, fue *un desconocido* quien replicó insolentemente al prelado: «Si vuestros colegas sienten tanta impaciencia en aliviar la situación de los pobres, renunciad a ese lujo que ofende la modestia cristiana, a las carrozas y a los caballos, y vended, si es preciso, una cuarta parte de los bienes eclesiásticos...»

Aquel desconocido era Robespierre. Su interpelación suscitó un murmullo, de aprobación en unos y de repulsa en muchos otros: todavía predominaba la tónica de discusiones corteses y la intervención de aquel mal educado causó escándalo. Más que darle categoría le ocasionó un perjuicio. Unas semanas más tarde, cuando, harto de no ser escuchado, reclamó que todos y cada uno «sin temor a las protestas pudieran ofrecer a la asamblea el tributo de sus opiniones», fue interrumpido por una tempestad de gritos —*¡Orden!, ¡orden!*— y obligado a abandonar la tribuna. Cualquiera otro se hubiera desanimado; él persistió obstinado. Hele de nuevo en octubre, «fatigando» a sus colegas: se trataba de una fórmula de promulgación de las leyes; Robespierre no quería el tradicional *Es nuestro deseo...* y propuso en cambio: *Pueblo, ésta es la ley que tus representantes han hecho; que sea inviolable y santa para todos...* Un diputado gascón bromeó: «¡Eh, levantémonos! ¡Es un cántico!» Estallaron las risas y Robespierre se hundió en el tumulto^[3].

Si hemos de creer las *Memorias* de uno de sus colegas de la derecha, sufrió algo todavía peor: un día, puesto en pie en su banco, repetía en medio del ruido: «Pido una medida... Pido una medida...» Una voz respondió: «¡Que le den una medida de avena!». Robespierre calló la boca y se sentó. Pero aquellos golpes avivaban su oído a la superioridad ajena y la persuasión de su propio mérito: ambos sentimientos fermentaban en su alma ulcerada, en espera de posibles desquites.

Su vanidad sangrienta sólo se desfogaba en las largas cartas que dirigía a su amigo Buisart: en ellas rebajaba a cuantos dominaban la asamblea con su talento o su reputación, como Malouet, Target, Mirabeau, d'Espréménil, Mounier... El 24 de mayo Robespierre les había juzgado ya muy inferiores a su renombre: «El señor Mounier no desempeñará aquí un papel tan grande como en su provincia, porque se le sospechan pretensiones... Por otra parte, dista de ser un hombre elocuente. He visto al señor Target llegar aquí precedido de una gran reputación... Ha abierto la boca... Todos se han dispuesto a escucharle con el mayor interés; pero él sólo ha dicho cosas vulgares con mucho énfasis... El conde de Mirabeau es nulo, porque su carácter moral le ha quitado toda confianza... Pero el más sospechoso, el más odioso a todos los

patriotas es el señor Malouet... Este hombre, armado de descaro y provisto de artificios, hace mover todos los resortes de la intriga... En general, la Cámara de la Nobleza encierra pocos hombres de talento: d'Espréménil acumula todos los días extravagancias sobre extravagancias... En cuanto al Clero, no hay artificios que los prelados no empleen para seducir a los curas: ¡han llegado hasta insinuar que pretendíamos atacar a la religión católica!». Apenas encuentra gracia ante los ojos de Robespierre nadie más que los campesinos con quienes vive y que evidentemente le admiran: «Los diputados del Artois son citados como patriotas decididos: esto será difícil de concebir por quienes vituperaron la elección de los labradores que comprende nuestra diputación».

Sin embargo, su amor propio obtuvo algunas satisfacciones; por ejemplo, aquel 10 de julio, en que formó parte de la delegación de 24 miembros encargados de llevar al Rey el voto de la asamblea sobre la retirada de las tropas acantonadas en Versalles. Además de un arzobispo, un obispo y un duque, eligieron para ello a los diputados del estado llano caracterizados por su opinión avanzada o cuya turbulencia era notoria; quizá los demás rehusaron todos, ya que la gestión no tenía nada de grata. Así, pues, Robespierre acudió al castillo con Mirabeau, Barère, Pétion y Buzot; ya entonces este último experimentaba hacia él —«ese hombre con cara de gato»— una aversión invencible.

La semana siguiente, Luis XVI visitó su buena ciudad de París y Robespierre se mezcló en el cortejo. Hizo el camino a pie, asistió a la recepción del Ayuntamiento y fue a ver las ruinas de la Bastilla. En una larga carta a Buissart advertiría con satisfacción que fue conducido allí por los ciudadanos armados de la milicia burguesa, que «consideraban un placer escoltar honoríficamente a los diputados», y éstos «no podían caminar sino entre las aclamaciones del pueblo». Lisonjera ovación pero que se dirigía en bloque a los señores de la Asamblea Nacional, de quienes esperaba Francia la inminente restauración de la Edad de Oro.

Por lo que a él atañe, contrariamente a sus esperanzas, no sobresalía de ningún modo a pesar de sus esfuerzos. ¿Cuánto tiempo vegetaría de aquella manera? Cuando los llamados *Hechos de los Apóstoles* se mofen de él, le motejarán de «pobre becario» y el mismo Mirabeau, cuyas huellas intentaba seguir, dirá desdeñosamente: «No despierta ningún temor ese *cazorro* en la tribuna».

¿De qué vivía? El alquiler y la pensión en la fonda de la calle de l'Étang eran ciertamente módicos; pero había que pagarlos y él nada tenía. Para resolver este enigma se ha supuesto que hubiera «dejado algunos bienes en Arras». Nada hay que indique tal cosa. Más probable parece que recibiera todos sus recursos de la generosidad de su amigo Buissart. Como, por lo demás, era muy sobrio, habituado a las privaciones, gastaba poco. Clos, el teniente de policía de Versalles, había organizado para uso de los diputados menesterosos dos mesas redondas, una de cien cubiertos, en el hotel Charost, calle del Bel-Air, donde se comía por tres francos, y la otra en el Hotel de los Inválidos, avenida de Saint-Cloud, donde podían acomodarse cuarenta comensales, pagando 25 sueldos. Robespierre y sus tres rústicos compañeros debieron de frecuentar este restaurante económico, muy cercano a su alojamiento. Con todo, su penuria era grande y parece bastante verosímil, como informa Montlosier, que hubiese solicitado de la señora Necker un puesto de ecónomo en alguno de los hospitales que ésta había fundado. Tal vez estaba dispuesto a simultanear su mandato de diputado con aquel empleo que le permitiría vivir con menos estrecheces y subvenir a las necesidades de su hermana Carlota, que había quedado en Arras.

Muchos de sus compañeros del estado llano, así como otros del bajo clero, padecían una miseria semejante. No faltaban quienes, cubiertos de deudas por la vida dispendiosa de Versalles, ansiaban regresar a sus casas, cuando en la sesión del 12 de agosto, previa proposición del duque de Liancourt, los diputados votaron para sí mismos —con una unanimidad muy poco frecuente— la asignación de una indemnización diaria de 18 libras, con

efecto retroactivo desde el 27 de abril.

Aquello fue la salvación. Antes incluso de que se decretara esa consignación, muchos reclamaron anticipos. ¿Fue Robespierre uno de ellos? Lo cierto es que el 1 de setiembre cobraba más de 2.200 libras y se encontraba a cubierto de la necesidad. Pero no cambió en nada su vida modesta. Cuando, siguiendo al Rey que había sido llevado a París por el pueblo, la asamblea celebró sus sesiones en el Picadero de las Tullerías, Robespierre se alojó en un extremo del Marais donde un tal Humberto, en la calle de Saintonge. Aquí, por economía, compartió el techo con «un antiguo capitán de dragones», llamado Villiers, a propósito del cual estamos bastante mal informados. Si hemos de otorgar crédito a las anécdotas que más tarde contaría este dragón, Robespierre «hacía tres partes» de su asignación: se quedaba con una de ellas, otra la enviaba regularmente a su hermana y destinaba el resto a «una persona a quien él idolatraba». Esta persona tan querida ¿no sería prosaicamente Buissart y Robespierre, poco pródigo en confidencias, no disimularía con un pretexto novelesco la obligación que pesaba sobre él de liquidar cuentas con su protector de Arras? En efecto, es difícil imaginarle entorpeciendo con la disipación de un gran amor su existencia recluida y laboriosa. Robespierre continuaba con tenacidad su tarea, trabajaba con ahínco, profundizaba en todas las cuestiones, incluso las más ajenas a sus estudios habituales, comía por treinta perras y se privaba de distracciones.

En su modesto alojamiento, donde —al decir de su hermano— no siempre reinaba el orden^[4], continuaba siendo el «empollón» de Luis el Grande, empeñado en meter baza en todas las discusiones. En la asamblea «se colocaba junto a la tribuna para apoderarse de la palabra y conservarla con obstinación». Casi siempre le hacían callar: su aparición era acogida con murmullos. A la sazón era conocido y temido: se le tenía por un latoso impertinente.

El celo de los representantes se había enfriado. Muchos se asustaban de las locas esperanzas que su reunión había suscitado y que carecían de talla para satisfacer: éstos hubieran deseado volver atrás, poco seguros del camino en que imprudentemente se habían comprometido. Por ello soportaban con impaciencia a aquel arrogante golilla que, con fría agresividad, con el tono de un avinagrado picapleitos, deducía implacablemente las consecuencias lógicas de las premisas que se habían establecido, de modo ciego, en las horas de entusiasmo de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*.

Robespierre se había hecho un programa de una frase de Rousseau, que releía continuamente: «La voluntad general es siempre recta y tiende siempre a la utilidad pública». Así, pues, se erigió en abogado del pueblo, cuya soberanía proclamaba en cualquier ocasión, reivindicando para los pobres todos los goces de los ricos: y su voz seca; su elocuencia sin matices ni garbo, sonaba como el tañido de una campana que tocara a muerto por el viejo mundo. Sus sofismas emanaban un tufo de su infancia triste, de su vanidad mortificada, de sus decepciones y sus rencores. En la Asamblea tenía ya algunos partidarios, pero carecía de amigos. Sin embargo, un día, el 19 de junio de 1790, lo eligieron entre los secretarios, honor efímero que no le volvería a ser concedido. A todos aquellos hombres del antiguo régimen parecía Robespierre un energúmeno a quien no se podía tomar en serio; pero tras él adivinaban los más perspicaces una fuerza irresistible, la del pueblo crédulo que, por vez primera, se oía lisonjear y cuyas más violentas pasiones despertaban bajo aquella caricia insólita.

Los contemporáneos de Robespierre reconocen que no aciertan a comprender su inesperada ascensión: no se debió ésta a su elocuencia ni a la simpatía de sus colegas, sino al impulso de una popularidad que él se había creado, tal vez sin saberlo, y que mantenía devotamente. Además, las circunstancias le ayudaron: se le veía ascender a medida que bajaba el nivel de la Asamblea. A finales de 1789, fuese por cansancio, por desánimo o por miedo, muchos diputados habían presentado su dimisión u obtenido licencia; la derecha disminuía el número de día en día. «Todo se va desmoronando en la Asamblea Nacional», escribía un representante

del Clero. La señora Roland, entusiasta al principio, definía: «Una colección de zoquetes a dieciocho francos diarios, que no siempre comprenden el asunto sobre el que son llamados a votar».

Por otra parte, al lado de la Asamblea, se había fundado el Club de los jacobinos, donde se pretendía —como si fuera un Consejo de Estado— preparar y estudiar las cuestiones antes de llevarlas a la tribuna del Parlamento. Como las puertas estaban muy abiertas, todos los diputados monárquicos que se habían inscrito en el club, juzgando comprometedor para su dignidad aquella promiscuidad democrática, desertaron en masa en los últimos días de marzo de 1790 para fundar un círculo más elegante, dejando así el campo libre a los avanzados: éstos eligieron al punto a Robespierre como presidente. Idéntico éxodo se produjo un año más tarde: los avanzados del año anterior se habían convertido en retrógrados y abandonaron el club a su vez, esperando provocar así su ruina. Pero el fervor revolucionario del club, por el contrario, aumentó aun más y, como pilotaba más de 400 sociedades afiliadas e imponía su voluntad a la moribunda Asamblea, la impolítica defección de los moderados entregó el poder a los demagogos.

El 17 de julio de 1791, los facciosos agrupados en el altar de la patria, en el Campo de Marte, gritaban: «¡Basta de Luis XVI! ¡Nuestro rey es Robespierre!». Recordando estas cosas, cuarenta años más tarde, un antiguo demócrata desengañado observaba: «Cuando en las revoluciones hay que contar con los hombres de bien, no queda más que envolverse en la capa...»

Entonces se dio algo extraordinario: el 30 de setiembre de 1791, la Asamblea Nacional, debilitada, se disgregó: la muchedumbre se congregó en torno al Picadero para asistir a la marcha de los diputados a los que algún tiempo atrás había recibido con aclamaciones. Acogió con un silencio gélido a todos aquellos hombres gastados por dos años y medio de vida política, aquellos hombres a los que, decepcionada, trataba a la sazón de renegados, vendidos y traidores. Pero cuando apareció Robespierre, del brazo de su compadre Pétion, estalló un alarido, una aclamación triunfal: hubo brazos que le tendían coronas de laurel; una mujer le presentó a su hijo para que le bendijera; se confundían los gritos de «¡Viva la libertad!» «¡Viva Robespierre!», «¡Viva el Incorruptible!». Ésta era la palabra escrita en el marco de su retrato, expuesto en el salón de aquel año, la misma con que se había presentado, en abril de 1789, a los electores del Artois. Cuando, para escapar al entusiasmo, los dos diputados populares se refugiaron en un simón, la plebe delirante desenganchó los caballos y arrastró el carruaje.

Un mes después, Robespierre, en unión de Pétion, tomaba el camino de su ciudad de Arras, donde le habían agriado tantos fracasos dolorosos. Esta vez, desde Bapaume, doscientos jinetes rodearon su carruaje y al atardecer, a las puertas de Arras iluminada, salieron a recibirle un grupo de ancianos que llevaban coronas cívicas, mujeres vestidas de blanco y niños que arrojaban flores. Hubo banquetes, discursos, adoraciones; los Buissart exaltaban de gozo^[5].

El 28 de noviembre, Robespierre se hallaba de regreso en París y se instalaba definitivamente en casa del carpintero Duplay. Aunque ya no era diputado, renunciaba a toda idea de regreso a su tierra natal. En los registros del distrito de Arras se encuentra «su demanda de desgravación de su contribución mobiliaria, ya que había abandonado totalmente la casa que habitaba en la calle de los Relatores».

Capítulo II

LA VIDENTE

El lector habrá comprendido ya que nuestra intención no es la de escribir una *Vida de Robespierre*, sino solamente la de penetrar —si es posible— en la tenebrosa psicología del personaje que había de desempeñar el primer papel en el drama cuyo relato va a seguir. Escrutar su infancia desgraciada, las heridas de su orgullo juvenil, las dificultades y los sinsabores de sus comienzos es entrever ya las causas de su humor sombrío, de sus ansias de desquite, de su feroz desconfianza, casi lindante con el delirio de la persecución.

Pétion, que pudo creerse amigo suyo y le conocía bien, le pintó «viendo conjuras por todas partes, traiciones y despeñaderos; no perdonaba jamás una ofensa del amor propio; se irritaba ante la más ligera sospecha; creía siempre que se ocupaban de él, y para perseguirle^[6]». En cualquier hombre husmeaba un enemigo probable de sí mismo o del pueblo, con quien hacía causa común. Si atribuía al populacho todas las virtudes y lo consideraba infalible, era porque el populacho le idolatraba a él y sus aplausos le vengaban de las tarascadas de la suerte. El culto que profesaba a los pobres y los desheredados no era la noble compasión, acuciante tormento de las almas generosas, que se manifiesta en la caridad activa; sino una especie de piedad teórica, traducida en peligrosas adulaciones. ¿Sincero? Sin duda lo era, o creía serlo, sin discernir que amaba al pueblo —«el pueblo, único que era grande y respetable a sus ojos^[7]»— porque había hallado en él un adulador cortesano, delicia nueva de que su vida había estado privada hasta entonces. Y Pétion añade a su retrato: «Quería por encima de todo los favores del pueblo, le hacía continuamente la corte y buscaba con afectación sus aplausos».

Ésta es también la razón porque se complacía en casa de la gente sencilla que le albergaba. Con su educación literaria y sus hábitos espirituales parece que debiera haber preferido un medio más refinado. Pero no hubiera estado seguro de dominar sobre él. Mientras que entre los Duplay su superioridad innegable le evitaba cualquier rivalidad. El carpintero, «de una probidad a toda prueba», no tenía muchas letras. Su esposa, como ya se dijo, no demostraba más pretensión que la de llevar bien su hogar y casar a sus hijos. Una de las hijas, la segunda, Sofía, ya casada con un abogado de Issoire, Auzat, había abandonado la casa cuando Robespierre entró en ella. Las otras tres, Eleonora, Victoria e Isabel, siguieron en ella mientras él la ocupó; y aunque la primera, según se asegura, fue «uno de esos caracteres firmes y rectos... cuyo modelo debe buscarse en los buenos tiempos de los antiguos», el huésped estaba convencido de no hallar en aquellas jóvenes más que admiradoras irreductibles.

Pero había otras ventajas que le retenían en casa de aquella honrada familia. Como ya no era diputado, se encontraba de nuevo sin recursos. Se ignora qué convenios hizo con Duplay; pero ante determinados indicios parece que el buen artesano, demasiado feliz por hospedar al hombre eminente cuyos hermosos discursos «bebía» en el vecino club, debió de ofrecerle generosamente alojamiento y manutención. A fin de cuentas, nada perdería con ello, pues lo veremos a menudo obtener del gobierno el encargo de importantes trabajos de carpintería; en setiembre de 1793, sería jurado —aunque poco asiduo— en el tribunal revolucionario, cobrando por aquel concepto 18 libras diarias: los emolumentos de un diputado.

Si Robespierre no estaba en situación de liquidar cuentas con su anfitrión, no parece que tuviera mucha prisa en liquidarlas. Al instituirse la magistratura electiva había sido nombrado presidente del tribunal de Versalles. Pero después de algunas vacilaciones rehusó aquel tranquilo puesto. El 10 de junio de 1791, los parisienses le eligieron acusador público del tribunal criminal con 8000 francos de retribución. Esta vez aceptó y tomó parte durante varias semanas, tras, la disolución de la Asamblea, en los trabajos preparatorios del tribunal, pero finalmente presentó su dimisión. ¿Qué ambicionaba, entonces? Algo mejor, sin duda. En aquel tiempo publicaba un pequeño periódico semanal, cuya vida fue breve y el fracaso notorio. En él

halagaba a la Corte o, por lo menos, al Rey, haciendo protestas en cada fascículo de su adhesión a la Constitución monárquica establecida por la Constituyente y solemnemente aceptada por Luis XVI. ¿Vacilaba? ¿O bien, como se ha dicho, esperaba que el Rey le ofreciera el tentador puesto de preceptor del Delfín? Parece cosa cierta que la Corte le hizo algunas «insinuaciones»; él mismo lo reconoció en una alusión a «los partidos que intentaron seducirle». También parece probable que fuese pronunciado su nombre —por lo menos, en los Jacobinos— cuando se trató de designar al preceptor del heredero del trono y seguramente él entreveía posibilidades grandiosas. ¿Podrá saberse nunca lo que habían soñado aquellos hombres que, simplemente hablando, acababan de derribar una monarquía catorce veces secular sin tener idea de lo que colocarían en su lugar: un tribuno, un regente, un dictador, un cónsul o un protector? Desde la huida de Varennes, sólo este problema retrasaba la destitución del Rey y todo el mundo buscaba al hombre destinado a reemplazarle en la cúspide de la República, deseada todavía confusamente. Ahora bien, entre el pueblo el que se citaba era «el Incorruptible^[8]».

Designar a alguien para una plaza cuya vacante está próxima, ¿no es acaso hacer nacer en su espíritu la esperanza de obtenerla y suscitar así los odios y las cóleras de sus competidores? He aquí todo el tema de aquella batalla de siete años que se libraría en torno al trono abolido: batalla encarnizada, abominable, en que zozobraría la Revolución.



A comienzos de la Convención, los campos se perfilaron. Estos eran de desigual fuerza. Robespierre, primer elegido de la capital, tenía de su parte la diputación de París, Marat, Danton, Collot d'Herbois, Billaud-Varenne, toda la *Montaña*: así se sobrenombraría su hueste. Sus adversarios, más numerosos, tenían como tropa elegida la brillante falange de la Gironda, con Vergniaud, Brissot, Buzot, Guadet, Louvet y Barbaroux. Ella fue la que inició el duelo. Los odios, cada vez más acerbos, reventaron en invectivas, en términos despectivos y en amenazas de muerte.

Sagaces y elocuentes, los girondinos herían a su enemigo en el punto sensible. Hostigado por sus sarcasmos desdeñosos, Robespierre, testarudo y rabioso, se irritaba, protestaba, se encabritaba, apelaba a todo género de triquiñuelas con su eterno estilo: el interminable panegírico en que exaltaba su virtud y su abnegación por la causa del pueblo, interrumpido por los gritos de «¡Orden!», «¡Abrevie!», «¡Termine de una vez!». Tembloroso, regresaba a su puesto entre murmullos, volvía a aparecer en la tribuna, se asía a ella en la tempestad. En aquella Convención de mayoría moderada, nadie le juzgaba aún temible: llegó a serlo en la época del proceso del Rey, cuya cabeza reclamó tenazmente, sin debates, interrogatorio, discusión ni defensores. «El más grande de los criminales no puede ser juzgado: ¡está condenado ya!». Aquella ferocidad parecía tan singular que Buzot objetó: «Quienes se oponen a que el Rey sea escuchado, ¿acaso temen que hable?»

Una vez emitida la votación regicida, Robespierre fue también quien se erigió en empresario del vergonzoso drama. Advirtiendo que la Convención, asustada del veredicto que acababa de lanzar, se ablandaba y desearía otorgar su gracia o un sobreseimiento, exigió la ejecución sin demora, se opuso a escuchar a los defensores y, ante la vacilación de la Asamblea, alborotó a los frenéticos espectadores que abarrotaban las tribunas públicas, apeló a la Comuna de París, a las secciones armadas y a los clubs.

Triunfó al fin: había encontrado su camino. Sus colegas le subestimaban y no admitían su superioridad; pero tendría consigo al pueblo, tan crédulo, tan escasamente reflexivo en sus admiraciones y tan fácil de conquistar por tanto: una fuerza aún más temible puesto que todavía nadie valoraba su poder, recentísimo. Su partido sería la masa incontable de los sencillos que creerían en su genio, los envidiosos cuyas pasiones de odio halagaría, todos aquellos que penaban y sufrían, a quienes no inspiraría resignación sino rebeldía. Aunque este

programa no quedase muy netamente formulado en su espíritu, cosa verosímil, respondía tan perfectamente a sus instintos vindicativos que le entregó a él pese a no pocas contradicciones desconcertantes en aquel tímido, más arisco que batallador: él, que había propuesto la abolición de la pena de muerte, acababa de obtener la cabeza del Rey; dos meses más tarde reclamaría, sin éxito, la de la Reina. Con un furor análogo a la intrepidez cayó muy pronto sobre los girondinos que le despreciaban. En los Jacobinos los señaló como sicarios que «afilaban los puñales contra los patriotas» y en la Convención como «los más viles de los mortales» y «asesinos de la patria».

Se decía enfermo, agotado por cuatro años de lucha; no tenía fuerzas para seguir combatiendo. Pero conjuró a la Comuna que «se uniera al pueblo...» y el 31 de mayo, habiéndose alzado el populacho por aquella llamada, aniquiló a Vergniaud con un apóstrofe decisivo^[9], luego se esfumo y dejó que Marat rematase la tarea. Cuando, en octubre, la Montaña completó aquella rotunda victoria con el arresto de los setenta y cuatro diputados oscuros, culpables de haber pactado con la Gironda, él no se opuso a semejante medida «que honraba para siempre a la Convención»; pero, temiendo que el verdugo vacilase ante un número tan elevado de cabezas y escapase alguno de aquellos rivales que despertaban sus celos, especificó que «la dignidad de la Asamblea le obligaba a ocuparse sólo *de los jefes...* Su castigo estremecería a los traidores y salvaría a la patria».

Así perecieron Vergniaud, Brissot y veinte de sus amigos. Los que consiguieron huir —Guadet, Barbaroux, Buzot y tantos otros— sucumbieron al cabo de unos meses de miseria y vida oculta. Todos ellos, incluido Pétion —el «querido Pétion» de otros días—, murieron maldiciendo a Robespierre, cuyo camino quedaba expedito con la muerte de sus rivales.

Desaparecieron todos los que le molestaban o le habían mortificado: el *virtuoso* Roland, a quien no perdonaba aquel calificativo, insolente remedo de su título de *incorruptible*^[10], el duque de Orléans, «Igualdad», peligroso competidor; la señora Roland, que en otro tiempo le había recibido en su salón, demostrándole tan sólo una confianza limitada y una amistad un tanto distante; Condorcet, que le había arrancado la máscara, atribuyéndole todas las características, no de un jefe de Estado, sino de un «jefe de secta», y había aconsejado a sus amigos que «no levantasen la maza de Hércules para aplastar aquella pulga que desaparecería en invierno».

Desembarazado de sus enemigos, en el vacío que éstos habían dejado, Robespierre parecía grande, producía la ilusión de haberse alzado con la victoria. El cuchillo de Carlota Corday le había librado de Marat, extravagante competidor, que no por ello dejaba de ser temible. Henos, pues, a Robespierre nombrado miembro del Comité de Salud Pública y poco después —21 de agosto de 1793— presidente de la Convención; pero, a medida que se elevaba, advertía, desde la cumbre recién alcanzada, nuevos obstáculos y nuevos enemigos. Necesitaba nuevas armas. Para ello aceleró la reorganización del tribunal revolucionario, cuya «inercia» le inquietaba.

«El hacha nacional reposa y los traidores respiran», exclamaban. «Depuró» a los Jacobinos: fueron expulsados del Club todos los antiguos nobles, todos los extranjeros, todos los banqueros. Porque, informado por no se sabe qué policía, sospechaba turbias artimañas que repugnaban a su integridad. Así preparó una hornada de «corrompidos»; pero también tendría la hornada de los «exagerados» y luego la de los «indulgentes». Preconizaba la libertad de opinión, pero no admitía que nadie pensara de manera distinta que él: todo lo que difería de su concepción gubernamental era «perverso».

Aquello fue la hecatombe. Cayó la banda de Hébert —*el Padre Duchesne*—, culpable de haber estigmatizado a «los ambiciosos que, cuanto más poder alcanzan, más insaciables se muestran». Cayó Danton en unión de sus amigos, Danton, con quien, muy recientemente, había comido Robespierre en el transcurso de una jira campestre a Charenton. Se habían

abrazado a los postres. Aquella vez, Robespierre hubo de tomar precauciones: si no asestaba bien el golpe, se volvería contra él, porque Danton tenía numerosos partidarios. Así tendió la trampa con perfidia insuperable: cuando la Convención supo la cosa, las víctimas designadas ya estaban en la cárcel. La Convención se alborotó, pero Robespierre la hizo callar y, sin perder un instante —«no se dio punto de reposo»— dirigió todo el asunto. Había que evitar que la elocuencia indignada de los acusados conmoviera al tribunal: para ello encontró un viejo decreto que les quitaba el uso de la palabra. Podía temerse que azuzasen al público de la audiencia al pronunciarse el veredicto de muerte: para ello hizo leerlo en ausencia de los condenados.

Entre estos se encontraba Camilo Desmoulins, el compañero de colegio de Luis el Grande. Robespierre había sido testigo de su boda con Lucila en San Sulpicio, había comido muy a menudo en casa de aquellos amigos; había deseado convertirse en su cuñado; había hecho brincar a su hijo sobre sus rodillas... Nada importaba: Camilo moriría como los demás, como habían muerto o debían morir más adelante cuantos pudieran conservar el recuerdo del pobre becario del colegio, con su vestido y sus zapatos rotos, del modesto abogado de Arras, mendigando causas en el despacho de los procuradores, o bien del diputado escarnecido en los Estados Generales o acerbamente molestado en la Convención por la insolente Gironda. Hubiérase dicho que, en marcha hacia un objetivo que él sólo distinguía, quisiera eliminar testigos y recuerdos de sus humillaciones pasadas y de sus lamentables comienzos.

Incluso la amante e inocente Lucila moriría, por no haber contenido el grito de desesperación que le arrancó la muerte de su amado Camilo. En unión de la esposa de Hébert y de Chaumette —ídolo efímero de París— subiría serena los peldaños del cadalso sólo porque había conocido al suspicaz opresor antes de su poderío.

Pero ¿qué soñaba éste? No se sabe. ¿Acaso él mismo lo supo? Hele ahí a la sazón en el pináculo: tiene en su puño la Convención, los Jacobinos, la Comuna de París, el ejército parisién, el colegio electoral, todos los clubs de Francia, el tribunal revolucionario, al que ha «depurado» bajo cuerda, la vida y la fortuna de todos los ciudadanos^[1]. Ahora le escuchan con respeto, o con cobardía, porque los tiempos heroicos han terminado. Ha llegado la hora —¡por fin!— de ver arrastrarse a los demás. Pero ocurre que, en ese gran silencio que la muerte impone a su alrededor, se siente acometido por una especie de miedo. A su lado, dos colaboradores seguros: Saint-Just, una especie de gallito, hermoso, bravo, sentencioso, apocalíptico, y Couthon, de espíritu pulcro y penetrante, inmovilizado por una antigua paraplejía, hombre afable y terrible, «bebedor de sangre» con rostro «angelical», limitado al régimen casi exclusivo de horchata y leche de almendras. Exceptuados estos dos «satélites» —uno imposibilitado y el otro en los ejércitos—, el aislamiento es absoluto para quien, como diría Barras, «sostiene el cetro de la muerte» y cuyo mero aspecto inquieta como un abrumador enigma.

Aguardaba a que se manifestase. ¿Qué uso haría de su poder? ¿Cuáles serían el resultado y las conclusiones de tantas matanzas, de tanta sangre como continuaba corriendo todos los días?

Aguardaron un mes. Finalmente, el 7 de mayo de 1794, al comienzo de la sesión, Robespierre subió a la tribuna y, en el pesado silencio que provocaba su presencia, comenzó la lectura de un informe. Desde las primeras palabras aseguraba que Francia se hallaba en el colmo de la dicha: «En la prosperidad —dijo— los pueblos deben recogerse para escuchar la voz de la sabiduría...» La voz de la sabiduría era la suya; en cuanto a la prosperidad..., la víspera se habían cortado en París veinticuatro cabezas y aquel día se cortarían veinticinco.

Robespierre continuó, más nervioso aun que de costumbre: el «tic» que crispaba su rostro picado de viruelas, el febril tamborileo de sus dedos sobre el arce de la tribuna, traicionaban su emoción. Salvo algunos salivazos a sus enemigos abatidos —a Condorcet, «el académico despreciado por todos los partidos», a Danton, «el más peligroso de los conspiradores, si no hubiera sido el más cobarde...»—, el discurso, muy trabajado, se mantenía en las altas regiones

de la metafísica: era un acto de fe en Dios y en la vida eterna. Algunos párrafos alcanzaban alta elocuencia; pero el sesgo era tan tortuoso y el desarrollo tan frondoso que los oyentes no discernían a dónde iría a parar^[12]. Le aplaudían siempre que podían. Robespierre concluyó presentando un decreto en que el pueblo francés reconocía la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma, cosa que no dejó de causar una especie de estupefacción. Al principio se había supuesto que se trataba de un simple ejercicio oratorio, «sin finalidad ni objeto»; pero cuando comprendieron que requería una votación, obedecieron con entusiasmo. Algunas voces pidieron la impresión de aquella pieza, ponderándola mucho. Couthon, llevado a la tribuna por el gendarme que le servía de montura, expuso que «la Providencia había sido ofendida» y que «la simple impresión no bastaría para vengarla». Propuso que aquel edificante discurso fuera enviado a los ejércitos, a todos los cuerpos constituidos, a todas las sociedades populares, impreso en pasquines, fijado en las calles y colocado en medio de los campos, traducido a todas las lenguas y difundido por todo el universo... Repetidos aplausos, votación unánime y por la tarde, en los Jacobinos, segunda lectura del «sermón», acogido con nuevas aclamaciones y frenéticos pataleos aprobatorios.

¡Admirable docilidad del pueblo de Francia! Unas semanas antes se apretujaba en las ceremonias sacrílegas del culto de la Razón, aplaudiendo la exhibición de una mujer de la Opera en el coro de Nuestra Señora; inmediatamente daba la vuelta y, durante los días que siguieron a la difusión en carteles del discurso del «sublime Robespierre», la gente de París sólo estuvo pendiente —con una ternura muy sincera— del Ser Supremo y de su próxima fiesta, fijada para el cabo de un mes. Nunca, desde hacía cuatro años, había estado Dios tan de moda. Afluían las comisiones a la barandilla de la Convención para felicitar a ésta por la decisión adoptada. Nunca, en una asamblea parlamentaria, había sido celebrado con tanto fervor el Creador de todas las cosas; nunca se había bendecido con mayor convicción su divina Providencia, a la que todos los oradores atribuían —sin zumba— la felicidad de que Francia gozaba.

Pero mientras los papanatas se extasiaban, muchos miembros de la Convención refunfuñaban en su fuero interno. Los llamados «espíritus fuertes», los incrédulos por interés o por convicción, se indignaban de verse mezclados en aquella «beatería», escandaloso retroceso hacía las supersticiones de la tiranía. Todos habían aplaudido a Robespierre, por supuesto, para no destacarse como adversarios de semejante hombre; pero se inquietaban por su prodigiosa popularidad y más aún por lo que presagiaba su próximo pontificado.

Entre los descontentos se encontraba Vadier, el hombre importante del Comité de Seguridad General. Era oriundo del Ariège, con larga nariz y color terroso: alto, seco, huesudo y desgalichado como un títere viejo. En la Convención, compuesta en gran parte de hombres jóvenes, Vadier pasaba por viejo, ya que tenía cincuenta y ocho años. Su terrible acento gascón, sus improvisaciones inconexas, su incorregible ironía y «sus sesenta años de virtud», de que él alardeaba con cualquier motivo, le conferían el aire de una especie de bufón, a cuya costa se había divertido la Asamblea algunas veces. Diputado de la senescalía de Pamiers en los Estados Generales, había asistido a los penosos comienzos de Robespierre, con quien ofrecía un singular contraste. Meridional burlón que no podía contener su lengua, no simpatizaba con aquel hombre del norte, concentrado, glacial, laborioso, a quien jamás se había visto reír; no obstante, ambos habían combatido juntos a la Gironda y Vadier, que se hacía ilusiones de su importancia, se había «portado bien» en la lucha contra Danton, aunque no tomara muy en serio al alfeñique que había visto, en tiempo de la Constituyente, sin dinero ni asidero, intentando subir a despecho de las pullas y las afrentas.

Cuando aquel canijo discípulo de Rousseau se erigía en «gran sacerdote» y volvía a crear al Dios abolido, el viejo gascón volteriano no escatimó los sarcasmos y, acalorándose con sus propias chocarrerías, decidió que había que cerrar el paso al fanático clerical y desembarazarse de «aquella pandilla de imbéciles que querían ponerse otra vez a decir misa».

El empeño era arduo y se jugaba en él la cabeza. Pero cuando Vadier tenía un proyecto no desistía de él fácilmente, tanto más cuanto que presentía la ocasión de hacer reír y abatir al *Incorruptible* mediante el ridículo, única arma que él sabía manejar. Sólo necesitaba encontrar el argumento cómico que sirviera de tema a sus mofas. Como mandaba a toda la policía de la república, disponía de sabuesos magníficos para aquella clase de investigaciones.

Fuese que el azar le favoreciera, fuese que hiciera partícipes de su proyecto a sus dos agentes de confianza —Sénar, turbio personaje que rebuscaba en todas partes, y Héron, especie de matón, cínico y formidable—, uno de ambos —y parece que fue Sénar— colocó cierto día una carpetita sobre la mesa de Vadier. Éste, al primer vistazo, entusiasmado por su buena suerte, exclamó con ironía venteando el triunfo: «¡He descubierto el secreto!»



El expediente que Héron y Sénar habían descubierto contenía algunos testimonios divertidos del guillotinado Chaumette, antiguo procurador de la Comuna de París. Vadier encontró en él, especialmente, el proceso verbal de unas pesquisas realizadas en enero de 1793 por el comisario de policía de la sección de los Derechos del Hombre en casa de la viuda Godefroid, costurera que vivía en la calle Rosiers, quinto, sobre el patio^[13]. Esta Ciudadana vivía con una vieja, llamada Catalina Théot, que tras haber servido mucho tiempo en una familia de pequeños burgueses había llegado a ser —aunque tarde— visionaria y taumaturga. Señaladas a la policía por denuncia de la gente del barrio, Catalina Théot y la viuda Godefroid fueron conducidas a la alcaldía, donde tras un interrogatorio que debió de ser divertido, les dieron suelta. Pero Chaumette había conservado algunos papeles recogidos en el domicilio de aquellas mujeres y aquel galimatías era lo que a la sazón hojeaba Vadier. Lo primero era un cuaderno de seis hojas —una especie de diario, bastante regocijante— que contenía anotaciones cuidadosamente fechadas, pero poco inteligibles.

Del 10 de junio de 1791 — *ÉL* ha llegado como de costumbre. *ÉL* me ha dado su bendición. No tenemos nada extraordinario que ordenar, porque tenemos grandes trabajos... Que los hombres no se impacienten y que se preparen, porque el tiempo se acerca.

Del 2 de agosto de 1791 — *ÉL* pasó hace unos días, me dio su bendición y repitió: «Sobre todo, la oración».

La carpeta contenía además seis borradores de cartas dictadas a la viuda Godefroid por Catalina Théot, que no sabía escribir. Aquellas misivas, sin fecha, cuyos destinatarios no se designaban, a primera vista resultaban no menos oscuras que el diario.

«Tengo el honor de escribirle esto: no es sólo para usted, sino para todos sus cofrades, el hacer copias y dárselas, para que se instruyan acerca de la gran maravilla de Dios y la instruyan a usted misma, porque todavía se encuentra en el error...»

Hasta aquí, un espíritu sencillo no hubiera advertido relación alguna entre este galimatías y Robespierre. Pero Vadier, que, presumiendo de incredulidad e incluso de ateísmo, no digería el místico discurso sobre el Ser Supremo y la inmortalidad del alma, se percataba del partido que podría sacar de una nota como ésta:

«Tengo el honor de hacerle escribir lo siguiente, como tengo mucha confianza en usted y usted gusta de hacer las obras de Dios, por eso Dios le ha elegido para ser el ángel de su consejo y para ser el guía de su milicia para conducirles por el camino de Dios... Le ruego que diga a la Asamblea que haga hacer procesiones, con el fin de que el Señor nos envíe la lluvia... y haga hacer un mandato y que sea firmado por la Asamblea...»

Si se suponía dirigida al *Incorruptible* esta petición —¿y por qué no?—, ofrecía abundante materia para rechiflas y zumbas al atribuirle títulos como «ángel del Señor» y «guía de las milicias celestiales». Por otra parte, parecía que Robespierre hubiese obedecido las insinuaciones de la pitonisa: había leído el «mandato» recientemente en la Asamblea, que se había apresurado a suscribirlo. En cuanto a la «procesión», había sido dispuesta para un día

próximo y había ya numerosos obreros trabajando en levantar los altares del recorrido.

No obstante, por desgracia, aquella carta parecía remontarse a una fecha en que Robespierre apenas había salido de la sombra y Vadier, para caricaturizar plenamente al pontífice, quería precisiones más actuales. Era preciso informarse de si no había muerto Catalina Théot en los últimos dieciocho meses, si no había abandonado París o renunciado a sus comunicaciones con las potencias invisibles. Héron y Sénar recibieron, pues, orden de lanzar a la caza sus mejores agentes con el fin de descubrir a la profetisa.

No tardaron en saber que ésta vivía. La viuda Godefroid, que la hospedaba, se había instalado en la montaña de Santa Genoveva, calle Contrescarpe, no lejos del Panteón. El espía Jatón, enviado para investigar, detalló que ambas mujeres ocupaban una pequeña vivienda donde Catalina recibía a sus adeptos, cuyo número crecía de día en día^[14]. Habían llegado ya al comité de la sección del Observatorio varias denuncias acerca de aquellas reuniones sospechosas, una de ellas procedente de un inquilino de la casa, pero ninguna había sido tenida en cuenta^[15]. Según los habitantes del barrio se producían allí escenas extrañas y sólo penetraban en casa de la viuda Godefroid los asiduos del cenáculo, que formaban la corte de la llamada «madre de Dios», o los catecúmenos deseosos de ser iniciados. Jatón consiguió penetrar en el santuario e indicó a Héron el modo de hacerlo^[16].

Éste, tras haber asistido a una primera sesión, acudió de nuevo a la calle Contrescarpe, esta vez precediendo a la policía.

La vidente y sus adeptos fueron inmediatamente detenidos e interrogados allí mismo. Ninguno de los fieles de Catalina renegó de su fe: todos se ofrecieron en holocausto por aquella causa ridícula con tanta serenidad y valentía como los primeros cristianos cuando confesaban al Dios verdadero. Héron y Sénar averiguaron muchas cosas que serían interesantes para Vadier. Catalina Théot, interrogada en primer lugar, afirmó que «escuchaba a Dios cuando hablaba, aunque no le veía... A ella obedecían los ejércitos... Ella era la madre de todas las naciones, que la llamaban bienaventurada...» Acudían a su casa muchos ciudadanos y militares, «sobre todo de los que partían a la guerra»; incluso llegó uno «de cien leguas, de Lyon, que la había buscado por todo París» y no se hubiera integrado en el ejército sin verla antes..., pues quienes recibían las señales «tenían la seguridad de no ser heridos y gozarían de la inmortalidad del alma y del cuerpo». Catalina citó, entre otros, al llamado Pécheloché, oficial superior, a la sazón en el ejército de la zona de Dunkerque.

Una vez finalizados los interrogatorios sumarios, Héron comunicó a los inculpados que, por orden del Comité de Seguridad General, quedaban arrestados como «instigadores de reuniones sospechosas»; procedió luego a colocar los sellos y por la noche —pues la investigación se había prolongado durante todo el día— los habitantes del barrio Estrapade vieron desfilar un curioso cortejo: la sedicente «Madre de Dios», con la cabeza vacilante, avanzaba a pasitos cortos, rodeada de gendarmes; seguía el grupo de sus fieles, entre dos filas de guardias nacionales; Héron y Sénar dirigían la marcha, escoltados por su estado mayor de policías.

Por la calle Saint-Jacques llegaron al antiguo colegio de Plessis, que, unido a los edificios del ya cerrado colegio de Luis el Grande, acababa de ser convertido en una amplia prisión; los obreros todavía trabajaban en ella. Allí fueron encarcelados la vidente y sus adeptos: así resultaba realizarse una de las predicciones de Catalina, que había anunciado que se operaría un gran cambio en su existencia *en una escuela próxima al Panteón*.

Sobre aquel tema de la vidente, Vadier se dispuso a preparar su trama. No había en el asunto nada que tuviera la menor relación con Robespierre, pero esto importaba poco. Por supuesto, hubiera sido preferible poder mencionarle entre los devotos de la «madre Catalina» y haberle sorprendido de rodillas, besando piadosamente los ojos y el mentón de la vieja sibila; pero nada impediría insinuar que ésta le consideraba su hijo bienamado y que él debía desempeñar un papel en la ceremonia del gran corte del séptimo sello. Por lo demás, bastaba con hacer reír

trazando un cuadro burlesco que hiciera pareja con la pomposa homilía del predicador del Ser Supremo. Aquellas paparruchas costarían la cabeza a la nueva Eva de la calle Contrescarpe y a una veintena al menos de sus ovejas; pero el inconveniente era mínimo, puesto que les había sido conferida la inmortalidad, según decían, y Vadier no se detuvo en semejante detalle.

Vadier quería vengar a Voltaire, acerbamente atacado por el *Incorruptible* en su reciente discurso, y permitir a los «espíritus fuertes», secuaces del autor del *Diccionario filosófico*, hacer frente a la falange de los partidarios de Rousseau, de quien Robespierre se declaraba discípulo y apóstol.

En la guerra sorda que se desencadenó entre el Comité de Salud Pública, donde dominaba Robespierre, y el Comité de Seguridad General, personificado por Vadier, se ha querido ver un rebrote tardío del viejo antagonismo que había enfrentado a Rousseau y Voltaire. Según esta óptica, ambos grandes destructores volvían a encontrarse frente a frente en las personas de sus partidarios respectivos, aplicados a la tarea de poner en práctica sus teorías. Pero la lucha de los comités no alcanzó en realidad semejante categoría: el aristócrata Voltaire se hubiera sentido muy poco halagado con un suplente como Vadier, ergotizante de mediocre gusto a juzgar por su elocuencia desaliñada. En cuanto al suspicaz Rousseau, si por desgracia hubiera vivido en la época del Terror, es muy probable que Robespierre le hubiera trenzado menos coronas. Dos hombres de un carácter tan difícil no estaban hechos para armonizar: era preciso que uno hubiera muerto para que el otro le venerase.

De unas líneas dirigidas por Robespierre a los manes de Juan Jacobo —«te vi en tus últimos días, contemple tus augustos rasgos...»— se dedujo que aquél pudo visitar al autor del *Contrato social* en su soledad de Ermenonville. Incluso se ha imaginado que el filósofo instituyera a aquel joven desconocido como heredero de sus doctrinas, legándole la misión de aplicarlas... Semejante episodio novelesco se debe, muy probablemente, a comentaristas audaces. Si Robespierre hubiese obtenido el insólito favor de una entrevista con el misántropo ginebrino, no hubiera dejado de explotarla en su propia gloria ni de consignar hasta las menores palabras con que el ídolo le señalaba el camino que debía seguir para cumplir su tarea. Puede admitirse que emprendiera el viaje a Ermenonville, que viese a Juan Jacobo dando su paseo solitario y que no se atreviera a entablar conversación con él por temor a ser mal acogido. El hecho puede situarse hacia la primavera de 1778 cuando, finalizando ya sus estudios y tal vez inscrito en la escuela de derecho, eludía fácilmente la disciplina del colegio. Parecidas peregrinaciones estaban de moda entonces y muchos otros entusiastas soñaban con acercarse al gran hombre: pero no se cita a ninguno que se gloriase luego de haberlo conseguido, Carnot y uno de sus compañeros intentaron la aventura y fueron acogidos con exabruptos. Manon Flipon, la futura señora Roland, aventuró también una visita y, a pesar de sus hermosos ojos y de sus veintidós años, hubo de soportar que le dieran con la puerta en las narices.

Mas, pese a lo rápida y furtiva que debió ser su visión de Rousseau, Robespierre se declaraba discípulo suyo: se inspiraba en sus escritos, le citaba a menudo e incluso afectaba conformar su vida a la del taciturno filósofo. Nefasto modelo para un presuntuoso que sentía la humillación de no ser apreciado. «Cuando se ha leído a Rousseau, decía Joubert, se cree uno virtuoso: con él se aprende a estar descontento de todo, excepto de sí mismo».

Robespierre se inspiró para la idea de su religión nueva en la piedad irreligiosa del autor de *Emilio*. Pero, aunque al decretar dicha religión siguió un principio establecido por Juan Jacobo, también obedeció —quizá inconscientemente— a una necesidad de su alma, profundamente influida por la impronta católica. ¿Acaso podía ser de otro modo? Desde muy niño había vivido en contacto con sacerdotes; su instrucción religiosa había sido vigilada por dos tías muy creyentes y piadosas; sacerdotes otra vez, y sacerdotes eminentes, formaron su espíritu durante sus años de colegio: vivía sus escasos días de salida con los canónigos de Nuestra

Señora y un canónigo de Arras le recibía durante sus vacaciones. Aún hay otros detalles. En los dos meses que pasaba cada año en su ciudad natal, el niño, al caer la tarde, iba hasta una capillita situada en el campo, en las cercanías del pueblo de Blairville, y permanecía allí largo rato, recogido en meditación, en medio de la soledad. Más tarde, ya abogado del Consejo de Artois y juez del tribunal episcopal, es cosa cierta que se mostró fiel observante de las prácticas obligadas: cualquier otra conducta hubiera escandalizado en aquella ciudad, tan religiosa. También se ha dicho, y es muy verosímil, que hasta 1789 Robespierre «comulgaba todas las semanas».

Cuando fue diputado en los Estados Generales, protestó al principio contra los malintencionados que, para desacreditar a los representantes del estado llano, se atrevían a insinuar que éstos «pretendieran atacar la religión católica». Es evidente que entonces la consideraba sagrada e intangible. Al desencadenarse la guerra contra el culto se desató en términos violentos contra los prelados y los altos dignatarios de la Iglesia; pero se consideró siempre defensor del «bajo clero». Llevaría incluso su solicitud a reclamar en 1790 para los eclesiásticos el derecho al matrimonio, prematura innovación que las murmuraciones le impidieron formular. En la Convención sería el último defensor de los católicos y de la libertad de cultos, obteniendo que se mantuviera el estipendio de los curas y los vicarios: «Atacar el culto —decía— es atentar contra la moralidad del pueblo». Al realizarse la depuración de los Jacobinos, de donde se barrió a los extranjeros, los nobles y los banqueros, se opuso a la expulsión de los sacerdotes miembros del club.

Le veremos siempre buscando la sociedad de los eclesiásticos —nueva similitud con Rousseau, que escribía: «Tengo muchos amigos en el clero de Francia; he vivido siempre muy bien con ellos»—. Continuamente se adivina la presencia de sacerdotes alrededor de Maximiliano. Durante la Constituyente mantuvo íntimas relaciones con su colega y paisano el abate Michaud, cura de Boury-en-Artois. En aquella misma época «conservaba excelentes relaciones con algunos canónigos del Capítulo de París... y algunas veces iba a comer con ellos». Antes del 10 de agosto, «uno de sus amigos sacerdotes» mantuvo negociaciones en su nombre con los políticos del momento y les invitó a agruparse. Sacerdotes renegados y tarados, se dirá, tanto más hostiles al clero ortodoxo cuanto que éste los consideraba desertores. Con todo sería injusto generalizar, pues muchos de aquellos eclesiásticos que juraron la Constitución conservaban en el error la fe ardiente y las virtudes de su primer estado.

Por lo demás, la protección del *Incorruptible* se extendía también a otros: puede ser testigo de ello el santo sacerdote Emery, el más activo de los irreductibles, que había sido detenido en la Conserjería, durante el Terror, y continuó ejerciendo allí de modo clandestino su ministerio; pudo escapar del cadalso gracias a la abnegación de la señora de Villette, sobrina de Voltaire, a las diligencias de una tía de Fouquier-Tinville, el acusador público, y sobre todo a la misteriosa intervención de Robespierre...

Lo poco que se sabe de aquellas amistades ayuda a comprender la sorprendente escena que tuvo por teatro el Club de los jacobinos el 26 de marzo de 1792 y que conviene recordar brevemente. En el curso de una improvisación acerca de los peligros de la situación, Robespierre había aludido a «la Providencia, que vela siempre por nosotros, mucho más que nuestra propia prudencia». «Hemos de temer cansar la bondad del Cielo, añadió, que hasta ahora se ha obstinado en salvarnos a pesar nuestro». Su discurso había estado salpicado de exclamaciones como «Quiera Dios que...» y otros apóstrofes que olían a sacristía y que hacían enrojecer a los hermanos y amigos, confundidos al escuchar a su héroe expresándose como «un clerical».

Guadet se hizo eco de la estupefacción general:

—He oído muchas veces en esta discusión repetir la palabra «Providencia». Nunca hubiera creído que un hombre que, durante tres años, ha trabajado con tanto denuedo para liberar al

pueblo de la esclavitud pudiera cooperar así a sujetarlo de nuevo con las cadenas de la superstición...

Rumores, alaridos, aplausos. Pero apareció Robespierre en la tribuna:

—Yo sostengo esos principios eternos, en los que se apuntala la debilidad humana para elevarse a la virtud. No es un lenguaje vano en mi boca, como tampoco lo ha sido en la de todos los hombres ilustres que no tenían menos moral por creer en la existencia de Dios...

Tumulto, gritos: «¡Orden, orden!».

—No, señores, no ahogaréis mi voz... Voy a continuar desarrollando uno de los principios brotados de mi corazón... Invocar el nombre de la Providencia, emitir la idea del Ser eterno que influye esencialmente en los destinos de las naciones... Es un sentimiento para mí necesario.

Y en aquel momento, quizá único en su carrera, en que, arrastrado por el impulso de su improvisación, descubrió el fondo de su alma, Robespierre dejó entrever que continuaban enranciándose en ella los rencores y las magulladuras morales de las humillaciones de su juventud y de sus ásperos comienzos:

—¿Cómo no ha de ser necesario para mí ese sentimiento si estuve en la Asamblea constituyente a merced de todas las pasiones y todas las viles intrigas y me sostuve en medio de ellas, rodeado de numerosos enemigos? ¿Cómo hubiera podido soportar trabajos que están por encima de la fuerza humana si no hubiese elevado mi alma? Este sentimiento divino me ha compensado de la renuncia a todas las ventajas ofrecidas a quienes querían traicionar al pueblo...

La edificante arenga terminó entre los gritos y los silbidos de los desconcertados oyentes. Como jacobinos puros, estaban convencidos de que un hombre no puede servir la causa del pueblo si no es materialista conspicuo; aquella noche, para colmo de desastre, presidía la sociedad el desgraciado obispo intruso Gobel, que llevó su arrogancia a cubrirse con su sombrero, cosa que cerró la sesión.

Dieciocho meses más tarde, en aquella misma tribuna, Robespierre proclamaba de nuevo su creencia. Por una mudanza, cuya ironía no deja de sorprender, presidía Anacharsis Clootz, el banquero prusiano, extravagante apóstol del ateísmo internacional. Asqueado de las sacrílegas mascaradas ocasionadas por la reciente instauración del culto a la Razón —era el primero de Frimario del año II, el mismo día en que se había profanado en la Comuna el relicario de Santa Genoveva—, Robespierre, tembloroso de indignación, se disparó en diatribas contra los sacerdotes renegados que «se apresuraban a abdicar de sus títulos a cambio de los de municipales, administradores e incluso presidentes de sociedades populares».

—No temáis el hábito que llevan —dijo— sino la nueva piel de que se han revestido.

No admitía Robespierre que unos desconocidos hasta entonces en la Revolución «perturbasen la libertad de los cultos y atacasen el fanatismo mediante un fanatismo nuevo...»

—Se ha denunciado a sacerdotes por haber dicho la misa. Y la dirán tanto más tiempo si se les impide hacerlo. Quien quiere impedirselo es más fanático que quien la dice...

El ateísmo es aristocrático:

—La idea de un Ser grande que vela por la inocencia oprimida y persigue el crimen triunfante es enteramente popular. Los homenajes tributados a ese poder incomprensible, espanto del crimen y apoyo de la virtud, son otros tantos anatemas contra la injusticia... Lo repito: no tenemos que temer otro fanatismo que el de los hombres inmorales pagados por las cortes extranjeras... que quieren hacernos odiosos a todos los pueblos para afianzar los tronos que se tambalean.

Jamás había sido tan elocuente como cuando hablaba de la divinidad. Jamás había sido su verbo tan cálido ni tan claro su pensamiento. En estas ocasiones no había ambigüedades, socarronerías, reticencias ni insinuaciones pérfidas y deliberadamente oscuras.

Páginas éstas harto escasas en Robespierre; pero, como el relámpago en la noche opaca, dan la

ilusión de un resplandor en aquel alma enigmática y tenebrosa. Aunque la sombra vuelve a espesarse con rapidez tras el destello, parece que no pueda ponerse en duda la sinceridad del instinto religioso en el hombre que así hablaba. Probablemente hay debajo de ello muchas reminiscencias del *Vicario Saboyano*, pero también se advierte una profunda convicción, pues volvemos a encontrarla en la intimidad de su vida, tal como aparece en esos instantes de sincero abandono.

En el encantador relato que dejó de sus inocentes amores, la más joven de las hijas del carpintero Duplay, Isabel, cuenta cómo hacía confidente de sus penas al huésped de sus padres. Le consideraba como un hermano mayor, de una bondad, una delicadeza y una indulgencia siempre despiertas: aquel hombre la consolaba hablándole de Dios —a quien él llamaba el Ser Supremo—. «¡Cuántas veces —escribe la muchacha— me reprendía porque yo pareciera no creer con el mismo fervor que él! Me decía: “Te equivocas; serás desgraciada... Eres muy joven aún, Isabel; piensa que es el único consuelo en el mundo...”^[17]»

Puede comprenderse que, en medio del libertinaje y del derrumbamiento de todas las creencias, aquella actitud que él manifestaba atrajese a Robespierre odios y zumbas. En los Jacobinos podía permitírsele todo, aunque se deplorasen amargamente sus «sermones»; pero cuando hubo expuesto ante la Convención su teoría de la existencia de Dios y de la inmortalidad, los ateos auténticos u ocasionales consideraron aquella profesión de fe como una declaración de guerra, un retorno al «oscurantismo». Votaron lo que él exigía, porque le tenían miedo; pero en la sombra se prepararon para la lucha y Vadier asumió la dirección del movimiento.

Las hostilidades se romperían en la fiesta del Ser Supremo.

Capítulo III

LA FIESTA DEL SER SUPREMO

Durante los días que siguieron a la votación del decreto sobre el Ser Supremo comenzaron los preparativos de la fiesta; los parisienses, fieles a sus costumbres de todos los tiempos, se divertieron siguiendo los progresos de los trabajos, que dirigía el ciudadano Hubert, cuñado de David e inspector general de las construcciones nacionales.

En primer lugar se descargaron en la terraza del palacio de las Tullerías, ante el pabellón central, gran número de volquetes de adoquines, cascotes y materiales de demolición; al mismo tiempo, los carpinteros levantaban enormes tabladados y en pocos días cobró forma una doble y gigantesca escalera cuyas rampas circulares dejaban en medio libre acceso al gran portal de la planta baja y alcanzaban por arriba la altura del primer piso, formando allí una vasta plataforma al mismo nivel del gran salón del castillo. Diez contratistas de albañilería y otros tantos de carpintería contribuían a la construcción de aquel anfiteatro en el que según el programa trazado por David —el célebre pintor, miembro de la Convención—, debían acomodarse todos los diputados, los artistas, los coros y la orquesta de la Opera.

La decoración del gran estanque vecino al palacio se perfilaba con más vacilaciones e intrigaba más a los desocupados. Empezaron por cubrir el estanque con un sólido entarimado que correspondía exactamente a su forma circular; en medio de éste levantaron una especie de cruz, formada por dos barras de hierro cuya disposición modificaron varias veces: era la armazón de una colosal estatua de la Sabiduría que el escultor Pasquier preparaba con gran acopio de yeso, estopa y cemento.

Aquella estatua de baratija debía aparecer de súbito en el transcurso de la fiesta, cuando cayese hecha polvo otra estatua que representaba el Ateísmo, de construcción más ligera, y que en espera de aquel golpe efectista iba a disimular por completo la de la Sabiduría bajo los amplios pliegues de su vestidura.

No debieron de faltar las zozobras y habría que proceder con bastantes indecisiones. Fuese cual fuere el talento del ciudadano Chaudet, encargado de la tarea, hubo de ser arduo el problema de improvisar una figura de dimensiones imponentes, de tela engomada impregnada de azufre, cuyos atributos y actitud simbolizaran el Ateísmo, de modo tal que nadie pudiera confundirse. El pirotécnico Ruggieri, que asistía a Chaudet en aquel delicado trabajo, escribió *la Teísmo*, lo cual permite suponer que no se hallaba muy informado acerca del tipo de emblemas convenientes para la imagen.

Los curiosos acudían sobre todo al Campo de Marte, donde nubes de obreros trabajaban en levantar una montaña simbólica —sabido es que la *Montaña*, en la jerga parlamentaria, designaba la parte de la Asamblea donde tenía su asiento Robespierre—. Era una empresa difícil, pues para no parecer minúsculo en medio de aquel inmenso espacio, el montículo debía alcanzar proporciones considerables, tanto que en su cima debía colocarse toda la Convención, así como músicos, coristas, portaestandartes de las secciones armadas y muchas otras personas. También habría en la montaña una columna de cincuenta pies de altura, una gruta, senderos abruptos, una encina casi secular, candelabros flameros, cuatro tumbas etruscas, una pirámide, un sarcófago, un altar antiguo, un templo con veinte columnas sosteniendo el friso... El decorador paisajista Houët asumió aquel formidable trabajo: debía crearlo todo en menos de un mes, salvo algunos accesorios deteriorados que tomó de las ruinas del Altar de la Patria, abandonado desde los sangrientos sucesos del 17 de julio de 1791.

A toda prisa se movilizó un ejército de albañiles, transportistas, carpinteros, peones, chiquichaques, desmontistas y toda clase de artesanos. Al cabo de unos días la montaña se levantaba ya, imponente y pintoresca. Una sola partida en la memoria del contratista dará una idea de la importancia del trabajo: se gastaron más de mil francos en clavijas y clavos. Pero no

se escatimaba en materia de gastos. David lo vigilaba todo. Su amigo Robespierre, como él sabía perfectamente, quería que la fiesta resultase grandiosa y que borrara, con sus esplendores y su novedad, el recuerdo de todas las pompas de la realeza.

Precisamente al *Incorruptible* se dirigía también el reconocimiento del pueblo de París, maravillado de antemano y sobre todo satisfecho por aquella prodigalidad en que había ganancias para todas las ramas del comercio y todos los oficios. Por primera vez desde el comienzo del Terror, esta actividad se traducía en una especie de calma o de relajamiento. Cierto que la guillotina no descansaba y cada día las carretas transportaban a través de las calles un nuevo contingente de víctimas; pero la gente se había acostumbrado a aquel horror, hasta el punto de que ya no repugnaba. Por otra parte, ¿a qué interesarse por los conspiradores si la República tanto necesitaba desembarazarse de ellos?

La historia de la Revolución, tal como ha sido establecida por eminentes eruditos y especialistas en estudiar y criticar los textos, presenta un gran defecto: no nos pinta nunca al pueblo, personaje de quien se habla a lo largo de todo el drama pero que casi siempre queda entre bastidores y no aparece en escena más que cuando se le arrastra a ella. No nos referimos a la masa de semiburgueses, tenderos y modestos empleados que por la noche acudían a la sección, se encuadraban en los comités locales, escuchaban la lectura de las gacetas y creían formarse una opinión escuchando perorar a los oradores de barrio, sino el pueblo de los artesanos, de los obreros, de los jornaleros y de las comadres, cuyo tiempo acaparaba la preocupación del pan de cada día y que carecían de otros medios de información que las opiniones intercambiadas de puerta a puerta o escuchadas en el taller o en el lavadero, recogidas en las porterías o en las tiendas o en la cola a la puerta de las panaderías. ¿Cabe calcular la cantidad de embustes, ideas falsas, relatos extravagantes, simplezas, enormidades, chismes y estupideces que circulaban entre aquella población, condenada por su incompetencia a no sacar nada en limpio de los acontecimientos y que, sin embargo, se ocupaba de ellos con esa seguridad dogmática que procura la perfecta ignorancia? ¿Puede imaginarse la idea que aquella gente sencilla se formaba de Robespierre, a quien jamás había visto, de cuyos discursos no comprendía una sola palabra, pero cuyo nombre le era querido a pesar de todo, como el de un «mesías» que se interesase por su suerte le amara y se ocupase de su bienestar?

Sabía todo el mundo —porque la leyenda se había propagado— que habitaba en casa de unos obreros como ellos, que vivía en medio del ruido de la garlopa y de la sierra; y el público le imaginaba un hombre muy sabio, ciertamente, pero muy llano, de hablar franco, expansivo, familiar, con el corazón en la mano. Su popularidad estaba hecha de aquellas ilusiones y toda su fuerza reposaba en la credulidad de una masa de ingenuos, siempre creciente.

Él, por su parte, continuaba viviendo desde hacía más de veinte meses en casa Duplay, donde el azar le había llevado, convirtiendo aquella morada, por su sola presencia, en algo así como un gran cuartel general del Terror. Aunque la disposición del inmueble haya cambiado poco, su aspecto difiere notablemente del que presentaba en el año II. La casa, lo mismo que sus vecinas, no contaba entonces más que un piso, en vez de los cinco que hoy la abruma. El estrecho patio que vemos tan sombrío, estaba entonces muy aireado y soleado, gracias a los anchurosos jardines del antiguo convento de la Concepción, a los que tenía Duplay una puerta de salida de la que aún quedan huellas. En aquel patio, donde las señoritas Duplay cultivaban un pequeño jardín —un cestillo de flores—, se desbordaba el taller de carpintería y durante todo el día los obreros serraban, cepillaban y empalmaban, dando grandes golpes bajo la ventana de Robespierre, cuya reducida pieza se impregnaba del perfume rústico de la madera nueva y de las virutas frescas.

Era una estancia estrecha, precedida de un recibidor exiguo, y amueblada con unas cuantas sillas de paja, una mesa muy modesta y una cama de nogal con cortinas de damasco azul,

procedentes de un vestido de la señora Duplay. Un armario adosado a la pared servía de biblioteca. La escalera que conducía a aquella celda nacía en el comedor, situado al nivel de la calle, al fondo del patio; pero también se podía llegar a ella por la gran escalera de la casa, que se hallaba a la izquierda, una vez franqueada la puerta, y que existe todavía: en este caso había que atravesar dos estrechas habitaciones, de las cuales una estaba ocupada por el pequeño Duplay, el colegial, y la otra por su primo Simón, que servía a veces de secretario a Robespierre. Simón Duplay había sentado plaza de voluntario. Herido de gravedad en Valmy, hubo de sufrir la amputación de una pierna: solían llamarle *Duplay pata de palo*.

Casi siempre, Robespierre salía temprano, después del desayuno, que tomaba en la mesa familiar; la sesión de la Convención se abría normalmente a las diez de la mañana y se prolongaba hasta las tres o las cuatro de la tarde. La velada la dedicaba a los Jacobinos, que raras veces cerraban. Según este plan, se solía comer hacia las cinco. ¡Ah!, el ritmo de la casa habíase acelerado desde que hospedaba al gran hombre: casi todos los días, la señora Duplay tenía convidados complementarios. Los más asiduos eran Pedro Vaugeois, su hermano, el carpintero de Choisy; Felipe Le Bas, joven diputado del Artois, de agraciado rostro, alma honesta y entusiasta: había sido pasante antes de la Revolución en el despacho del procurador Bourdon, a la sazón diputado Bourdon, del Oise; Buonarotti, descendiente de Miguel Angel, italiano nacionalizado francés por una votación solemne de la Convención, apasionado por la igualdad, que conspiraría toda su vida y hasta su extrema vejez permanecería fiel al culto de Robespierre; Didiée, cerrajero de Choisy, amigo de Vaugeois, y Gravier, un lionés, destilador de profesión: ambos habitaban en la misma calle Saint-Honoré, en la casa inmediatamente vecina a la de Duplay; un dibujante italiano, Cietty, empleado en la manufactura de papeles pintados de Montreuil; David, que por ser un gran pintor se creía también gran político y con tal de frecuentar a Robespierre se dignaba descender de su pedestal y acudir a la casa del carpintero... Algunas veces se podía encontrar también a Lohier, abacero de la calle Saint-André-des-Arcs, proveedor de la casa Duplay; a Nicolas, un lorenés de Nirecourt, impresor que vivía a pocos pasos de allí, en el 355 de la calle Saint-Honoré; a la excondesa de Chalabre, una excéntrica, de aspecto y aire grotescos, asidua de la Convención y de los Jacobinos, donde se arrobaba cuando hablaba Robespierre: se la había visto, al descender él de la tribuna tras una discusión violenta, enjugar piadosamente el sudor que perlaba la frente de su héroe; para encontrarse en su cercanía, había de hospedarse en casa del impresor Nicolas, donde finalmente fijó su residencia. También hay que mencionar a un tal Tranch-le-Hausse, médico empírico a quien se utilizaría cuando el caso llegara; a Calandini, zapatero remendón de Arras, de origen corso, que había abandonado el Artois con mujer e hijos para reunirse con Robespierre en París; se dice que, para guardarle durante la noche, se acostaba en la estrecha pieza que precedía a la habitación de Maximiliano.

Isabel Duplay consignó —con una complacencia enternecida— cómo transcurrían las veladas en casa de sus padres en aquella época feliz del Terror, que toda su vida echaría de menos. Robespierre leía en voz alta alguna tragedia de Racine o de Corneille, algún capítulo de Voltaire o de Rousseau. También se cuenta que algunas veces, cuando la concurrencia era más numerosa, Buonarotti, músico de profesión, se ponía al clavicordio después de comer; Le Bas cantaba una romanza o echaba mano de su violín, que tocaba agradablemente. Aquellos recreos artísticos debían de ser poco frecuentes, porque en la vida, tan llena, de Robespierre no se descubre un instante de esparcimiento.

¿Cómo podía atender a todas sus obligaciones? Cinco o seis horas diarias en la Convención; la sesión en los Jacobinos, prolongada, casi siempre, hasta las once de la noche; el Comité de Salud Pública reunido todo el día y a veces toda la noche... ¿Qué tiempo le quedaba para su trabajo personal, la lectura de la correspondencia y la preparación de los discursos? Su redacción era lenta y premiosa, como lo demuestran sus borradores, en los que hay páginas

enteras tachadas.

Tampoco hay modo de averiguar quién o cómo le ayudaba en su labor, de la que sólo se vislumbra una parte, ya que se poseen de él páginas de cuaderno u hojas volantes donde se ven trazadas con su escritura pequeña, apretujada y rabiosa, a menudo ilegible, rápidas notas indicadoras de proyectos de organización administrativa o judicial, donde se mencionan —acompañados de lacónicos calificativos— los nombres de individuos que merecían ser empleados. Por lo tanto, Robespierre contaba con agentes seguros para señalárselos; entre los que pudieron haber desempeñado esa misión no debemos omitir a Taschereau, cuyo nombre —en la lista escrita por Isabel Duplay de los asiduos de la casa de su padre— se encuentra acompañado de dos palabras que indican que sus visitas eran frecuentes: «A menudo, Taschereau».

Robespierre le había cobrado confianza, quizá porque gracias a él podía mantenerse al corriente de las maniobras de Collot d'Herbois, su dudoso colega en el Comité de Salud Pública. En efecto, Taschereau habitaba, con su esposa y su hija, en la misma casa que Collot, en la manzana de los italianos, de la calle Favart. Era un antiguo armador cuya considerable fortuna había sido comprometida por la Revolución. Muy exaltado, dotado de elocuencia meridional, había llegado a París en 1791 y se había alistado en los Jacobinos. Su carrera, desde entonces, fue sorprendente: enviado por la República a España, en el invierno de 1793, fue mal recibido en Madrid, donde, atacado por el populacho, pudo escapar con gran peligro, saltando por una de las ventanas de su hotel; entonces regresó a París, buscando ocupación. Enrolado en la pequeña banda de los llamados «satélites de Robespierre», pasaba por ser uno de los más activos espías del *Incorruptible*; decíase que éste comunicaba con Fouquier-Tinville por su mediación.

Pero su favor no carecía de altibajos. Fuese que Robespierre sospechase una traición, fuese que creyera útil fingir hostilidad hacia aquel precioso confidente, Taschereau fue excluido de los Jacobinos y encarcelado; pero volvería a obtener su gracia en la primavera de 1794. Vadier le temía y le dedicó un odio cuyas razones permanecen confusas.



A decir verdad, la casa Duplay —tan tranquila en otro tiempo— estaba invadida: el segundo Robespierre, *Bonbon*, diputado como su hermano en la Convención, había venido a vivir con él en casa del carpintero, donde también se había instalado su hermana Carlota. Duplay le había cedido, por mil francos al año, un apartamento del cuerpo que miraba a la calle.

Tampoco tardó en fijar allí su domicilio el amigo Couthon, con su familia. Este no era un inquilino cómodo: no podía dar un paso y cuando comía con los Duplay había que llevarle hasta el comedor a través de la escalera y el patio.

A pesar de semejante afluencia de huéspedes y a menudo de invitados, nada indica que la señora Duplay hubiera reforzado su personal: ella y sus hijas bastaban para todo. Isabel podía incluso permitirse el esparcimiento de charlar frecuentemente con Carlota Robespierre, rizarle el pelo y ocuparse de su arreglo personal. Con su madre o su hermana Eleonora montaba también guardia en el patio y velaba para que ningún intruso se acercase a Robespierre. Su vigilancia no remitía nunca.

Tenemos las impresiones de un tal Estanislao Lacante, que deseaba solicitar el apoyo de Robespierre en favor de un capitán falto de recursos para unirse a su regimiento; este Lacante consiguió llegar hasta el comedor de la casa Duplay, donde encontró sentados a la mesa a doce comensales, pero sólo pudo formular la petición y salió más que deprisa bajo las invectivas de los presentes, uno de los cuales le amenazó con «una lluvia de bastonazos».

La prudencia exigía no aventurarse a una tentativa semejante sin ser presentado por alguien de la intimidad de Robespierre. Pero además era preciso que alguna de las señoritas Duplay se interesase por el pretendiente: su mera intervención triunfaba sobre la inflexibilidad de las

consignas. Ouvrard, más precavido que Lacante, se había empeñado en salvar a sus paisanos nanteses entregados al Tribunal Revolucionario y aprovechó una ausencia momentánea de Robespierre para correr a casa Duplay, donde fue recibido por dos de las jóvenes; les rogó con insistencia que le preparasen una entrevista con su huésped y obtuvo de ellas la promesa de una tentativa. El día siguiente, la más joven de ellas, muy contenta, le avisó que sería recibido veinticuatro horas más tarde. En la ocasión convenida lo introdujeron sin dificultad, pero muy emocionado él, en el comedor, donde el terrible tribuno tomaba su café al lado de Eleonora y de Isabel. Robespierre acogió a Ouvrard con cortesía, invitándole a compartir su desayuno, pero declaró que «no podía hacer nada por los nanteses».

—Vea usted a Fouquier-Tinville o a su escribano —le aconsejó.

Se ha dicho que Robespierre «pagaba con afecto los servicios que le hacía su familia adoptiva». Sólo pagaba así, pero su prestigio compensaba ampliamente a quienes le rodeaban por los cuidados admirativos de que era objeto. Cuantos se hallaban cerca de él y le eran adictos obtuvieron provecho de su protección: el cerrajero Didiée y el destilador Gravier —dos fieles— fueron jurados en el Tribunal Revolucionario y sólo por declararse «convencidos» ganaban 6.500 francos al año. El impresor Nicolas fue promovido también a la misión de jurado, encargado del Comité de Seguridad General y —lo que le vino mucho mejor— abrumado de encargos oficiales: se haría rico en poco tiempo. Camilo Desmoulins había cometido la imprudencia de reírse a costa de ello: «En enero último vi todavía al señor Nicolas hacer su almuerzo a base de una manzana cocida... ¿Y podrá creerse que a ese descamisado que vivía tan sobriamente le debe el tribunal, en Nivoso, más de 150.000 francos por impresiones? Así resulta que yo soy un aristócrata que bordea la guillotina y Nicolas un descamisado que bordea la fortuna».

Garnier-Launay y el tendero Lohier, cuyos productos se degustaban en la mesa de los Duplay, ocupaban los altos puestos de jueces en el mismo tribunal. El mismo Duplay, también jurado, como vimos, simultaneaba ese empleo con los importantes trabajos de carpintería encargados por los comités: con motivo del acondicionamiento de la sala de la Convención cobró sumas muy considerables y una de sus facturas ascendían a 60.000 libras; él fue quien, en vísperas de la fiesta del Ser Supremo, recibió el encargo de cubrir con una armazón el estanque de las Tullerías, donde se elevaría la estatua del Ateísmo: 15.800 libras; volvemos a encontrarle, con una suma de 12.939 libras, en la construcción del gran anfiteatro aplicado a la fachada del castillo.

El dibujante Cietty, que a pesar de ser italiano formaba parte del Consejo General de la Comuna de París, tenía sin embargo el lucrativo entretenimiento de tapizar de papeles pintados las salas del Comité de Salud Pública. Y cuando leemos en el *Monitor* o en otro lugar los nombres de desconocidos como Laviron o Baudement, inesperadamente nombrados miembros de la Comisión Popular encargada de señalar a los sospechosos y entregarlos a Fouquier-Tinville, hemos de pensar que tales personajes tuvieran títulos para merecer semejante favor: Laviron, carpintero de Créteil, era, en efecto, primo de la señora Duplay; su hermano mayor, como Didiée, Gravier y el mismo Duplay, era jurado en el Tribunal Revolucionario y amenazaba con abandonar su puesto si no se cortaban cien o doscientas cabezas diarias. En cuanto a Baudement, miembro también de la Comisión Popular, era un jardinero de Thiais, que había trabajado para Pedro Vaugeois... Se vanagloriaba de haber almorzado «con su amigo Robespierre» y —más firme patriota que su compadre Laviron— declaraba que no se sentiría satisfecho con menos de 70.000 cabezas. Auzat, el yerno de Duplay, simple «hombre de leyes» de Issoire, pasó a ser director de los transportes militares; con el fin de quitar a aquel nombramiento toda apariencia de favoritismo, el Comité de Salud Pública se informó de las aptitudes de Auzat y, para obtener datos fidedignos, se dirigió al impresor Nicolas...

Todo sucedía entre amigos. El remendón Calandini haría carrera también ¡y rápidamente!

Puesto que, antes de dedicarse a la remonta de suelas, había sido soldado en el regimiento corso, se le investió con una alta jerarquía en el ejército de la República: en el año II era ayudante general, jefe de la tercera división del Ejército del Norte.



Quisiéramos describir el aspecto de aquellas veladas de la señora Duplay, cuando los citados amigos del *Incorruptible* —y otros no menos firmemente asentados, pues sería fácil alargar la lista— se reunían en el pequeño salón de la calle Saint-Honoré después de su jornada de trabajo. Llegaban allí procedentes de la Comuna, de la Comisión Popular o del odioso Tribunal: habían empleado su tiempo en redactar listas de sospechosos, señalar a diversos desgraciados para la deportación o la guillotina y proveer a ésta de su pitanza diaria. Habían escuchado sollozos y gritos de desesperación; habían visto a pobres mujeres, lívidas de horror, envararse para no caer al recibir su sentencia de muerte; para llegar allá habían atravesado aquellos vestíbulos del Palacio, amplia fábrica de muertes, donde las cabelleras caían bajo las tijeras del verdugo y se ataban con cuerdas las manos temblorosas, que sólo serían desatadas más tarde, ya frías y rígidas; habían asistido a la carga de las carretas de gentes destinadas a la muerte y, sin embargo, allí estaban, sentados a la mesa, sonrientes, tranquilos, comiendo bien y mostrándose galantes con las damas.

Mientras las jóvenes servían el café, Buonarotti abría el clavicordio, Le Bas cantaba «Cuando todo reposa» o «El bien amado no regresa» y los demás escuchaban, encantados, dichosos de vivir y de estar allí.

En estas reuniones nació un idilio. Isabel Duplay, llamada familiarmente *Babet*, la más joven y más alegre de las hijas del carpintero, se volvió melancólica y soñadora. Carlota Robespierre la llevaba alguna vez a la Convención. Un día, habiéndolas visto Le Bas desde su puesto, se acercó para saludarlas a la tribuna, donde se ocupaban en pelar naranjas. Aceptó una de aquellas frutas y prestó sus gemelos a Babet para que se entretuviera en reconocer, en el vasto hemiciclo lleno de rumores y de movimientos, a los diputados de renombre. También advirtió Le Bas en el dedo de la joven un anillo que le intrigó y que quiso ver de cerca. Babet, muy emocionada, se lo quitó, entregándoselo para que lo examinase a placer.

Mas en aquel momento Le Bas oyó que le llamaban. Era el momento de votar. A toda prisa descendió los peldaños y se perdió entre los grupos. Terminó la sesión sin que volviese a aparecer e Isabel hubo de regresar a la calle Saint-Honoré, enriquecida con unos acusadores gemelos, pero sin su anillo y con gran peligro de ser reprendida por ello. Carlota, que no tenía por qué asombrarse ante tan casto inicio de romance, alentó a su ingenua amiga.

La señora Duplay no se dio cuenta de nada. Solamente Robespierre se asombró ante el cambio de humor de la joven:

—Pequeña Isabel —le dijo—, míreme como su mejor amigo, como un buen hermano. Yo le daré los consejos que a su edad necesita.

Pero ella no confesó nada. Estaba muy triste, pues había sabido que Le Bas, gravemente enfermo, ya no comparecía en la Asamblea. Y se asustaba del sentimiento desconocido que ya no abandonaba su pensamiento: en su corazón había un gran amor.

Un día de junio le volvió a ver, ¡pero tan cambiado! Fue en el jardín de los Jacobinos, una hermosa tarde de primavera. Charlaron. Él declaró que deseaba casarse y rogó a Isabel que le encontrase mujer, una mujer muy alegre, amante del placer y de su arreglo personal, que no se dejara atar por el cuidado de los hijos. La pobre enamorada, confusa, a duras penas conseguía evitar su llanto.

Pero al ver su emoción, él confesó que había querido probarla. Le tomó la mano y le dijo:

—Es a usted a quien yo quiero desde el día en que la vi en la Convención... Sí, Isabel mía, si tú quieres, hoy mismo te pediré a tus padres.

Balbució ella:

—Yo también le amo, Felipe, desde aquel día... Todavía tengo sus gemelos.

—Y yo, tu anillo. No lo he dejado desde que caí enfermo.

Felipe habló mucho rato. Ella le escuchaba, como en sueños. Luego apareció la señora Duplay, fueron a sentarse a las Tullerías, bajo los árboles, y Le Bas hizo su petición. La madre no se atrevió a pronunciarse: debía consultar a su marido. Una vez de regreso en casa, Babet, que contenía el aliento, figó cuanto pudo, escuchó a través del tabique los cuchicheos de sus padres y sorprendió conciliábulos prolongados hasta la una de la madrugada, conciliábulos a los que fue requerido Robespierre; oyó que éste formulaba su oráculo: «No vacilé, amigo mío. ¡Le Bas es el más digno de los hombres! Isabel será feliz».

Felipe se presentó la mañana del día siguiente a las nueve. Babet, con el corazón palpitante, repasaba la ropa blanca en el comedor. «¡Animo!», le susurró él, aunque también muy emocionado. Y penetró en el salón, donde le aguardaba Duplay.

La conversación fue larga. Finalmente invitaron a Isabel a comparecer. El carpintero, que no abdicaba nunca de su autoridad, adoptó un tono severo, aludiendo a la ingratitud de las hijas y afirmando que, a causa de sus tapujos y de su falta de confianza con su madre, la reservada Isabel no obtendría su consentimiento paterno. Se extendió sobre este tema, mientras que ella se ahogaba en sollozos. Intervino Felipe, suplicándole que no lo tomara tan a pecho, asegurándole que su buen padre la perdonaba y no se oponía a su matrimonio.

—Vamos —dijo Duplay—, se la doy. Es una buena niña.

Robespierre bajó de su cuarto y pronunció unas palabras. Sirvieron el chocolate, que tomaron juntos los Duplay, Le Bas y Robespierre, mientras Isabel volvía a su tarea de repasar la ropa.

La boda se celebró en la Comuna, el 26 de agosto, presidida por Hébert, el *Padre Duchesne*. Robespierre actuó como testigo de Le Bas; Isabel estuvo asistida por su tío, Pedro Vaugeois, el carpintero de Choisy. Los recién casados se instalaron provisionalmente en la calle de l'Arcade, en una de las casas que poseía Duplay; pero luego, al poco tiempo, se trasladaron a la calle Neuve-de-Luxembourg, donde ocuparon el tercer piso sobre el patio. Isabel estaba allí muy cerca de la casa de sus padres, donde no se cesaba de bendecir al hombre extraordinario a quien la familia del carpintero debía tanto realce y tanta felicidad.



Pero, de pronto, se produjo un drama: el día 4 de Pradial, por la mañana, París se enteró con estupor de que Collot d'Herbois había sido asesinado por la noche. ¡Collot, el ex comediante, buen conversador, compañero y casi rival de Robespierre en el Comité de Salud Pública! Al abrirse la sesión, Barère anunció la terrible nueva a la Asamblea estremecida. El asesino era un tal Admiral, antiguo criado de una familia noble, a la sazón empleado en la lotería. Ocho días había llevado aquel monstruo preparando su golpe: había vendido sus muebles para comprar dos pistolas y un fusil. Su elección le había inclinado primero a Robespierre y el día 3 por la mañana, saliendo de su casa —número 4 de la calle Favart—, había llegado a la de Duplay, atravesando los «bulevares»; informado en una lechería, le aconsejaron que se dirigiera a las gentes de la carpintería.

Admiral entró entonces en el patio, donde halló un voluntario que llevaba un brazo en cabestrillo y una ciudadana. Ambos le aseguraron que Robespierre, muy ocupado, no podía recibir. Despechado, el asesino almorzó en casa Roulot, en el extremo de la terraza de los Feuillants (antiguo convento bernardo, donde tenía su sede el club de los realistas «constitucionales»), donde gastó quince francos; luego se dirigió a las Tullerías, entró en la Convención y se instaló en una de las tribunas públicas. Un discurso de Cambon le durmió profundamente y no se despertó hasta el final de la sesión. Rondó un rato por las antesalas de la Asamblea: Robespierre no aparecía. Entonces anduvo de café en café hasta el atardecer, jugó una partida de damas con un joven, cenó en el figón de Dufils, de la calle Favart, y regresó a su domicilio a las once de la noche. Había caído en la cuenta de que Collot d'Herbois vivía en

aquella misma casa: ¿para qué perder el tiempo persiguiendo a un diputado inhallable si tenía otro al alcance de la mano? Subió, pues, a su quinto piso, comprobó el estado de sus armas y se puso a acechar el momento propicio.

A la una, alguien llamó a la puerta de la calle: era Collot, que regresaba. Admiral se inclinó sobre la barandilla de la escalera y vio a la criada del diputado, que con una vela encendida salía del tercero y bajaba para abrir a su amo.

Entonces saltó a la escalera, la bajó de cuatro en cuatro y, hecho una furia, chocó con Collot, que ya estaba a punto de alcanzar su puerta:

—¡Detente! —gritó—. ¡Ha llegado tu última hora!

Su primera pistola falló el tiro; disparó la segunda al azar y volvió a subir como un loco a encerrarse en su piso. La criada, aterrada, había abierto una ventana y llamaba a la guardia.

En un instante, la casa se vio llena de gente; toda una patrulla armada de chuzos que se hallaba en los peristilos del teatro vecino «haciendo sus necesidades» acudió en tumulto y se apretujó en la escalera; la mandaba un ciudadano en camisa, con las piernas desnudas: Bertrand Arnaud, miembro de la Comuna, que habitaba también aquella casa; se había arrojado de la cama, sin tomarse tiempo más que para ponerse sobre su indumento, tan sumario, la cinta de munícipe.

Todos subieron al quinto piso, al asalto de la vivienda del asesino, que se había improvisado en ella un parapeto. De pronto, la puerta se entreabrió. Sonó un nuevo disparo y uno de los asaltantes cayó herido: era «el bravo y demasiado feliz Geffroy», un cerrajero de la sección. Sus compañeros se precipitaron en el interior, echaron mano al asesino y lo arrastraron en triunfo al puesto de mando.

Éste fue el relato de Barère, aderezado con todos los ornamentos oratorios que le inspiró su habitual verborrea:

—¡El crimen y el asesinato velan a la puerta de este templo de las leyes! ¡Habitan bajo el mismo techo que los representantes del pueblo para asestar golpes más seguros! ¡Los impíos herederos de los Capeto necesitan nuevas víctimas! Envenenad y asesinad: ésta es la respuesta de los tiranos coaligados... El gobierno inglés ha vomitado entre nosotros la traición y la guerra, rodeando de asesinos la Convención Nacional...

Y Couthon, después de conjurar al Ser Supremo que velase continuamente «sobre los hombres de bien que honran su Providencia», se indignó de que el horrible Admiral hubiera osado pretender que era oriundo de Puy-de-Dôme. Aquello no era cierto, ni era posible siquiera. Todos los habitantes de aquel departamento rechazaban tal cosa: «sólo Inglaterra podía haber vomitado semejante monstruo».

Estas palabras fueron interrumpidas por aplausos frenéticos.

Por último apareció en la tribuna Collot en persona, modesto como un triunfador, y fue acogido con delirantes aclamaciones. No había muerto; ni siquiera había sido herido. Asustado por el repentino ataque de Admiral, había dejado caer el bastón y, al inclinarse para recogerlo, el segundo disparo pasó por encima de su cabeza.

La Asamblea terminó por decretar que, puesto que tres años antes, «en una época de degradación y vergüenza», la Asamblea Constituyente escuchaba la lectura «de los insignificantes y repugnantes boletines sobre la salud de un rey perjuro», la Convención se honraría incluyendo en adelante en su orden del día el informe sobre el estado del bravo cerrajero Geffroy, herido al salvar la vida de un representante de la nación. Así pues, durante más de un mes, se leyó al comienzo de cada sesión el parte de los médicos de Geffroy, cuya herida, por otra parte, no hizo peligrar su vida en ningún momento. Cuando, al fin curado, apareció ante aquella reunión, sostenido por dos cirujanos y seguido de toda su familia; cuando Collot, buen comediante, abandonó su lugar para abrazarle y conducirlo a la tribuna presidencial, declarando que «la Revolución no es sino la práctica constante y cotidiana de las virtudes austeras y fecundas», el enternecimiento de los diputados fue tal que admitieron a

Geffroy entre ellos y le hicieron sentar en la cima de la Montaña, en medio de los clamores de alegría de toda la concurrencia.

Robespierre siguió con atención todo el curso de este asunto. El 4 de Pradial, día del atentado, Taschereau comía en casa de los Duplay. Como se recordará, Taschereau vivía en el segundo piso de la casa de la calle Favart que había sido teatro del suceso. Por lo tanto, Robespierre fue informado perfectamente de sus pormenores y pudo también juzgar hasta qué punto se hallaban en desproporción con los hechos las ovaciones de los miembros de la Convención y su emoción, evidentemente ficticia. Su temperamento naturalmente suspicaz y celoso debió de inquietarse ante aquellas exageraciones: allí había una intriga dirigida contra él. En esto no se equivocaba, probablemente. En el momento en que estaba próximo a alcanzar el pináculo, cuando su popularidad le señalaba como el hombre indispensable, único, he aquí que toda la atención y el interés del país se volvían hacia aquel histrión de Collot, a quien aborrecía y de quien desconfiaba desde hacía mucho.

Al cabo de doce días, la Convención debía renovar su mesa: no cabía duda de que elegiría como presidente a la «víctima» de Admiral. Por tanto sería Collot quien recogiese todo el honor de la inminente fiesta, cuyos suntuosos preparativos agitaban París con una emoción que repercutía en las provincias e incluso en el extranjero. Así, Robespierre lo habría concebido y dirigido todo ¡y se vería despojado del éxito! ¡Otro se aprovecharía de su obra! Él, inadvertido entre las filas de sus seiscientos colegas, ¡tendría que escuchar los vítores que saludarían a su indigno suplente! ¡Qué dolorosa decepción! ¡Qué mala suerte! El Ser Supremo, para quien tanto había trabajado, le debía el milagro de un desquite. Éste no se haría esperar.

Aquel mismo 4 de Pradial —o sea, viernes, 23 de mayo— hacia las nueve de la noche, una joven muy bonita, vestida de obrera pero elegante, penetró en el porche de la casa Duplay. Eleonora montaba guardia en el patio, asistida por su vecino, el cerrajero jurado Didiée, el pintor Châtelet, asimismo jurado del Tribunal, y Boullanger, joyero, segundo ayudante de campo de Hanriot, el general en jefe del ejército revolucionario. El Club de los Jacobinos cerraba aquella noche y Robespierre debía de estar en casa. La desconocida solicitó verle y Eleonora le respondió que se hallaba ausente. Entonces la joven obrera, sin disimular su decepción, murmuró que «llevaba tres horas buscándole; ¿acaso no era deber de un funcionario público encontrarse a disposición de todos los ciudadanos?»

Aquellas palabras parecieron irrespetuosas. El ayudante de campo y los dos jurados la agarraron para conducirla al Comité de Seguridad General. Por el camino la hicieron hablar: ella dijo que, en otro tiempo, cuando alguien se presentaba al Rey era introducido inmediatamente; y como uno de los hombres observase que parecía echar de menos a los reyes, ella replicó con una especie de exaltación:

—Daría toda mi sangre con tal de tener un rey. Ésta es mi opinión: ustedes son unos tiranos.

En el Comité declaró llamarse Ana Cecilia Renault; tenía veinte años y vivía en casa de su padre, papelero, en la calle Lanterne, esquina de la de Marmousets, cerca del puente de Nuestra Señora. Soportó el interrogatorio con porte digno y un poco altanero, alegando que quería conocer a Robespierre «para saber si le agradaba y cómo es un tirano».

Vadier debía de estar allí, pues entre las preguntas formuladas a Cecilia se encuentran éstas: «¿Conoce la calle Contrescarpe? ¿Conoce a Don Gerle? ¿Y a Catalina Théot?». El viejo inquisidor procuraba engrosar su expediente en germen, hasta entonces poco abultado; pero la joven Renault no había oído nunca aquellos nombres.

Una mujer que se hallaba en el Comité como solicitante la registró y descubrió en su poder dos cuchillitos de bolsillo: uno de concha y el otro de marfil con adornos de plata. Hacia el término del interrogatorio, Cecilia recordó que al acudir a la calle Saint-Honoré había dejado por el camino un paquete de ropa blanca en el café Payen, frente a la Convención. Didiée y Châtelet corrieron a buscarlo: la joven no se resistió lo más mínimo a admitir que se había provisto de

aquella ropa para que no le faltase «allí donde iban a llevarla».

—¿A qué sitio se refiere usted?

—A la cárcel, para ir de allí a la guillotina.

A las once de la noche, Cecilia quedaba encerrada en la Conserjería. Una hora más tarde, Héron detenía a su padre, a quien halló sollozando, desolado por la tardanza de su hija a la hora de cenar. La había aguardado toda la noche, lleno de angustia. Heron detuvo al mismo tiempo a su hijo y a una anciana religiosa, tía de Cecilia. Averiguó también que ésta tenía otros dos hermanos, que servían en el ejército, y al punto expidió sendas órdenes de arresto contra ellos. Aprovechó encontrarse en la casa para visitar la habitación de la joven Renault, donde vio, encima de la cama, «una especie de bandera adornada con una corona, una cruz y varias flores de lis de papel de plata».

Esto fue, poco más o menos, todo lo que se pudo saber acerca de los sentimientos de la «criminal», pese a que el celoso Fouquier-Tinville removió cielo y tierra para hinchar el asunto y hacerse valer. Según sus vecinos, Cecilia era una coquetuela que gastaba todo su dinero en vestidos y hacía deudas incluso entre las obreras y los vendedores del barrio. Poco antes había encargado en casa de la ciudadana Cruel, costurera, un vestido de tafetán azul, animándola a «apresurar el trabajo».

—No se sabe lo que puede ocurrir —decía—. Puedo ir a la guillotina. Quiero adelantar mis cosas.

No sabía leer ni escribir, ni siquiera firmar; sus respuestas a los numerosos interrogatorios que le hizo sufrir Dumas, uno de los presidentes del tribunal y ferviente robespierrista, denotan que estaba loca o bien que quería morir por alguna razón que no revelaría. Alguien que la vio en la Conserjería juzgó que «los movimientos extraviados de sus ojos parecían indicar demencia».

¡No importaba! Robespierre ganaba la partida a Collot cuando el sábado por la mañana corrió por París el rumor de que el *Incorruptible* acababa de ser víctima de «una nueva Corday», la emoción fue intensa. Tampoco él había sido herido; pero en aquel pugilato entre presuntos asesinados, se llevaba claramente la palma: su caso superaba al otro en misterio y novelería.

El 6 de Pradial, por la noche, la sesión en los Jacobinos fue triunfal. Collot terminaba, una vez más, de relatar su aventura, adornaba con detalles heroicos y arengas a lo Tito Livio; por aclamación se había proclamado jacobino al bravo Geffroy cuando entró Robespierre. El presidente Voulland —miembro del Comité de Seguridad General— se arrojó en sus brazos y al tomar la palabra la ilustre víctima lo hizo con un tacto y una modestia que conmovieron profundamente los corazones. Lejos de relatar, como el otro, su atentado, al que por lo demás él no había asistido (!), sólo quiso considerarlo desde el punto de vista del interés público y discurrió como si ya estuviera muerto:

—Los defensores de la libertad nunca han creído deber vivir largos años: su vida es precaria e incierta... Yo, que no creo en la necesidad de vivir, sino sólo en la Virtud y en la Providencia, me encuentro en el estado en que los asesinos han querido colocarme... El acero de los asesinos me ha hecho más libre y más temible para todos los enemigos del pueblo... Franceses, cargad sobre nosotros la tarea de emplear el poco de vida que la Provincia nos conceda en combatir a los enemigos que nos rodean. ¡Juramos por los puñales rojos de la sangre de los mártires de la Revolución, y luego afilados contra nosotros, que exterminaremos hasta el último de los malvados que quieran arrebatarnos la felicidad y la libertad!

Inquietante alusión a nuevos enemigos que su desconfianza ya sospechaba. Voulland lo comprendió sin duda: este pobre hombre sitiéndose molesto de presidir una sesión tan dramática sin poder meter baza deslizó que también él había sido amenazado de muerte, y por una mujer. Pero se apresuró a tranquilizar a sus hermanos: «No hay peligro: el tribunal ha hecho ya justicia a esa ciudadana hace dos días».

Aplausos unánimes y prolongados saludaron el discurso de Robespierre, «en quien brillaban la

auténtica bravura, la grandeza de alma republicana, la más generosa entrega a la causa de la libertad y la filosofía más profunda».

Maximiliano estaba, pues, bien convencido de haber derrotado a su rival, cuando un hermano poco perspicaz, Rousselin, lanzó la moción de otorgar al bravo Geffroy los honores cívicos en la fiesta que se preparaba para el 20 de Pradial. Si la proposición obtenía una votación favorable, Collot y su salvador serían los héroes de la ceremonia... Robespierre tomó de nuevo la palabra: en pocas frases liquidó al torpe o pérfido Rousselin, presentándolo como agente de los tiranos, ladrón y, lo que era peor aún, dantonista rezagado. Al punto lo excluyeron de la sociedad, lo pusieron en la puerta y entregaron al Comité de Seguridad General por haber osado dirigir sobre el único herido de la «matanza» el interés que tan sólo debía dedicarse al *Incorruptible*. Decididamente, nada se le resistía a éste: incluso desafiaba impunemente el ridículo. Llevaba el viento de popa, por lo que convenía ponerse en su órbita. El 16 de Pradial por la noche, cuatro días antes de la Fiesta, era elegido presidente de la Convención por unanimidad.



París rebosaba alegría en espera de aquella Fiesta, de la que se prometía maravillas. Incluso en las cárceles se aprestaban a celebrar al Ser Supremo con la convicción de que los días malos habían pasado ya. Puesto que el gobierno decretaba la existencia de Dios, aunque fuese un dios revolucionario, ¿acaso no era aquello pronóstico de una era de justicia o incluso de clemencia? Además —¡gran novedad!— el pueblo desempeñaría un papel en la ceremonia: David había trazado el programa, pomposo y grandilocuente, bajo la inspiración manifiesta de Robespierre, y todo se hallaba previsto y regulado, hasta el entusiasmo, las lágrimas de alegría de los asistentes, la belleza del día y el resplandor del sol: «Ya los sonos de una música guerrera resuenan por todas partes y hacen que un encantador despertar suceda a la calma del sueño... Al aspecto del astro bienhechor... Amigos, hermanos, esposos, niños, ancianos y madres se abrazan... Los pórticos se decoran con festones y ramas verdes; la casta esposa trenza con flores la flotante cabellera de su hija querida, mientras el lactante aprieta el seno de su madre, de quien es el ornato más bello... El anciano, con los ojos bañados de lágrimas...» y todo por el mismo estilo.

Éste era el tono del cuadro de los regocijos a que se convocaba a todos los parisienses. Además se había distribuido profusamente un «Detalle del orden que ha de observarse», que indicaba a cada uno de los grupos cómo debía conducirse.

A las cinco de la mañana, llamada general. Las cuarenta y ocho secciones se ponen en movimiento; deben reunirse de modo que inicien la marcha obedeciendo la señal dada, a las ocho, por el cañón del Puente Nuevo. Todas han de formar en batallones cuadrados —doce de frente—, los adolescentes provistos de fusiles o de picas y los hombres sin armas; todas las ciudadanas llevarán en la mano un ramo de rosas y las jóvenes una cesta de flores, como antaño en la fiesta del Corpus. Para guiar los movimientos de aquellos cuarenta y ocho batallones habían sido nombrados comisarios de la fiesta cincuenta miembros de la Sociedad de los jacobinos, así como los veintisiete artistas que habían colaborado en los preparativos.

Semejantes disposiciones auguraban un espectáculo grandioso: el enorme anfiteatro levantado en el pabellón central de las Tullerías, por el lado del jardín, se elevaba elegante y majestuoso, adornado de jarrones y estatuas, hasta las ventanas del primer piso, cuyos balcones se habían quitado para permitir la comunicación con la inmensa sala en que se reunirían los miembros de la Convención.

Sobre el estanque circular se alzaba el Ateísmo —un poco deforme, dada la materia empleada: tela inflamable—, entronizado al lado de la Locura, entre la Ambición, el Egoísmo, la Discordia, la falsa Sencillez y otros enemigos de la felicidad pública. En el Campo de Marte se elevaba, abrupta, la santa Montaña, mostrando en sus laderas su gruta, sus tumbas, su templo y sus trípodes, dominada por una vigorosa encina y una alta columna.

Pero lo que más excitaba la curiosidad del público era el carro anunciado por el programa, en el que trabajaban en los talleres del guardamuebles el escultor Michallon y el figurero Montpellier. Aquel carro simbólico, arrastrado por ocho toros, debía llevar una imagen de la Libertad sentada a la sombra de una encina, sobre un montón de frutas de cartón y atributos campestres auténticos, facilitados éstos por el ciudadano Duchesme, cultivador.

No era David el creador de todos aquellos símbolos: en esta cuestión, las provincias habían aventajado a París. Podría escribirse un libro —y un libro festivo— con la relación de las extravagancias revolucionarias brotadas de la imaginación de los comités departamentales. El invierno anterior, por ejemplo, los descamisados de Montmédy, para celebrar la toma de Toulon, habían organizado una cabalgata en la que figuraba un carro llevando a la Fecundidad: «Estaba representada —según los informes— por una joven que amamantaba a su hijo; en torno saltaban varios niños más, que sonreían a su madre». Seguía otro carro, este fúnebre, «oscurecido por negros cipreses»; llevaba una tumba rematada por una pirámide: «Una encantadora beldad, con atuendo descuidado, los cabellos en desorden y adoptando la actitud propia del dolor, se apoyaba en la tumba, que regaba con sus lágrimas». Esa encantadora beldad figuraba «la viuda del ciudadano Beauvais, representante del pueblo, muerto por los ingleses en Toulon». Pero Montmédy pudo saber —¡después de la fiesta!— que Beauvais no había muerto ¡y que precisamente era viudo! Por lo demás, aquella fiesta había ofrecido atracciones aún más sensacionales, entre otras el asalto y conquista de una ciudad rebelde por los patriotas: «Los valientes escalan las murallas, ponen en fuga al enemigo, entregan la ciudad a las llamas, ejecutan la venganza nacional; el infame Pitt es conducido por los mismos ingleses, que abjuran sus errores y solicitan alianza; se eleva una pira...» El personaje de Pitt —papel que requería sacrificio— debió de ser asignado a algún aristócrata. La fiesta finalizó con la danza de la Carmañola y «los más dulces abrazos».

Estas cosas, muy bonitas sobre el papel, eran de una realización grotesca. David no lo ignoraba y pretendía que la ceremonia del 20 de Pradial fuese digna de su renombre. Por otra parte, no hacía nada sin consultar a Robespierre, cuya apoteosis personal se preparaba en realidad. Robespierre se ocupaba de los menores detalles: así, habiendo sabido el día 16 que el Comité de Instrucción había encargado a María-José Chénier la redacción de la letra del himno que cantarían en la montaña los solistas y los coros del Instituto Nacional de Música de la Opera, rechazó de plano el poema de aquel faccioso, de aquel girondino, en quien venteaba un enemigo. Los periódicos estaban imprimiendo ya los versos de Chénier; Gossec había terminado ya su música, que se había grabado incluso... No importaba: tres días antes de la fiesta, había que obedecer. Por suerte, un poeta desconocido, Désorgues, presentó una oda cuyo texto se adaptaba perfectamente a la melodía del compositor: la sustitución se realizó a toda prisa.

También debió de ser Robespierre quien concibió la idea de asociar el pueblo al coro oficial; para evitar una cacofonía que hubiera perjudicado a la majestad de la Fiesta, los niños de las escuelas hubieron de acudir al Instituto de Música, donde les metieron en la cabeza el motivo del himno; mientras tanto, otros profesores recorrían las diversas secciones para enseñarlo a los ciudadanos. Varios relatos nos presentan a algunos de tales maestros, como Gossec, Lesueur, Méhul y Cherubini, encaramados en un tonel o en una silla en los cruces de las calles, haciendo repetir el himno a los transeúntes, congregados y dóciles. Gossec, que no sentía ningún deseo de oír «destrozar» su obra por aquellos intérpretes improvisados, había escrito para su uso una versión muy sencilla y muy melódica, reservando la otra, «soberbia y amplia composición», para los artistas experimentados que se encargarían de su ejecución magistral.

Por fin llegó el gran día, radiante. Un sol deslumbrador, una brisa tibia, una atmósfera dulce, perfumada por las guirnalda de flores y por los follajes verdes que cubrían las casas más pobres, y por encima de París, que se había levantado con el frescor de la aurora, uno de esos

cielos de la Isla de Francia, vibrante y nacarado, cuyo encanto no puede igualar ningún otro. Aquel 20 de Pradial, 8 de junio, era el domingo de Pentecostés y semejante coincidencia —deliberada o casual— parecía también de buen agüero.

En la casa Duplay, todos se habían despertado temprano. Robespierre, vestido con un frac azul violáceo, que ceñía una ancha banda tricolor, un chaleco de piqué, un calzón de bombasí y medias chinés, bajó al comedor, donde la familia se hallaba reunida en torno al café con leche, dispuesta ya para acudir a la fiesta. Incluso Isabel, próxima a dar a luz, se preparaba para ir al Campo de Marte.

Maximiliano no se concedió tiempo para desayunarse. Sobre sus cabellos, cuidadosamente rizados y empolvados, colocó el sombrero, empenachado con altas plumas de los tres colores, tomó el ramo de espigas, acianos y amapolas artificiales que debía ostentar durante toda la jornada y salió, a eso de las nueve, a las calles llenas del ruido de los tambores y animadas por ciudadanos endomingados, adolescentes provistos de armas, doncellas y mujeres vestidas de blanco de modo uniforme, entre la agitación feliz del placer esperado.

Fue en derecha a las Tullerías, no sin detenerse, probablemente, al pie de la estatua del Ateísmo, en la que habían trabajado los obreros durante una parte de la noche y a la que daban a la sazón los últimos toques. Debía ponerse de acuerdo, en efecto, con los pirotécnicos sobre la manera de pegar fuego a aquella efigie, destinada a quedar reducida a cenizas por un simple gesto suyo. Era la escena más difícil de su papel y en ella corría peligro de provocar las zumbas de los malintencionados.

Robespierre subió la gran escalera del pórtico elevado contra el palacio, en cuyos diversos descansillos, ya ocupados por mesas y pupitres, se colocarían los músicos y coristas, en número de más de doscientos. Por todas partes había jarrones con flores, bustos antiguos sobre sus pedestales, guirnaldas y banderas al viento. En lo más alto del anfiteatro se encontraban dispuestas en hemiciclo las sillas para los miembros de la Convención. Y aislado en el espacio libre, sobre una gran alfombra nueva con los colores azul, blanco y rojo, el sillón de Robespierre en una grada: su trono. En la cúspide de la cúpula central del palacio, que remataba un enorme gorro frigio tricolor montado sobre una armazón de hierro, un estandarte de diez metros de longitud flameaba en el azul del cielo los colores de la victoriosa República.

Maximiliano penetró en el palacio, vacío aún a aquella hora matinal, y llegó hasta la sala de la Libertad, antecámara de la Convención. Allí encontró a Sempronio Graco, descamisado, pisaverde de veintiséis años. Llamado en realidad Joaquín Vilate, hijo de burgueses provincianos, había recibido muy joven las órdenes y se había secularizado en 1792, acometido por un furor revolucionario e impulsado por «el entusiasmo de la belleza y la virtud». En París —a donde había llegado sin más equipaje que una profunda instrucción clásica— hizo carrera rápidamente. Tenía «tierno el corazón», linda figura, modales distinguidos y talento para insinuarse. Barère le había cobrado afecto, poniéndole en relación con Robespierre. Vilate servía a ambos de «informador» —léase: de espía—, de modo que no tardó en ser sospechoso tanto para uno como para otro. En espera de hallarle un empleo bien retribuido se le había nombrado jurado en el Tribunal Revolucionario y, para que se encontrase en condiciones de observarlo todo, le habían asignado un bonito apartamento en las mismas Tullerías. Habitaba en el pabellón de Flora y sus ventanas miraban el jardín nacional. Llevaba una existencia agradable en grado sumo, cenaba con los poderosos del momento «en los restaurantes de renombre» y era invitado a las fiestas galantes de Clichy o de Saint-Cloud; llevaba a éstas a su amiga, una deliciosa morena «de tez de lirio y rosa», radiante de alegría, «brillante de atractivos», que debía ser, en efecto, muy seductora, pues fue acogida con antipatía por las amantes de Barère y de Vadier, cuyos «sesenta años de virtud» no hacían ascos a mezclarse en los juegos amorosos de los calaveras de la Convención.

Vilate invitó a Robespierre a entrar en su casa hasta la hora de la ceremonia, cosa que éste

aceptó. Vilate, que esperaba gente, había preparado un refrigerio para sus invitados e insistió para que el presidente, que estaba en ayunas, tomase algo. Robespierre dejó su ramo, comió poco y habló menos aún. Parecía transportado a las nubes; sus rasgos crispados se habían relajado; su rostro, por lo general sombrío, irradiaba alegría interior y toda su actitud revelaba un entusiasmo febril. Se acercó a la ventana. Con manifiesta y profunda emoción contemplaba la muchedumbre que afluía a aquel inmenso espacio en cohortes militarmente ordenadas. Las mujeres, todas vestidas de blanco, se alineaban por la parte del río; los hombres, por la parte de la terraza de los Feuillants. Sus largas filas ondulantes se perdían bajo la profundidad de los frondosos castaños, dejando libre la gran avenida del jardín, donde se colocaban los grupos de tambores, el batallón de los adolescentes rodeando a los abanderados, los artilleros con sus piezas, los cuerpos de música y las delegaciones de ancianos, agrupados todos en perfecto orden desde el Puente Tournant hasta los arriates vecinos al castillo, donde aquella primavera se habían plantado patatas para democratizar el jardín real y cuyo aspecto rústico desentonaba en aquella teatral decoración.

Maximiliano observó largo rato aquella multitud, cuya gozosa animación le llenaba de orgullo: a su llamada se reunían precisamente aquellos centenares de miles de seres. Un mismo pensamiento les unía: el que él les había sugerido. Vilate le oyó murmurar: «He aquí la más interesante parte de la humanidad. ¡Oh, naturaleza, cuán sublime y delicioso es tu poder! ¡Cómo deben palidecer los tiranos a la idea de esta Fiesta!». Si estas palabras nos han sido transmitidas fielmente, dejan demostrado que, incluso cuando hablaba sólo para sí, el *Incorruptible* cultivaba el énfasis. Se entretuvo en su ensoñación. Por fin, de repente, viendo que era la hora en que debía entrar en escena, salió con tanta prisa que olvidó su ramo; Vilate lo regaló éste a su bella amiguita. Quizá se debiera a esta inadvertencia de Robespierre su retraso en unirse con sus colegas; por fuerza hubo de procurarse otro ramo y los minutos empleados en ello suscitaron el descontento de algunos representantes, mal dispuestos de antemano hacia su presidente por la carga que les imponía.

Cuando apareció en la terraza, los miembros de la Convención habían ocupado ya sus puestos. Su entrada solitaria causó sensación. Robespierre se dirigió al sillón elevado que se le destinaba; a lo lejos redoblaban los tambores y la importante orquesta colocada en el graderío atacaba una sinfonía.

Desde el pedestal que ocupaba Robespierre, la panorámica era grandiosa. En semicírculo, a su alrededor, los quinientos o seiscientos representantes, casi todos vestidos de modo uniforme con un traje oficial que estrenaban aquel día; todos llevaban en el sombrero el alto penacho de plumas tricolores, cuyo conjunto, al soplo de la brisa estival, ondulaba como un mar tricolor. En las dos rampas, descendiendo en elegantes curvas, los artistas y los músicos de la Opera; todas las cantantes, vestidas de blanco y coronadas de rosas, sostenían cestillos llenos de flores. En la parte baja de la escalera, los cuerpos de tambores y las bandas militares. Luego, hasta el infinito de la perspectiva, todo el pueblo de París, con un orden perfecto, enmarcando las delegaciones que habían de figurar en el cortejo. El hombre que aquel día soleado era centro de todas las miradas y objeto de la admiración, la curiosidad o el asombro de quinientos mil seres debía efectuar en su pensamiento una comparación entre semejante apogeo de su vida y el recuerdo de aquel otro día —cinco años atrás— en que con su viejo vestido raído, perdido entre el gentío, había visto de lejos, desde abajo, al rey de Francia, en lo alto de un estrado, dirigiéndose a los diputados de su pueblo lo mismo que él, antiguo abogadillo provinciano, había de hablar a la sazón a la inmensa muchedumbre extendida a sus pies.

Robespierre habló, en efecto, de pie en la balaustrada del anfiteatro. Su voz, habitualmente ronca, era tan clara y su dicción tan correcta que se le escuchó de lejos. Su breve discurso fue interrumpido varias veces por los aplausos. Luego llegó el instante crítico: debía abandonar el estrado, descender solo la monumental escalera y recorrer la larga distancia que separaba el

anfiteatro del estanque, en medio del cual se alzaba el Ateísmo que se disponía a pulverizar. Ninguna relación indica cómo salió de aquel paso difícil. Avanzó «con una tea en la mano», escriben unos; «sosteniendo una antorcha encendida», según otros. ¿Cómo se las arregló para no hacer el ridículo de aquella guisa? ¡Cuán menudo y desangelado debió parecer en aquella inmensidad! ¿Y cómo avanzar por ella? Si caminaba deprisa, produciría la impresión de acudir a una alarma; si adoptaba un aire lento, tendría aspecto de oficiante. Sólo un maestro de ballet podía asumir papel semejante.

Por otra parte es muy verosímil que no llevase tea ni antorcha. Determinados indicios permiten presumir que Robespierre se contentó con un gesto simbólico. Ruggieri le presentó una lanza de fuego; la funesta efigie se inflamó, desprendiendo una humareda apestosa, y varios obreros, encaramados en una escalera, contribuyeron al milagro arrancando en jirones la tela combustible para hacer aparecer cuanto antes la estatua de la Sabiduría. No obstante, ésta apareció muy ennegrecida y malparada: «era la Sabiduría más triste que se haya visto jamás, con el cuello que parecía cortado de un hachazo y la cara que fijaba los ojos en las rodillas».

El público, que había sido mantenido a distancia, aclamó el prodigio, aceptando la fe en el programa. Pero cuando Robespierre volvió a ocupar su trono en el anfiteatro, sus colegas le acogieron con zumbas y dicharachos. «Tu Sabiduría está oscurecida», se mofaban. Cuando tomó la palabra de nuevo —«Ha vuelto a la nada ese monstruo que el genio de los reyes había vomitado sobre Francia», dijo—, se rieron de él sin ambages. Los numerosos materialistas de la Asamblea consideraban una provocación aquel insulto a sus opiniones. A partir de aquel momento se rompió el encanto: el héroe de la fiesta percibía de pronto que estaba rodeado de enemigos envidiosos de su preponderancia y aborrecedores de su misticismo.

No obstante, la ceremonia continuaba de acuerdo con el plan de David: los coros habían entonado la versión popular del himno de Gossec y Désorgues —la que se había repetido veces y veces la víspera en las secciones— y el pueblo sencillo se sentía arrobado por aquella melodía fácil, ya familiar para él. Se organizaba el cortejo para dirigirse al Campo de Marte, revolucionariamente bautizado «Campo de la Reunión». Cien tambores y tres bandas militares acompañaban la marcha; abría esta un destacamento de caballería precedido por sus trompetas; a continuación venían los bomberos, los artilleros, las secciones, los grupos de ancianos y de adolescentes, el carro rústico, algo excesivamente cargado de aperos agrícolas; habían renunciado a los «ocho toros vigorosos», a los que reemplazaban otros tantos bueyes, plácidos y lentos, suntuosamente adornados.

En medio de cuatro cuernos de la abundancia figuraba en el carro la imagen sedente de la Libertad, que tenía una clava en la mano. Para mayor solidez del conjunto se había armado interiormente con un cilindro de hojalata la encina que la cobijaba. La Convención rodeaba el carro, avanzando en grupo compacto bajo la protección de una banda tricolor llevada «por la infancia adornada de violetas, la adolescencia adornada de mirtos, la virilidad adornada de encina y la ancianidad adornada de pámpanos». Cada representante llevaba en la mano un ramo. Refunfuñando contra aquellas comedias, avanzaban con escasa docilidad, acatando mal las consignas fijadas por David, a quien podía verse, muy afeitado, recorriendo toda la columna y velando por el orden, manteniendo las distancias y agitando su sombrero de plumas al gritar: «¡Paso al delegado de la Convención!». También figuraba el carro de los ciegos, que cantaban un himno a la divinidad. Un cuerpo de caballería cerraba el cortejo.

Robespierre, destacado veinte pasos delante de sus colegas, atraía todas las miradas.

Un escritor, que cuarenta años más tarde recordaba haber visto el imponente desfile, ha relatado que su padre, que le había llevado al acto, le tocó en el hombro para decirle: «¡Mira! Ése es Robespierre, ése que avanza solo...» El niño miró y vio a un hombre pequeño, de tez pálida, seca y grave; caminaba con pasos medidos, el sombrero en la mano, los ojos bajos; su aire, lleno de compostura y a veces incierto, revelaba un manifiesto embarazo y la expresión

taciturna e inquieta de su rostro contrastaba con la agitación del grupo turbulento de los representantes. Lo que el niño no podía saber era que aquel individuo sombrío padecía en aquellos momentos la más cruel de las decepciones de su vida. A despecho de las airoas marchas, las salvas, los cantos y las aclamaciones que acogían su paso, él no escuchaba más que las invectivas y las pullas de los colegas que llevaba detrás. Incluso reconocía las voces: la de Bourdon de l'Oise, que le señalaba a los demás y al gentío como un dictador y un charlatán; las de Ruamps, Thirion, Montaut y sobre todo Lecointre, el vendedor de telas de Versalles, que más de veinte veces le trató de tirano y amenazó matarle. Merlin, de Thionville, al oír gritar a una mujer «¡Viva Robespierre!», la corrigió indignado: «¡Grita, “viva la república”, desgraciada!» Entonces intervino Robespierre:

—¿Por qué maltratar a esta pobre mujer? —dijo en tono muy dulce, tanto que Merlin se sintió perdido...

Otro representante observaría irónicamente: «No hubo mucho incienso para el dios del día... Yo pude oír todas las imprecaciones... proferidas en voz bastante alta para que llegasen hasta el sacrificador, a pesar del espacio que mediaba entre él y nosotros... El odio que se le profesaba había determinado aquella separación».

Robespierre hubo de caminar crispado de rabia, meditando espantosas represalias contra su odiosa escolta. Pero, ¿cómo asombrarse de semejante aversión? ¿Acaso no sabía que, salvo escasas excepciones, su cortejo estaba compuesto por los que algún tiempo atrás se habían opuesto a entregarle la cabeza del Rey, los cuales desde entonces callaban aguardando su hora; por antiguos partidarios de la Gironda, que acechaban el desquite; por los amigos de Danton, que no podían perdonar y sólo le soportaban por miedo; por hosclos miembros de la montaña que echaban de menos a Hébert y a Chaumette, con sus manifestaciones de ateísmo?

En aquel día de triunfo, su escolta no estaba formada solamente por los vivientes que le escarnecían y le injuriaban, sino también por todos los espectros de quienes había sacrificado para despejar su camino. Precisamente, el cortejo, al salir del jardín nacional, llegó al emplazamiento del cadalso, desmontado la víspera por la noche: doce cabezas —entre ellas, la de un voluntario de dieciocho años— habían caído aquel día y un ciudadano, Prud'homme, hubo de trabajar durante la noche «en lavar y cubrir de arena la sangre de las víctimas...» Allí había sido donde Brissot, Vergniaud, Danton, Camilo Desmoulins y su tierna Lucila, la espartana Manon Roland y tantos y tantos más murieron maldiciendo a quien, con el rostro adusto y el aire impasible, atravesaba a la sazón el trágico escenario.

Las bandas de música, los coros, el redoble de los tambores y los toques de las trompetas acompañaban el desfile, cuya marcha debía amoldarse a la lentitud del enorme carro donde oscilaba el árbol de la Libertad. El recorrido era largo: el puente de la Revolución, la orilla del río, la plaza de los Inválidos y la avenida de la Escuela Militar que remataba en un arco de triunfo bajo el que pasaron todos antes de penetrar en el «Campo de la Reunión».

El espectáculo fue maravilloso. Cuando los diputados, los cantantes y los músicos, llevados allí ciertamente en coche, hubieron ascendido los escarpados senderos y las escaleras que conducían a la cima de la Montaña; cuando los diversos grupos se hubieron alineado en círculo alrededor de la emblemática colina que dominaba el escenario, la poderosa orquesta preludió y los coros atacaron la noble composición de Désorgues y Gossec, *Padre del universo...*, cuyo efecto —según se dice— fue grandioso, al menos para quienes se hallaban cerca de la Montaña, ya que en aquella amplitud los sonos no llegaban a la muchedumbre más que de modo fragmentario.

Por otra parte puede suponerse que el aspecto de los mismos comparsas, en el transcurso de una ceremonia tan larga, debió en ocasiones de perder solemnidad: más de un ciudadano coronado de encina sacó del bolsillo una pipa, que se puso a fumar discretamente; más de una doncella «adornada con flores de primavera» llevaba en su bolsa pan y salchichón; y no fue

pequeño el número de los ancianos cargados de pámpanos que ocultaban una pinta de vino para beber un trago de vez en cuando y coger fuerzas.

Sobre todos estos detalles vulgares, que David no había previsto, sólo poseemos un testimonio: el de dos aristócratas, madre e hija, que por prudencia se vistieron de blanco, se hicieron con sus correspondientes ramos de rosas y, mezcladas con la delegación de su sección, fueron llevadas a tambor batiente, marcando el paso, hasta el jardín de las Tullerías. Alineadas militarmente con sus compañeras, aguardaron a pie firme hasta las once: entonces, no pudiendo más, la madre se sentó en el suelo; su hija hizo otro tanto y algunas otras mujeres las imitaron. Pero el jefe del grupo les ordenó que se levantaran. Ellas suplicaron que se les permitiera descansar en los bancos vacíos situados a pocos pasos. Negativa terminante. Entonces, al comenzar la Fiesta, cuando la atención de todos los jefes se dirigía al anfiteatro donde peroraba Robespierre, ellas se deslizaron hábilmente, alcanzaron las puertas del jardín y regresaron a su casa, fatigadas y muertas de sed.

El entusiasmo sostuvo a quienes resistieron hasta el final, que fue impresionante: tras el gran coro de Gossec se cantaron unas estrofas a la divinidad con música de *La Marsellesa* y la multitud unió sus voces a las de los artistas encaramados en la Montaña. En la cima de ésta, las trompetas marcaban el ritmo y un director de orquesta utilizaba como batuta una bandera. Tras la última estrofa retumbó un formidable cañonazo, que devolvieron los collados de Passy. Dóciles al programa, los niños arrojaron flores hacia el cielo, los ancianos bendijeron a los adolescentes, las madres dieron gracias al Ser Supremo por su fecundidad y las doncellas juraron no casarse más que con ciudadanos que hubieran servido a la patria.

Inmediatamente se produjo la desbandada: la noche estaba próxima y los parisinos habían aguantado en pie desde las cinco de la mañana. Muchos se instalaron al pie de la Montaña para tomar un bocado. Estaba previsto que el cortejo se dislocaría en la plaza de los Inválidos y que la Convención Nacional regresaría en corporación a las Tullerías; pero los cafetines de la avenida de la Escuela Militar atraieron al gentío sediento y el retorno de los diputados se efectuó sin orden en medio de la marea de ciudadanos que volvían al corazón de la ciudad.

Al remitir la gravedad propia del acto, los resentimientos se recrudecieron. Alguien citaba esta frase oída: «Miren ese tipo. ¡No le basta ser el amo y todavía quiere ser un dios!». Se asegura que Lecointre —un sujeto medio loco— se acercó a Robespierre y le dijo en la cara: «Me gusta tu fiesta, ¡pero a ti te odio!»

Cuenta Vilate que Vadier y Barère, con quienes se encontró en la entrada de las Tullerías o quizá en otra parte, hablaban con palabras de doble sentido, divirtiéndose en intrigar con ellas a aquel Sempronio Graco. Barere decía:

—La «Madre de Dios» no parirá su «Verbo divino».

—El huevo que la gallina empolla no tendrá germen —respondía Vadier, siempre irónico.

—No entiendo nada de esa «Madre de Dios» —dijo Vilate.

—¡Ah! —replicó Barère, sonriendo de sus propios pensamientos—, son misterios que los profanos deben ignorar. Se trata de la «Madre del Sabio» que es el centro donde el cielo y la tierra deben desembocar...

Como quiera que Vilate reclamase otras explicaciones, Vadier murmuró:

—No se chancea. ¡Hum! Hay mucho cierto en todo esto.

Fuesen o no recogidas con exactitud, frases como éstas revelaban una irritación declarada y muy real. Cuando Isabel Le Bas, que a pesar de su inminente maternidad había acudido al Campo de Marte, encontró allí a su marido al final de la fiesta, éste, consternado, se acercó a ella con estas palabras: «¡La patria está perdida!»

Ya era noche cerrada cuando Robespierre regresó despedido a casa Duplay, de donde había salido tan ligero por la mañana. Todos sus anfitriones habían asistido a su triunfo, que ellos —gente sencilla— consideraban definitivo. Le felicitaron por él con verdadero afecto.

Robespierre les dejaba hablar, quizá abrumado por la revelación súbita de la desproporción fragante entre su mérito y el tremendo papel que temerariamente había asumido. Al ver aquel pueblo a sus pies, ¿había experimentado por vez primera la intuición de su propia mediocridad? O, más probablemente, ¿se asustaba del número creciente de enemigos que acababa de descubrir desde el pináculo a donde se había encaramado?

Nada reveló de sus angustias a la buena gente que le rodeaba, pero dijo con tono profético:

—No me veréis mucho tiempo.

Fuera, en la noche calurosa, el populacho prolongaba sus regocijos. El palacio de las Tullerías, iluminado, retenía a los mirones. Una estrella de fuego brillaba ante el pabellón central; poco a poco se debilitó su resplandor; por fin palideció y terminó por apagarse.

Aquella estrella que se apagaba era también un símbolo.

Capítulo IV

EL DESQUITE DE ROBESPIERRE

Aunque sus colegas de la Convención se negasen a ser sus turiferarios, Robespierre no se veía privado de incienso. Su correo diario le traía bocanadas de incienso de todos los puntos de Francia: un incienso de calidad inferior, pero con el que se embriagaba no obstante, puesto que conservaba aquellas necedades, fruto de ingenuos, si no de comediantes, cuyos movimientos de incensario carecían de delicadeza: «Admirable Robespierre, antorcha, columna, piedra angular del edificio de la República Francesa, ¡salud!^[18]» «La corona y el triunfo se os deben y os serán otorgados en espera de que el incienso cívico humee ante el altar que os elevaremos un día^[19]...» Un corresponsal le comparaba con «un águila que planea en los cielos»; otro adoptaba devotamente la forma de las letanías: «Esclarecido miembro de la montaña, genio incomparable, protector de los patriotas, que todo lo ve, todo lo prevé, desbarata todos los peligros...» Unos padres a quienes la naturaleza había regalado un hijo avisaban al *Incorruptible* que habían osado cargar al recién nacido «con el peso de su nombre ilustre». Una viuda, más práctica, le ofrecía su fortuna y su mano: «Desde el comienzo de la Revolución estoy enamorada de vos, pero antes me hallaba encadenada y supe vencer mi pasión... Vos sois mi divinidad suprema... Os miro como ángel tutelar mío...»

A la noticia del atentado de que estuvo a punto de ser víctima el hombre sin igual respondió un concierto de lamentaciones y gritos de rabia: un milagro del Ser Supremo le había salvado del puñal de aquella nueva Corday. «La historia jamás pintará tanta virtud, talento y valor. Doy gracias al Ser Supremo, que ha velado sobre vuestros días»... Incluso la comuna de Marion «se arrojó a sus pies y le anunció que había cantado un *Te Deum* en su honor». Nunca Luis XIV, con toda su gloria, había recibido de su pueblo testimonios de más loca adulación.

El aparente éxito de la Fiesta del Ser Supremo multiplicó todavía las manifestaciones de aquel culto, que cobró las más singulares formas. La gente del campo no comprendía nada del dios perfeccionado que se instauró por decreto del 18 de Floreal. Creía simplemente en un retorno a la antigua religión y no era raro ver a la gente «asistiendo a la ceremonia con el misal y el rosario». En Charonne, los organizadores no habían sabido hacer cosa mejor que instalar una pila de agua bendita en el altar erigido a la nueva divinidad. Y en el mismo París algunos imaginaban que la Revolución había terminado. Las arrabaleras se trasladaron a Châtillon con ramos que ofrecían a los ex nobles, según la antigua costumbre del Mercado, diciéndoles: «Mi corazón, mi rey, debo abrazarte», y felicitándoles por la protección que el Ser Supremo concedía a Robespierre. ¿Acaso no había tenido éste la idea, por lo menos absurda, de sacar al obispo constitucional Le Coz de las prisiones del monte Saint-Michel y llamarle a París para darle un papel en la ceremonia pagana del Campo de Marte?

Estos síntomas, y otros muchos, inquietaban a la mayoría de la Convención, cansada de llevar el yugo de aquel colega que, con acaparadora cazurrería, había sabido alcanzar insensiblemente una importancia sin justificación, que refrendaba a los ojos de Francia y de toda Europa el brillo de la reciente Fiesta.

Su reputación, en efecto, era universal. Lo mismo en Londres que al otro lado del Rin se hablaba de «los ejércitos de Robespierre» y «la política de Robespierre». Para el extranjero, él era la personificación de la Revolución Francesa; sus colegas del gobierno apenas eran considerados simples ministros. ¿Qué había hecho para adquirir aquel prestigio ilusorio? Siempre se había ahorrado misiones peligrosas y no había conducido nunca a la victoria a sus soldados. En sus discursos hubiera sido vano buscar «una luz, una solución, una idea fecunda o una indicación útil». Jamás tomó la iniciativa de una ley de instrucción pública, de finanzas o de defensa nacional. Carecía de la elocuencia de Mirabeau o de Vergniaud, del humor de Camilo y de la tumultuosa audacia de Danton. En torno a la mesa del Comité soberano, su opinión

apenas pesaba: «en las deliberaciones, no aporta más que vagas generalidades». Muchos llegaban, como Daunou, a tacharle de impotencia de espíritu y nulidad en las concepciones legislativas. Si hablaba, era siempre de sí mismo, de los peligros a que le exponía su amor al pueblo, de los tiranos coaligados contra él, de su integridad, que era real, y de su virtud, que era áspera.

Era uno de esos hombres que pinta Bossuet: «Ciegos admiradores de sus propias obras, no pueden sufrir las ajenas; si llega a sus oídos alguna crítica, se hacen justicia a sí mismos con un aparente desdén...» Todo lo que sobrepasaba su nivel estaba condenado al desprecio y al odio. No tenía más que un genio: el de la sospecha. En su perpetua desconfianza veía por doquier traidores y conspiraciones; así se embebía en una tarea policiaca en que era muy experto y que sus colegas no le disputaban, «juzgándola más repugnante que difícil».

Sin embargo, hele convertido en amo y señor: había poblado de hombres de su confianza la comuna de París, el estado mayor del ejército revolucionario, las comisiones administrativas, el tribunal revolucionario, y «trasladado la soberanía nacional al Club de los jacobinos, vocinglera pandilla que dominaba con su influencia la Convención subyugada». Se había atrincherado en aquel club «como en una fortaleza, desde donde no cesaba de disparar sobre los comités del gobierno». ¿Cómo reducirle? ¿Por dónde atacarle? Ya no era tiempo: quien se atreviese a dar el primer golpe era hombre muerto. Y los miembros de la Convención, impotentes, veían alzarse en el horizonte próximo el espectro horripilante de la dictadura, desenlace nefasto de tantas luchas, esfuerzos, sacrificios y duelos.

Pero aquella oposición se reducía a conciliábulos secretos; se vivía en una sombra de emboscadas. Robespierre tenía por todas partes ojos y oídos: estaba informado hasta tal punto que parecía leer los más recónditos pensamientos de sus mudos detractores. Al cabo de tres días vencía el plazo de renovación del Comité de Salud Pública. Preveía que una votación por sorpresa podía excluirle de él, de modo que le importaba actuar a toda prisa. Por otra parte se esperaba algo de él. Muchos presumían que cerraría la era de los encarcelamientos y la guillotina, inaugurando una nueva era de clemencia. Algunos diarios insinuaban respetuosamente que «el pueblo no aguardaba más que una señal suya para entregarse a los dulces transportes de la fraternidad». Otros le aconsejaban que «proclamara una amnistía general». Sólo él podía hacerlo: toda Francia le aclamaría.

Mas he aquí que dos días después de la Fiesta, ocupando él su sillón presidencial, tras haber anunciado Barère, con su acostumbrada facundia, los éxitos de los ejércitos franceses, y tras la aplaudida lectura del boletín sobre la salud del bravo Gelfroy, vieron ocupar la tribuna al gotoso Couthon. En el exterior circulaba en coche o bien en un sillón de ruedas pero en el interior de las Tullerías necesitaba uno que le llevara; ya dijimos que un gendarme cumplía esta misión de acémila. Débil, afable, «amado por una esposa virtuosa, padre de dos hijos hermosos como el amor», Couthon pasaba por hombre plácido y moderado. Hablaba forzosamente sentado y esa posición comunicaba a sus discursos una apariencia de calma que tranquilizaba.

En aquella ocasión comenzó en medio del ruido. Los escaños se habían llenado casi por completo, pero apenas nadie escuchaba. El orador alababa los buenos sentimientos de sus conciudadanos de Auvernia y enumeraba las importantes presas de la marina de la República: la clásica retahíla de los comienzos de toda sesión.

Mas de pronto se advirtió que exponía un plan de reforma del orden judicial: las palabras «moral», «humanidad», «interés público», «justicia», «libertad» y «virtud» sonaban a menudo en su discurso. Como no se ignoraba que él era el portavoz de Robespierre en determinadas circunstancias, cuando éste prefería no dar la cara, cundió el asombro: cesaron las conversaciones y se hizo el silencio. Couthon, con su voz dulce, formulaba axiomas como éstos: «Unas cuantas verdades sencillas: la indulgencia con los satélites de la tiranía es atroz; la clemencia es parricida... El plazo para castigar a los enemigos de la patria no debe durar más

que el tiempo justo de reconocerlos como tales. Es más cuestión de aniquilarles que de castigarles...» Y con el tono conciliador de quien sólo reclama unas ligeras modificaciones a un estado de cosas cuyos defectos ha comprobado la experiencia, dio tranquilamente lectura a un proyecto de decreto cuyos veintidós artículos cayeron como otros tantos golpes de la guillotina sobre la Asamblea muda, helada de espanto, aterrorizada por lo que escuchaba: reforzamiento del tribunal revolucionario, con cuatro secciones en vez de dos; supresión de «formalidades» como la investigación previa, el interrogatorio en la audiencia, la audición de los testigos y la defensa; una sola pena, la muerte, tras la mera comprobación de la identidad; obligación de todo ciudadano de denunciar a los sospechosos...

¿Quiénes eran los sospechosos? «Quienes intenten disolver o envilecer la Convención Nacional; quienes abusen de los principios de la Revolución; quienes propalen noticias falsas, extravíen la opinión, impidan la instrucción del pueblo, depraven las costumbres o corrompan la conciencia pública; en fin, quienes, por el medio que sea, atenten contra la libertad, la unidad y la seguridad de la República o retrasen su consolidación...» ¡Todo el mundo!

Y Couthon leyó la lista de los hombres encargados de la sangrienta y sumaria misión: cinco sustitutos, doce jueces y cincuenta jurados, entre los que figuraba toda la corte de Robespierre, con Dumas, Vilate, Coffinhal, Duplay, su primo Laviron los Gravier, los Gamier-Launay, el impresor Nicolas, el cerrajero Didiée, el tendero Lohier, Villers, recomendado por Saint-Just, Desboisseaux, el fabricante de almadreñas, el cafetero Chrétien, el peluquero Gamey... y muchos otros, que él había colocado meticulosamente en aquella fábrica de muerte que se convertía para ellos en su terreno y su pertenencia.

Una vez finalizada la lectura, en el abrumador silencio que pesaba sobre la Asamblea consternada, se alzó una voz, sola una: la de Ruamps, que, resumiendo la impresión unánime, gritó:

—Si ese decreto sale adelante, me salto la tapa de los sesos.

Esto infundió cierto valor a los demás: Lecointre pidió el aplazamiento. Pero Robespierre había abandonado ya su sillón y se encontraba en la tribuna, exigiendo la discusión acto continuo. Y dio sus órdenes: «Que la Convención permaneciese reunida, si era preciso, hasta las nueve de la noche...» Los apocados aplaudieron y Couthon comenzó una segunda lectura de los veintidós artículos, que Robespierre interrumpió con algunas palabras conminatorias, tajantes como el hacha de un verdugo. La horrible ley fue votada e inmediatamente se sometió asimismo a votación la renovación del Comité de Salud Pública, cuyos poderes se prorrogaron sin oposición: la Convención se ofrecía así en holocausto al tirano al que quería derribar.

El cuadro de los días que siguieron ha sido pintado muchas veces: cuchicheos angustiados en los pasillos; la consternadora revelación de que la ley de sangre no era obra de los comités, sino de Robespierre solamente, ávido de castigar a sus insolentes colegas por sus zumbas y sus injuriosas interpelaciones el día del Ser Supremo; la convicción de que todos se hallaban bajo la amenaza del cuchillo, pues la nueva ley abrogaba tácitamente el decreto previo por el que los miembros de la Asamblea no podían ser llevados al Tribunal Revolucionario... Esto era, sobre todo, lo que les alarmaba. Sin decir palabra hubieran entregado el país al hombre ante quien temblaban; pero entregarse a sí mismo era ya un sacrificio excesivo...

No había modo de escapar: Robespierre no admitía ausencias ni permisos. «Nada de asuntos particulares», había decretado. Si, por lo menos, hubieran sabido qué cabezas necesitaba... Pero sólo se suponía y se enumeraban sus enemigos declarados. Todos estaban dispuestos a entregarle a su vecino; pero como aquel Moloch se obstinaba en no designar a nadie, no había quien se sintiera libre de amenaza. Barère, «con vergonzoso desánimo», decía a Vilate:

—Ese Robespierre es insaciable... Si nos hablase de Thuriot, Gulfroy, Panis, Rovere y Cambon..., nos entenderíamos. Que pida en buena hora también a Tallien, Bourdon de l'Oise, Legendre y Fréron... Pero es imposible consentir en el caso de Audouin, Leonardo, Vourdon, Vadier y

Voulland.

El día 23, como Robespierre se hallaba ausente de la sesión, Bourdon de l'Oise, que tenía razones para considerarse amenazado, se hizo eco de las zozobras unánimes:

—Decretemos —dijo— que los representantes del pueblo arrestados no puedan ser entregados al tribunal más que cuando la misma Convención haya formulado el decreto de acusación.

Merlin, de Douai, presentó un alegato en este sentido, afirmando el derecho inalienable de la Asamblea de ser la única en someter a juicio a sus miembros. Su proposición fue aceptada al punto. Esto tranquilizó un tanto. Pero al día siguiente el terrible árbitro estaba allí. Así como su compadre Couthon. Éste, meloso y contristado, protestó cortésmente contra «las calumnias» de la víspera: ¡Amenazar a la Convención! ¡Intentar someterla! ¡Qué indignidad! Sólo un mal ciudadano podía lanzar acusación tan injuriosa y tan impolítica.

Prolongados aplausos acogieron sus palabras. Bourdon, el culpable, se retractó públicamente:

—Aprecio a Couthon. Aprecio al Comité. Aprecio a la inquebrantable Montaña que ha salvado la libertad.

Nadie osaría dejar de adular y humillarse bajo la mirada del déspota. Porque esta vez presidía Robespierre: desde lo alto de su sillón, con sus gruesas gafas ante los ojos, escrutaba los escaños, donde cualquiera podía creerse objeto de sus miradas inquisitivas. Arremetió contra Bourdon de l'Oise, uno de los que le insultaron en la Fiesta; sin pronunciar su nombre, le picó, le espoleó, sabiendo que saltaría con aquellos aguijonazos. Describió a «aquellos intrigantes, más miserables que los demás por más hipócritas», que extraviaban a la Convención y vilipendiaban al Comité. Bourdon gritó, en efecto:

—Pido que se demuestre lo que se insinúa... Se acaba de decir muy claramente que soy un malvado.

Entonces, con aquella voz ronca de cólera que causaba escalofríos, Robespierre replicó:

—Yo no he nombrado a nadie. ¡Ay de quien se nombra a sí mismo!

Se alzaron varias voces:

—¡Díganse nombres!

—Los diré cuando sea preciso —atajó el impenetrable tribuno.

Aquel anatema, tanto más estremecedor cuanto que era impersonal, subyugó a la Convención una vez más: el injurioso alegato de Merlin fue rechazado y la sesión finalizó «en medio de los más vivos aplausos».

Aquí comenzó el gran pánico. No cabía duda de que la Asamblea, postrada en lo sucesivo, entregaría a su domador a quienes este reclamase. Bastaría que los designase y los tendría al punto. No era vida la que se llevaba. Incluso los más indolentes se aterrorizaban con la obsesión del brusco despertar a medianoche por los enviados de los comités, al que seguiría la conducción a la Conserjería, el juicio a mediodía y la ejecución a las cuatro sin haber podido pronunciar una palabra ni recurrir a un amigo. Aquella fue la época en que las familias imponían silencio a los niños para escuchar el paso de las patrullas por la calle; todos permanecían inmóviles hasta el momento de oír golpear el aldabón de una puerta vecina; entonces se hacían conjeturas y cuando los soldados se alejaban cabía exclamar: «¡Ya pasó por esta noche!»

Durante el día, los hombres iban y venían, se agitaban, para desahogar su fiebre y evitar la pesadilla obsesiva. Aumentó el número de espectáculos: el éxito de ciertos teatros —entre otros, el de Vaudeville— comenzó en aquellos angustiosos tiempos.

Pero los diputados vivían peor que nadie: muchos de ellos no se acostaban siquiera en su cama; acudían a las sesiones para vigilar la marcha de los acontecimientos; mas, para no llamar la atención, cambiaban de sitio con frecuencia, pues así creían despistar a los espías y no malquistarse con nadie. Los más desconfiados no se sentaban nunca y permanecían en pie cerca de la tribuna, dispuestos a deslizarse furtivamente hacia el exterior de la sala en caso de

peligro. Llegó a verse una escena como ésta: un miembro de la Convención, con la frente apoyada en su mano, creyó que «el dictador» le miraba y cambió rápidamente de posición, balbuciendo tembloroso: «¡Va a figurarse que pienso algo!»

Sin embargo, a pesar del temor que les atenazaba a todos, «había que mostrar una especie de alegría si no se quería exponerse a morir. Por lo menos, había que adoptar un aire de contento, una actitud abierta..., algo así como en tiempo de Nerón». Algunos, como Mailhe, preferían no comparecer y pasaban el día midiendo con sus pasos la avenida de Neuilly o las espesuras del Bosque de Bolonia. Escribió uno de ellos: «Hablé a varios colegas amigos míos de un proyecto personal que abarcaba el plazo de un mes; ellos se mofaron mucho de mi presunción al contar con un mes de vida...»

Los miniaturistas se veían desbordados por los encargos. Muchas personas, sabiendo que iban a morir, querían dejar a los suyos por lo menos su retrato y, por prudencia, lo mandaban hacer con atuendo de descamisado. Omer Granet, dueño de una fortuna de cien mil francos de rentas y futuro alcalde de Marsella con Napoleón, no salía sino armado «con un bastón nudoso, grueso como el brazo, y vestido de la forma más descamisada que se pueda imaginar»; se titulaba «el faccioso Granet». Y el futuro conde Thibaudeau, vestido con una carmañola de tela de colchón, «tenía la costumbre, cuando hablaba de apoyar ambas manos en los hombros del llamado Granet para hacer ver que era aun más “faccioso” que su colega». El zapatero Chalandon, miembro del Comité Revolucionario de la sección del Hombre Armado, procuraba cada día una garrafa de horchata al representante Tallien «para garantizarle contra el veneno con que estaba amenazado».

En fin, no pudiendo resistir más la angustia, una docena de miembros de la Convención se conjuraron para apuñalar al pie de la tribuna al tirano Robespierre, cuyo mero aspecto les helaba de espanto. Y a pesar del deseo de agarrarse a la menor brizna de esperanza la gente encogía los hombros cuando Vadier siempre bromista, intentaba levantar el ánimo de sus colegas deslizándoles al oído reflexiones chocarrerías sobre el gran milagro que se disponía a obrar gracias a la ayuda de la «Madre de Dios». Sus guiños maliciosos, sus gestos de complicidad, sus actitudes satisfechas y tranquilizadoras, sus alusiones a los siete sellos del Espíritu Santo y a los siete dones de la Nueva Eva ya no intrigaban a nadie y sus semiconfidencias no eran tomadas más en serio que los «sesenta años de virtud» de que blasonaba.



Desde el día en que Héron y Sénar se habían introducido en casa de Catalina Théot para detener a la visionaria y a sus fieles, Vadier no había dejado de otorgar al extraño asunto los máximos cuidados. Los sabuesos del Comité de Seguridad General continuaban en busca de elementos que permitiesen presentarlo como una gran conspiración política y, al mismo tiempo, una caricatura del culto instaurado por Robespierre.

Héron y Sénar llevaban las investigaciones. En primer lugar se dirigieron, en plan de registro, al 6 de la calle de Correos, a casa del ex cartujo dom Gerle, que, sacado de la prisión para el caso, les aguardaba bajo la custodia de varios descamisados. Todos sus papeles fueron sometidos a riguroso examen; sobre los que parecían sospechosos, Héron le invitaba a ofrecer aclaraciones: humillante situación para un sacerdote descarriado que no podía haber olvidado el tiempo de fe luminosa en que reinaba sobre una abadía célebre y a quien dos policías irónicos y brutales enfrentaban a la sazón con los testimonios escritos de sus degradantes aberraciones.

Le invitaron a explicarse, entre otras cosas, acerca de «un papel dividido en tres columnas referentes al establecimiento de una divinidad en París»: aquella divinidad aseguraría a sus creyentes la inmortalidad del alma y del cuerpo. El ex monje, muy corrido, se limitó a responder que «estaba muy lejos de semejantes ideas cuando hizo aquel resumen».

A continuación pusieron ante sus ojos un billete dirigido a él y redactado así: «¡Oh, Gerle!

querido hijo Gerle, predilecto de Dios, digno amor del Señor: el cielo, al formaros, hizo la dulzura misma... Sobre vuestra cabeza, sobre esa frente apacible, debe ser colocada la diadema... Que viva por siempre el querido hermano en los corazones de vuestras dos hermanitas... Venid, hermano queridísimo, a pasar la tarde del miércoles, a las cuatro y media; vuestras dos hermanitas y amigas os aguardan». Luego, otro escrito con la misma letra: «¡Oh, Gerle!, Gerle, querido hijo Gerle, vuestras dos hermanitas os invitan a venir mañana, día de década, a desayunar con ellas a las nueve y media, no más temprano ni más tarde». En un tercer escrito, «sus dos palomas le citaban en el Luxemburgo». Tras la pregunta del sarcástico Héron, inquiriendo quiénes eran aquellas dos palomas, Gerle explicó muy turbado que «aquellos giros afectuosos no expresaban más que ternura y estima»: ambas jóvenes eran hermanas y vivían juntas en la calle Saint-Dominique-d'Enfer número 7. Una de ellas se llamaba Rosa y era la bella muchacha que los agentes del Comité habían oído cantar en casa de Catalina Théot: la llamaban «la Paloma». Dom Gerle insistió en que las tres cartas «sólo se referían a ideas espirituales» y el policía tomó nota de los dulces escritos y de los comentarios del monje que pudieran proporcionar efectos cómicos a Vadier.

Luego se dedicó a los elementos más importantes. ¿Qué era aquel escrito donde se leía: «Aparece un hombre castaño, con sombrero de copa, traje gris ratón, chaleco rayado, medias y calzones negros, rostro corriente...»? El inculcado protestó ignorarlo: la ciudadana Godefroy, en cuya casa vivía Catalina Théot, le habría entregado el papel «para leerlo o comunicarlo» y Gerle lo habría guardado en el bolsillo, juzgándolo sin importancia. Otro escrito aludía en términos enigmáticos a la conmoción que aterrorizaría París el día en que se cambiase la tierra, en un relámpago, todos los devotos de la Madre Catalina resucitarían para no morir jamás. Gerle respondió acerca de éste que «puesto que no tenía fe alguna en visiones de aquella índole, no dedicaba el menor interés a tales sueños».

Héron dio por fin con la «pieza capital», tan grave y tan inesperada que no la mencionaría en su informe: ¡acababa de descubrir un escrito de Robespierre entre los papeles de dom Gerle! Era un certificado de civismo, una especie de salvoconducto, tal que pocos podrían ufanarse de poseer documento parecido: «Certifico que Gerle, mi colega en la Asamblea Constituyente, se ha mantenido en los auténticos principios de la Revolución y me ha parecido siempre, aunque sacerdote, buen patriota...»

Este documento permitiría involucrar al *Incorruptible* en el ridículo asunto de Catalina Théot y presentarle como adepto de la Nueva Eva. A decir verdad, la cosa había sido muy sencilla: como su sección le negaba un documento de seguridad, sin el cual no se podía circular por París, Gerle había ido a visitar a Robespierre, a quien había perdido de vista desde los lejanos días de la Asamblea Constituyente; le expuso su dificultad y, sin vacilar, el *Incorruptible* le entregó el precioso talismán que, a partir de aquel momento, aseguraría la tranquilidad del antiguo monje y que, caído en manos de Vadier, finalmente le perdería. Gerle había intentado ver de nuevo a Robespierre, esperando obtener de él una plaza de empleado en alguna oficina. Acudió con frecuencia a «su audiencia de mediodía», pero sólo pudo abordarle dos veces y, ambas «en presencia de su peluquero y de otras personas». Por lo general, Maximiliano «no estaba visible, si bien sus íntimos subían a su habitación sin hacerse anunciar».

Sin duda, Gerle dio a Héron estas explicaciones, muy admisibles, pero el policía no las tuvo en cuenta, reservándose las para sí y para Vadier, su jefe, y recogiendo el autógrafo comprometedor. De dom Gerle recabó los nombres de cuantos habían figurado en la guarida de la profetisa o en el salón de la duquesa de Borbón, en Petit-Bourg, donde el ex cartujo era huésped bien recibido en su condición de medio loco. Gerle dijo todo lo que sabía: al estar convencido de que nunca había conspirado contra la República, no podía abrigar dudas acerca del uso que se haría de sus revelaciones. Así pues, durante los días que siguieron, los espías del Comité detuvieron a una veintena de iluminados, entre ellos algunos personajes de rango. No

había que inquietarse por la duquesa de Borbón, que llevaba más de un año encarcelada en el fuerte de San Juan, en Marsella; pero encerraron a un antiguo médico de la casa de Orleáns, Quévremont de Lamotte, que se ocupaba de sonambulismo; a una supuesta marquesa de Chastenay, en cuya casa encontraron «una medalla con la Virgen en un lado y en el otro un San Miguel Arcángel aplastando a Lucifer»; a Miroudot, obispo de Babilonia, que pese a haber tirado hacía tiempo el báculo y la mitra había otorgado la investidura, en unión de Talleyrand, al obispo intruso Gobel; a un antiguo monje franciscano llamado Voisin; a Gombault, tesorero de la primera división de la gendarmería, porque se albergaba en el hotel de la duquesa de Borbón en el barrio Saint-Honoré; y a un sordomudo, llamado Boutelou, por haber grabado una estampita «cuya mera visión aseguraría la vida a quienes la llevaran el día 10 de agosto». También detuvieron «al profeta Elías», que recorría los arrabales llevando «un manuscrito que contenía el secreto de hacerse invisible matando a uno de sus semejantes, en especial a los diputados de la Convención».

Otra detención entregaría al Comité, el 29 de Pradial, a un personaje de muy diferente clase, el abate Théot, sobrino de la profetisa y vicario constitucional de Saint-Roch. Era el prototipo —raro y poco atractivo— del eclesiástico revolucionario, que precisamente por ello sabía tomarse con comodidad las obligaciones del sacerdocio. Apenas se vio en la prisión, el abate dirigió largos escritos al Comité de Seguridad, exaltando los servicios que había rendido a la causa del pueblo y echando por los suelos a la vieja loca de su tía. A ella debía todas sus desgracias: cuando él «vegetaba en las tinieblas de la superstición», las disputas de aquella demente con el arzobispo de París habían detenido su carrera eclesiástica; y una vez regenerado, allí estaba sufriendo todavía a causa de las extravagancias de aquella mujer, «que había recibido de la naturaleza todas las disposiciones necesarias para creer en todas las necedades de que estaban llenas las vidas de las Catalinas de Sena y las Teresas». Y el abate, lleno de amargura, firmaba laicamente «ciudadano Théot». Lo enviaron a Bicêtre, donde pudo meditar a sus anchas sobre los inconvenientes de los parentescos comprometedores.

Estos eran los diversos materiales que Vadier se disponía a utilizar, regocijándose de antemano por el mazazo que iba a asestar a Robespierre y, de rechazo, a todas las supersticiones. El tema, en efecto, se prestaba a los comentarios risibles; un hombre de talento y de humor lo hubiera desarrollado en cuadros pintorescos, pero Vadier no era Voltaire, aunque en su fatuidad gascona se jactase de igualar la finura y la sutileza del autor del *Ensayo sobre las costumbres*. Por lo demás había que ser prudente y conservar una escapatoria para el caso de que el «gran sacerdote» del Ser Supremo tomase a mal la humorada.

Resuelto a lanzar su bomba el 27 de Pradial, Vadier, para prepararse un buen público, advirtió discretamente a sus compañeros que sería cosa divertida. El día mencionado, la Asamblea se dispuso, pues, a reír, tanto más cuanto que Robespierre se hallaba ausente. La víspera, cuando atravesaba la antecámara del Comité de Salud Pública, sombrío y con el oído siempre alerta, había percibido unas palabras de Vilate en un grupo: «El Tribunal Revolucionario podrá divertirse mañana con el asunto de la “Madre de Dios” Robespierre se dirigió a él con ademán furioso: “¿Cómo? ¿Está usted seguro?”». Y añadió temblando de cólera, rojo el semblante: «¡Unas conspiraciones quiméricas para ocultar las reales!». Dicho esto, se retiró. Pero así prevenido, decidió no comparecer en la Convención el día 27 y dejó su sillón a Bréard.

Aquella famosa sesión comenzó, lo mismo que todas, con una serie de comunicaciones farfulladas por los secretarios sin que nadie prestase atención: «La sociedad popular de Rivesalte informa que ha celebrado en el templo de la Razón una fiesta en honor del general Dagobert...» ¡El templo de la Razón! Estaban retrasados en Rivesalte... «La sociedad popular de Stenay, Mosa, envía a la Convención Nacional los detalles de la fiesta celebrada en esta comuna con motivo de la inauguración de un templo a la Razón...» Decididamente, el Ser Supremo no tenía muchos adoradores en provincias. «El ciudadano Dange Menonval, artista del teatro de

Rouen, ofrenda un drama titulado *El crimen y la virtud* o *Admiral y Geffroy*. «El agente nacional del distrito de Neuville, Loíret, ofrenda a la Convención un himno que compuso hace diez años...» Estas eran las pequeñeces cotidianas de la correspondencia, que se perdían en el ruido de las conversaciones. Pero finalmente apareció Vadier en la tribuna y se hizo al punto el silencio.

La mera visión de la siniestra figura alargada del *Viejo inquisidor* —los apodos estaban de moda en la Convención—, de quien no se ignoraban los recreos galantes en unión de un grupo de alegres compañeros ni su tierna cohabitación con su criada Jeanneton, hizo prever que nadie quedaría decepcionado. Nada más hilarante que un chistoso de cara seria: desde las primeras palabras, el contraste entre la seriedad del orador y su terrible acento gascón, sus muecas y sus intenciones picantes, regocijaron a todos sus colegas. No era frecuente que se presentase una ocasión para reír y ellos la aprovecharon con un ansia casi pueril. Porque el informe de Vadier no merecía las aclamaciones ni las carcajadas prolongadas a que se refiere el *Monitor*; era un batiburrillo sin pies ni cabeza, deshilvanado, donde todo se entremezclaba como en un caleidoscopio descompuesto: el rey de Prusia, los tiranos de Inglaterra, la Vendée, los sacerdotes, el genio de la Revolución, el infierno, Danton, Necker, el inglés especulando en su factoría con las locuras religiosas, la facción de Orleans y la perversidad de Pitt...

La única bufonada algo saliente consistía en transformar el nombre de Catalina Théot en *Theos* —pues *Theos* en griego significa *Dios*—, deduciendo de aquel disfraz algunos simbolismos. Quien hoy en día lee aquel galimatías en su texto oficial no descubre nada aplicable a Robespierre, ni siquiera una alusión al salvoconducto auténtico otorgado por él a dom Gerle; pero habría que saber si el texto no fue expurgado antes de entregarse a las prensas del *Monitor*; por otra parte cabe creer que el discurso de Vadier cobraba toda su importancia de acuerdo con ciertos adornos fantasiosos que se había hecho circular cautelosamente antes de la sesión: así se hablaba mucho, aunque en voz baja, de una carta hallada por Heron en el jergón de la profetisa y dirigida por ella a Maximiliano, a quien calificaba de «hombre divino y salvador del mundo», llamándole también «mi querido hijo». Esta carta, que nunca ha visto nadie, parece que no existió más que en la imaginación de Vadier. Pero la burda insinuación permitía aplicar a Robespierre toda la mordacidad dirigida contra los devotos de la calle Contrescarpe: se daba a entender que se hallaba entre los iniciados; que estaba destinada a él la butaca vacía cuando Gerle y la madre Catalina pontificaban ante sus ovejas; se le imaginaba recibiendo los siete besos fatídicos y, como los demás, recreándose en «chupar voluptuosamente el mentón de la vieja loca»...

Así traspuesto, el informe cobraba un doble sentido y resultaba en verdad hiriente. Era una alusión a Robespierre, que carecía de esposa o de manceba, el párrafo sobre «la renuncia de los placeres temporales impuesta a los elegidos de la Madre de Dios»; otra alusión a Robespierre, que soñaba con la destrucción de quien no le adulase, la profecía del gran relámpago «que debe reducir a polvo a todos los perversos de la tierra, sin respetar más que a los adeptos de la madre Catalina, inmortales como ella; cantando sus alabanzas, gozarán sin fin, en el paraíso terrenal que va a restablecer, del radiante resplandor de su antigua virginidad^[20]».

Vadier concluyó proponiendo el envío al Tribunal Revolucionario de la *Theos*, el médico Quévremont-Lamotte, dom Gerle y otros, con orden al acusador público de buscar y perseguir a los cómplices de aquella gran conjura^[21], cosa que fue decretada sin discusión. La Convención manifestó además su satisfacción, ordenando la impresión del informe, su envío a los ejércitos y a todas las comunas de la República y la distribución de seis ejemplares a cada uno de sus miembros. No se había hecho más con el discurso de Robespierre sobre el Ser Supremo y la inmortalidad del alma.

Vadier exultaba. Su bufonada iba a costar la vida a gran número de inocentes, pero acababa de asestar un golpe al tirano.



En efecto, hubiera podido creerse que aquel hábil ataque le hubiese desconcertado. Robespierre, como se ha dicho, no había asistido a la sesión; pero acudió por la noche al Comité de salud Pública. El acusador Fouquier-Tinville —a quien Vadier se había apresurado a remitir el decreto, para que su ejecución no se difiriera— llegó también a eso de las nueve, como hacía cada noche, una vez expedida su «hornada» cotidiana. Llevaba el expediente del asunto Théot y se disponía a recibir órdenes para el siguiente día.

En la antecámara encontró a Dumas, presidente de su tribunal. El comité se hallaba en plena sesión y según su reglamento nadie debía molestarle en sus trabajos; pero se hacía una excepción con Dumas y con Fouquier, acólitos indispensables. Penetraron, pues, en la sala de las deliberaciones y el acusador público depositó sus papeles sobre la mesa. Robespierre se apoderó de ellos y se puso a leerlos. Viendo esto, todos sus colegas, poco deseosos de recibir los primeros rayos de su cólera, se retiraron uno tras otro, dejándole solo con Dumas y Fouquier.

Tras haber hojeado el legajo, Robespierre declaró inútil el expediente y ordenó que no se le diera curso. Fouquier observó respetuosamente que el decreto le imponía la obligación de llevar a juicio a los acusados, pero Robespierre le hizo callar y guardó los papeles.

Fouquier corrió al Comité de Seguridad General, que se encontraba reunido en el otro extremo del castillo de las Tullerías. Allí le aguardaban para determinar la escenificación de la ejecución de la vieja Théot y sus adeptos. La decepción fue muy grande cuando se supo que había sido revocada la orden.

—¿Por qué...?

—ÉL, ÉL, ÉL se opone —exclamó Fouquier, con el tono de quien ve que se le escapa un buen golpe.

Aquella noche se despotricó mucho contra el *Incorruptible* en el Comité de Seguridad: impedía que los iluminados cayeran en manos del verdugo, luego era de los suyos. Esto pareció aun más evidente cuando, al día siguiente, su clemencia halló una ocasión mucho más plausible para manifestarse. Aquel día juzgaban a «sus asesinos», es decir, a la joven Cecilia Renault, que a principios del mes se había presentado en casa Duplay con la vana esperanza de ser recibida por él. Por aquel crimen iban a morir cincuenta y cuatro personas, ninguna de las cuales —excepto Renault padre, su hijo y su hermana, absolutamente inocentes por lo demás— había tenido nunca la menor relación con Cecilia. Al grupo habían sumado a Admiral, quien, a falta de Robespierre, había atentado contra Collot d'Herbois. Los demás, capturados al azar, sólo «hacían número» y servían para hacer más imponente el castigo de la «asesina».

Ese proceso fue, en cierto sentido, la inauguración de los procedimientos de justicia sumaria promulgados por la nueva ley: llamada a los acusados por su nombre; una pregunta repetida cincuenta y cuatro veces: «¿Conoce usted la conspiración?» Cincuenta y cuatro respuestas negativas. Si alguno de los inculcados intentaba discutir —«Ciudadano presidente, le advierto que...»—, era interrumpido al punto: «¡No tienes la palabra! ¡Otro!» Nada de interrogatorios, audición de testigos ni defensas. La guillotina. Admiral fue el único que no negó su propósito de asesinato; pero allí no era más que un comparsa y desaparecía entre «los asesinos de Robespierre»: formaban parte de éstos Montmorency, los dos Sombreuil, Rohan-Rochefort, un sabio, un sacerdote, una actriz, un músico, la señora de Sainte-Amaranthe, su hija, su yerno y su hijo, sin contar al conde de Fleury, que no era mencionado siquiera en el acta de acusación.

Todos fueron condenados a muerte como convictos y confesos de haber tomado parte en la «conspiración del extranjero»: éste era el título con que se adornaba pomposamente aquella amalgama. Mas para que el público no se confundiera y con el fin de resaltar que aquellos miserables morían por haberse manchado en el asesinato del gran hombre, llegó del Comité de Salud Pública la orden de cubrirles con el velo rojo de los parricidas. ¿Quién jugó aquella mala

pasada a Robespierre? ¿Pudo la exasperación de su vanidad inspirarle la torpeza de requerir o simplemente aprobar aquella medida, que equiparaba a sus víctimas a los regicidas de antaño y que algunos han considerado una maquinación de sus enemigos?

No obstante, para él era muy fácil desbaratarla: puesto que se arrogaba el derecho de gracia para Catalina Théot y sus fieles, ¿por qué no protestaba contra la hecatombe de sus pretendidos asesinos? Como quiera que fuere, el efecto resultó para él desastroso. Hubo que suspender la salida de los condenados para confeccionar a toda prisa su librea de muerte^[22] y cuando se puso en marcha el largo cortejo de carretas, escoltado por gendarmes y artilleros, la gente lo contemplaba pasar en un silencio consternado. ¡Tantas víctimas para un solo hombre! Y qué víctimas: un anciano de setenta y cinco años^[23], un adolescente de diecisiete^[24], una joven de diecinueve^[25], una obrerita de dieciocho^[26] y la heroína del penoso drama, Cecilia Renault, que no había cumplido los veinte... «El jirón de tela roja que cubría sus hombros hacía resaltar la belleza de su piel» y la juventud de sus rasgos. La multitud que se apretujaba a su paso los contemplaba con estupor. Aquellas mujeres parecían tan hermosas que poco después todas las elegantes llevaban chales rojos^[27].

El buen sentido del pueblo parisino descubrió por primera vez una repugnante desproporción entre la insignificancia del delito y la estremecedora dureza del castigo, con lo que Robespierre, lejos de engrandecerse, aparecía disminuido. A los ojos de sus colegas, que le veían a diario y de cerca, su prestigio ficticio hacía ya tiempo que se venía abajo. Y él era demasiado suspicaz y demasiado observador para no darse cuenta de tal cosa; podía calcular el número de enemigos que tenía en la Convención por el éxito del insolente informe de Vadier sobre la «Madre de Dios»: en aquel caso se habían desenmascarado en masa. En el Comité de Salud Pública la cosa era peor aún: exceptuando a Saint-Just, casi siempre alejado de París, y al débil Couthon, que nunca acudía a las sesiones de la noche, Robespierre no tenía partidario alguno: Carnot le despreciaba, juzgándole «ridículo» y manteniéndole a distancia; Billaud-Varenne, «poderoso orador», y Collot d'Herbois, enfático histrión, olfateaban en él a un dictador y su prudencia felina temía sus brutalidades; Barère, demasiado seductor, demasiado fino, demasiado astuto, demasiado «buen niño», que le adulaba y le engañaba, despertaba sus celos; el laborioso Prieur y el honrado Lindet le desdeñaban. Las deliberaciones entre aquellos seis hombres que se vigilaban, se acechaban y se apostrofaban eran a menudo venenosas y por un quítame allá esas pajas llegaban a amenazarse con el Cadalso.

En una de las sesiones del comité, a comienzos de Floreal, «el mocoso» Saint-Just —Carnot le llamaba así— dijo a éste en una discusión: «No tengo más que escribir un acta de acusación para hacerte guillotinar antes de un par de días». «Te invito a ello —respondió Carnot—. No te temo: sois unos dictadores ridículos». Un día, la discusión fue tan viva que Robespierre, agotado, se desvaneció^[28]. Y el 23 de Pradial, tras una virulenta intervención de Billaud, que reprochaba a Robespierre haber tomado la iniciativa de la terrible ley del 22 sin haberla sometido previamente al Comité, según era costumbre, los gritos que se cambiaron fueron tales que los transeúntes comenzaron a congregarse en la terraza de las Tullerías: hubo que cerrar las ventanas y bajar el tono.



En los primeros días de Mesidor, Payan dirigió a Robespierre una carta confidencial, recomendándole que no tratase a la ligera el asunto de la «Madre de Dios». Le señalaba la evidente hostilidad de Vadier y de todo el Comité de Seguridad General, que «bien por envidia, bien por mezquindad de los hombres que lo componen, ha querido desarticular una conspiración, pero no ha hecho más que una comedia ridícula y funesta a la patria. Algún día —añadía Payan— descubriremos que ese informe es fruto de una intriga contrarrevolucionaria». Pero era preciso «sondear el precipicio que debía llenarse y no alejarse de él con un respeto medroso que resultaría fatal para la patria». Y exhortaba al *Incorruptible*

a responder a la bufonada de Vadier con un informe interesante, un informe decisivo en que todos los conspiradores fuesen desenmascarados y que enseñase a Francia «que una muerte infame aguardaba a quienes no se adhirieran al gobierno revolucionario». Éste era el remedio: desembarazarse lo antes posible de toda oposición, declarada o latente. «No puede elegir circunstancias más favorables para atacar. ¡No se ande en chiquitas!»

El consejo era oportuno y Robespierre lo consideraba tan eficaz que se había anticipado, solicitando al Comité de Salud Pública las cabezas de varios miembros de la Convención, las de Tallien, Bourdon de L'Oise, Fouché, Dubois-Crancé y «algunos más». Su petición fue eludida. Al día siguiente insistió; pero Billaud-Varenne, en nombre de los demás, se negó en redondo. Robespierre salió irritado. Se había indispuesto con sus camaradas, como en otro tiempo, en el colegio de Luis el Grande, se indispuso con sus discípulos, como se había enfrentado con la Academia de Arras y con sus colegas del consejo de Artois. «¡Salvad a la patria sin mí!», gritó. Abandonó, pues, el Comité, pero sin dimitir, pues la gallardía no era su estilo. Su tenacidad se hacía evasiva y oblicua. Así, pues, se confinó en el segundo piso de las Tullerías, en aquella oficina de policía creada, en principio, para vigilar a los funcionarios, pero cuyas atribuciones había extendido él, usurpando las del Comité de Seguridad General. Saint-Just dirigía aquel departamento. Pero Saint-Just se hallaba ausente, cumpliendo una misión, y Robespierre no tuvo inconveniente en suplirle.

En el primer momento, el trabajo le agradó: ayudado por las comisiones populares, que le preparaban listas de sospechosos, compulsaba, anotaba y conferenciaba con el agente nacional Payan y con el alcalde de París, Lescot-Fleuriot, dos hombres plenamente adictos. Recibía a Dumas, presidente del Tribunal Revolucionario, y al acusador público, Fouquier-Tinville: ambos se apresuraban a complacerle y no le contradijeron nunca. Un gendarme vigilaba continuamente la puerta de su despacho. Los miembros del Comité, que no le habían vuelto a ver, sabían que «vivía allá arriba, con los miembros del Tribunal», y Carnot, a quien repugnaba aquel trabajo, declaró que «no firmaría ni un documento emanado de aquel sanedrín», donde nadie se aventuraba.

A las cinco, cuando sus colegas habían levantado la sesión, Robespierre descendía, atravesaba la sala del Comité y estampaba unas cuantas firmas, con lo cual afectaba no ausentarse realmente más que de las deliberaciones comunes^[29]. Así se preparaba una escapatoria en el caso de que los demás quisieran aprovechar su ausencia para deshacerse de él, ya que todo miembro de un comité que, sin excusa válida, dejase de comparecer durante tres días podía ser remplazado de oficio^[30]. No obstante, Robespierre se dejó ver por lo menos dos veces, en sendas sesiones plenarias, es decir, en las que reunían al Comité de Salud Pública con el Comité de Seguridad General.

Es una lástima que ninguno de los testigos supervivientes parara mientes o consintiera en escribir para la posteridad un relato imparcial de aquellas asambleas, irremediamente cerradas a la historia. Para evocarlas sólo poseemos los panfletos o las memorias de gente que no asistía a ellas o las justificaciones y defensas de quienes formaban parte de las mismas, relaciones de segunda mano a menudo inspiradas por el rencor o por un afán apologista. Lindet, Carnot, Billaud-Varenne, Collot d'Herbois, Barère, Prieur, David, Vadier, Amar y otros debían saber, sin embargo, que una vez desaparecidos nadie Podría legarnos el proceso verbal vivido de aquellas escenas memorables, de las que nuestra imaginación, curiosa, se forma un cuadro terrible y grande. ¿Acaso no tenían esas escenas para ellos la misma grandeza? ¿O sólo conservaban de ellas un recuerdo vulgar y mediocre? ¿Tal vez experimentaban vergüenza de decirnos ese «Yo estaba allí y me ocurrió tal cosa» ante el que palidecen todos los métodos históricos y se desvanecen las más eruditas compilaciones?

A falta de tales testimonios irrecusables es preciso conformarse con algunas versiones menos autorizadas. Por ejemplo, la de Baudot, miembro de la Convención, que nos presenta a

Robespierre y Saint-Just compareciendo una noche en el Comité: han aguardado esa hora tardía, «la hora sepulcral», porque saben que «los grandes golpes deben asestarse en las tinieblas». Inmediatamente, Robespierre ataca con audacia a Carnot, reprochándole la torpeza de sus planes de campaña y atreviéndose a decir que el organizador de la victoria está de acuerdo con los enemigos de la República. El gran Carnot, conteniendo su reacción, cubre su rostro con las manos y pueden verse correr entre sus dedos lágrimas de rabia. —Copiando luego de Barras, vemos a Robespierre volver sobre las cabezas que exige: su lista ha aumentado. Entrega dicha lista. La lectura es escuchada fríamente; el Comité se niega a atacar a la Asamblea. Robespierre se pone en pie, disponiéndose a salir: al abrir la puerta ve en la antecámara un nutrido grupo de ciudadanos y entre ellos a varios diputados, quizá algunos de aquéllos cuya muerte desea. Sorprendido, retrocede y volviéndose a sus colegas, todavía sentados en torno a la gran mesa, grita para que le oigan desde fuera: «¡Ustedes quieren diezmar la Convención, pero yo no lo aprobaré!» Collot d'Herbois salta de su silla, indignado ante tamaña hipocresía; corre hacia Robespierre, le agarra brutalmente de la ropa y arrastrándole para hacerle volver exclama dirigiéndose a la gente de la antecámara: «¡Robespierre es un infame, un hipócrita! Nos imputa precisamente aquello de que él es culpable. Nosotros amamos a todos nuestros colegas: ¡es este hombre quien quiere matarles!» Tiene a su enemigo sujeto por el cuello y le sacude. Finalmente logran separarles y Robespierre se escurre entre el gentío asustado. «Temblaba al salir —añade Barras, que le acompañó un trecho—: me miraba con ojos inciertos, que parecían a la vez darme las gracias por haberle salvado y reprocharme el estado de humillación en que le había visto...»

En las *Memorias* de Barère —testigo ocular éste, pero parcial— vemos otro día los dos Comités reunidos: Maximiliano reclama, obstinado, «el establecimiento de cuatro tribunales revolucionarios». Le dejan hablar, pero luego alguien pregunta si nadie tiene otra proposición que presentar. Saint-Just toma la palabra y traza un cuadro siniestro de la situación: el mal ha llegado a su colmo; el único medio de salvación consiste en concentrar los poderes, lograr la unidad en las medidas de gobierno... Le invitan a precisar el objetivo de tales recriminaciones. Entonces, con esa flema arrogante que le caracteriza, propone nombrar un dictador, un hombre que goce de la confianza del pueblo, un ciudadano virtuoso e *incorruptible*. «Ese hombre —concluye— es Robespierre. Sólo él puede salvar el Estado. Pido que sea investido del poder supremo y que los dos Comités hagan mañana mismo esta propuesta a la Convención». Protestas y risas... Aquí interviene el relato de otro testigo, anónimo éste, pero que parece haber visto bien las cosas. «Durante la alocución de Saint-Just —dice— Robespierre se había paseado alrededor de la mesa, hinchando sus mejillas y resollando: todo delataba la agitación de su ánimo. Fingía gran sorpresa: “¿Quién te ha inspirado esa proposición, Saint-Just? Una dictadura es necesaria para Francia: lo creo lo mismo que tú. Pero hay en la Convención muchos miembros que merecen más que yo atraer los sufragios...” Couthon, con su tono dulzarrón, apoyó la moción de Saint-Just. El Comité sólo dedicó una atención desdeñosa a aquella singular iniciativa. Saint-Just tomaba notas sobre las palabras de cada uno de los opinantes». Los *dictadores*, avergonzados y despechados, quedaron con el desaire y la lista que Robespierre paseaba desde hacía casi un mes —en la que inscribía las cabezas que cortar— probablemente se enriqueció aquel día con nuevos nombres.

¡Dictador! Es posible, e incluso probable, que soñase con el poder. Su alta opinión de sí mismo le persuadía de que el lamentable estado del país no se debía sino a la incuria, la incapacidad y la corrupción de aquella gente que le entorpecía y le paralizaba: si él pudiera ser el único amo, Francia sería un paraíso. Rousseau, de quien se consideraba discípulo, había escrito estas palabras en el *Contrato Social*: «Si el peligro es tal que el aparato de las leyes constituye un obstáculo para defenderse del mismo, nómbrese un jefe supremo que reduzca las leyes al silencio y suspenda por un momento su autoridad soberana». Robespierre había meditado

aquella máxima, porque, en los papeles que más tarde se encontrarían en su casa, figuraría una «nota esencial», de su puño y letra, que comenzaba así: «*Es necesaria una voluntad única*».

¡Ésta era, después de tres años de experiencia, la opinión del demócrata más famoso de todos los tiempos! Y Saint-Just —con quien le unía una perfecta comunidad de ideas y de proyectos— escribía en sus apocalípticas *Instituciones* este precepto: «En toda Revolución es preciso un dictador para salvar el Estado por la Fuerza o unos censores para salvarlo por la virtud».

Pero aunque Robespierre ambicionase la dictadura, proponer a sus enemigos que se la otorgasen y se pusieran en sus manos denotaba una ingenuidad desconcertante. ¿Cómo esperar que aceptasen aquel proyecto desatinado Carnot, a quien acababa de insultar, Collot, que le había zarandeado, o Vadier, que no le perdonaba que hubiera frustrado «su hornada» —la bonita hornada en que se disponía a ofrecer a los papanatas parisinos el espectáculo de la «Madre de Dios» muriendo en la guillotina con un antiguo monje, protegido de Robespierre—, y todos los fieles a quienes había prometido la inmortalidad eterna? Pero si Robespierre se erigía en candidato a la dictadura, ¿cómo no era encarcelado inmediatamente? Todos los días se detenía a la gente por delitos menores. Los documentos de las comisiones populares mencionan motivos de sospecha tales que harían reír si no hubiera estado por en medio la guillotina: «Egoísta»; «Conserva tazas con la efigie de Necker y del tirano»; «No cree en los beneficios de la Revolución»; «No frecuenta más que personas de buen tono^[31]» ¡Y por haber querido la dictadura —negación de todo el esfuerzo realizado en tres años— Robespierre no sería inquietado en absoluto! ¿Es esto verosímil? ¿Acaso estaba él por encima de las leyes? No obstante, esos hombres ante quienes imprudentemente se desenmascara le han calibrado desde hace tantos meses como viven con él; conocen sus mezquindades, su envidia, su insociabilidad, su espíritu embrollador y suspicaz. ¡Y le declaran inatacable! A fuerza de exaltarle con objeto de parapetarse en su ficticia grandeza le han encaramado tan alto que se les pierde; pero en ese pedestal que le han elevado inconsideradamente, no figura, como dicen los dibujantes, «a escala»: resulta pequeño y aparece con su primitiva poquedad. Un pensador ha dicho: «No hay que tocar los ídolos: su dorado se queda en las manos». Ahora bien, el ídolo de la Revolución, perdido por completo su dorado pero inaccesible a la sazón, dirigía sobre sus renegados el rayo que éstos habían puesto en su mano.

En el Club de los Jacobinos, lleno de sus fieles, Robespierre toca a rebato. Allí se encontraba en su casa: la familia Duplay tenía allí una tribuna reservada, como antaño la familia real tenía su palco en los espectáculos. Robespierre se presentó como víctima y amenazó, seguro de la victoria: «El crimen trama en la sombra la ruina de la libertad... Una multitud de bribones y agentes del extranjero está urdiendo en silencio una conspiración de calumnias y persecuciones contra la gente de bien... Se esfuerzan en cubrir a los defensores de la República con una capa de injusticia y de crueldad... Los patriotas que quieren vengar la libertad y afianzarla son detenidos continuamente en sus operaciones por las calumnias que los presentan ante el pueblo como hombres temibles y peligrosos^[32]». El crimen, los bribones, los agentes del extranjero y los calumniadores eran los Comités y la Convención... La gente de bien, los defensores de la libertad y los patriotas... eran él. Porque Robespierre sólo poseía un registro y no hablaba —siempre mediante insinuaciones— más que para pronunciar su propio elogio y maldecir a quienes no le admirasen. Jamás les nombraba: sus anatemas alcanzaban a tantos más enemigos cuanto más impersonales eran. «En Londres se me denuncia como dictador. Esas calumnias se repiten en París: ¡temblaríais si os dijera dónde!». Esto aludía al Comité de Salud Pública, cuyas disensiones, sospechadas en la Convención, se ignoraban entre el gran público. Pero Robespierre no disimulaba nada: «¿Qué diríais si os revelase que esas atrocidades no han parecido intolerables a unos hombres revestidos de un carácter sagrado, que entre nuestros mismos colegas se han hallado quienes las propalasen?» Por fortuna, el Ser Supremo velaba por él: «La Providencia ha querido arrancarme de las manos de los asesinos —¡La pobre Cecilia

Renault!— para incitarme a emplear de modo útil los momentos que me queden todavía...» Para sembrar mejor la alarma insinuó que sus enemigos proyectaban excluirle del Comité: «Si me obligasen a renunciar a una parte de las funciones que pesan sobre mí, aun me quedaría mi condición de representante del pueblo y haría una guerra a muerte a los tiranos y a los conspiradores».

Que semejantes palabras se pudieran pronunciar y que un miembro del gobierno se atreviera a predicar así la revuelta y lo hiciese impunemente nos permite discernir de qué lado soplaban el Terror. Robespierre, según una paradoja que algunos defienden, sucumbió por haber intentado abatir el cadalso. Lo que le perdió, según ella, fue su clemencia. Ahora bien, hasta su último día —ya cercano— no cesaría de preconizar ni de perfeccionar la «benéfica» institución del Tribunal Revolucionario, poblado con gentes que eran hechura suya; él lo vigilaba y lo dirigía. Desde que se alejó del Comité y dio toda su atención a la oficina de policía, las hecatombes se decuplicaron; en aquel mes de Mesidor, ayudado por su paisano Hermann, a quien había hecho comisario de las administraciones civiles, policía y tribunales, se ocupó en *vaciar* las prisiones, y Fouquier se vio obligado a rehusar semejante obra.

No obstante, Robespierre no era feroz a la manera de Carrier o de Lebon: sentía horror a la sangre; su nerviosa impresionabilidad le alejaba de todo espectáculo trágico: no se le vio ni el 10 de agosto ni en setiembre. Es dudoso que acudiera como tantos otros, ni siquiera una vez, a la plaza vecina a su domicilio para presenciar una ejecución. Se cuenta que el día en que debía caer la cabeza de Luis XVI recomendó a Duplay que cerrase la puerta de la casa. Cuando Eleonora Duplay quiso saber el motivo de aquella precaución, le dijo: «¡Ah!, es que hoy pasa ante casa de vuestro padre algo que no debéis ver».

Sorprenden estas contradicciones y se aprovechan para descargar de ciertos crímenes su memoria, que será siempre objeto de controversia. Es evidente que, si hubiera querido, hubiese podido poner fin al Terror: en los *Recuerdos* de un contemporáneo, bien situado para saber cosas, se encuentra una frase impresionante: «Si Robespierre pide sangre, se derramará sangre. Si no la pide, nadie se atreverá a hacerlo». Pero la pedía, y la pedía a mares: no por gusto, sino por política. La guillotina era su arma, su argumento; y bien podía ser que con su ley del 22 de Pradial, con sus comisiones populares, su actividad en la oficina de policía y sus conspiraciones de las prisiones, que tan terriblemente estimularon la actuación del Tribunal, Robespierre pretendiera desacreditar a sus enemigos de los Comités, a quienes, ignorando los entresijos, el público asqueado atribuiría aquel recrudecimiento de los asesinatos.

El 11 de Mesidor el Comité marcó un hito: aquel día se anunció la victoria de Fleurus; liberado el suelo francés, sus soldados llegaban a las puertas de Gante. La Convención pataleó de entusiasmo; el pueblo de París estaba ebrio de alegría. Mas para Robespierre era un fracaso. No era amigo de los militares. También a ellos les envidiaba. Le molestaba su prestigio, del que desconfiaba, pues perjudicaba al suyo. Había intentado igualarles, pero en vano. Al entrar un día Cambon en la sala donde trabajaba Carnot encontró en ella a Maximiliano, «rodeado de mapas y de memorias militares»; con la frente entre las manos intentaba iniciarse en los misterios de la táctica.

—Nunca comprenderé nada de esto —gimió en tono despechado.

Otra vez dijo a Carnot, más cercano a la acidez que a la humildad:

—¡Suerte la vuestra! ¡Qué no daría yo por ser militar!

Le exasperaba el énfasis de Barère, encargado de comentar en la tribuna los informes de los ejércitos: hubiera deseado menos relieve. Aquellas buenas noticias no le alegraban. Se le escapó decir a Carnot: «Le espero en la primera derrota».

Por otra parte, la gran victoria de Fleurus le asestaba un golpe directo: ¿para qué tanta guillotina si los enemigos habían sido vencidos? La invasión extranjera, pretexto del gobierno revolucionario, había sido rechazada: por tanto debía ser el fin de las matanzas, los

encarcelamientos y las proscripciones. El 11 de Mesidor fue una de esas fechas felices en que todos los franceses fraternizan. Por la noche hubo iluminación en las Tullerías; en el anfiteatro que se había conservado desde la ceremonia del Ser Supremo, gran concierto, con la primera audición del *Canto de la Partida*. La inmensa muchedumbre congregada en el jardín aclamó el magnífico himno y prolongó hasta el nuevo día sus cantos y sus danzas. Esto también desagradó a Robespierre, ofuscado por la obsesiva intuición de la vanidad de las tortuosas mezquindades de su política, comparadas con la brillante victoria cuyo eco había conmovido a París. Aquella alegría que tenía otro objeto ajeno a sí mismo, aquel canto de gloria que celebraba ajenos triunfos, le afectaban como una injuria: «Se juzga la prosperidad de un Estado —dijo— más por la situación feliz del interior que por los éxitos exteriores».

El 21 de Mesidor dio rienda suelta a su bilis en los jacobinos declarando que «la verdadera victoria era la de los amigos de la libertad sobre las facciones»: así se esforzaba en rebajar el mérito de los valientes ejércitos de la República y el del admirable Carnot, que los había creado. En lo cual le inspiraba mal su torpe envidia, porque a la sazón cualquier paso en falso podía precipitarle en el abismo. Payan lo presintió: la hilarante revelación de los misterios de la «Madre de Dios» había significado un golpe funesto tanto al culto como al pontífice del Ser Supremo. Al enfrentar al proclamador del dogma de la inmortalidad del alma una vieja hechicera medio loca, pero mucho más fuerte aún, pues confería a sus adeptos la inmortalidad del cuerpo, Vadier había actuado como un consumado maestro: desde que había sido objeto de la risa general, coincidencia bien significativa, Maximiliano era un hombre que no se quiere reconocer tocado pero a quien persigue un inquietante complejo de derrota.

Parecía ocultarse, turbado, perdida la fe en su prestigio menoscabado pero alimentada aún por sus fuerzas de reserva: ello nos conduce a examinar los elementos que formarían su estado mayor en la hora de la lucha y compondrían su gobierno tras la victoria.



La camarilla del *Incorruptible* no tenía buena fama en los últimos meses del año II, pese a que sólo se conocía de modo muy imperfecto su misterioso alistamiento y sus verdaderos efectivos. Con todo se sabía lo suficiente para temer la posible entrada en escena de aquella oscura chusma, reclutada entre lo más ambicioso y lo más degradado de la Francia revolucionaria. «Las almas viles que te rodean...», escribía a Robespierre la pobre Lucila Desmoulins, informada por las confidencias de su Camilo. Otros, igualmente informados, se aterraban de los «sicarios» que coleccionaba el sombrío tribuno: «¿Qué esperanza de gobierno podía haber con aquellos satélites ayunos de toda instrucción y toda moral?» Otros había que, no sin satisfacción, advertían que «Robespierre y sus cómplices se perdían por la bajeza de sus agentes». En fin, no faltaban quienes suponían que, «rodeándose de gentes que tenían tantos reproches graves que hacerse», Robespierre se aseguraba astutamente el concurso de agentes seguros, puesto que «con una sola palabra podía mandarlos a la guillotina^[33]».

Sus contemporáneos se limitaron, por lo común, a estas generalidades y si es difícil determinar hoy el contingente de aquella despreciable cohorte, más difícil resulta todavía comprender cómo Robespierre —tan vanidoso, tan distante, apologista de la virtud e infatuado por su educación y por su mérito— pudo plegarse a admitir a semejantes acólitos y asociar a su empresa tan groseros comparsas. Tal vez su enfermiza necesidad de dominio, exasperada por la aversión que le demostraban sus colegas, hallaba razones para satisfacerse en el mando de aquella falange de filibusteros, momentáneamente dóciles y sumisos en la expectativa de grandes beneficios inminentes.

Aventureros, fracasados de todas las profesiones, espías, energúmenos lioneses, jurados del tribunal, abastecedores de la guillotina, ¡qué compañía para el hombre que hablaba en la Convención como amo y se jactaba de regir los comités de gobierno! Si Robespierre se complacía en aquella sociedad era porque entre semejante gentuza, que todo se lo debía, no

había un solo rival al que pudiera temer; les imponía sus órdenes o sus consejos con su superioridad manifiesta y nadie los discutía; Quería a su alrededor subalternos; iguales, no. Y no tenía un solo amigo. Saint-Just y Couthon tenían con él intereses comunes, pero el afecto no tenía parte alguna en su asiduidad. El primero evitaba sentarse a la mesa de Robespierre; cuando acudía a la calle Saint-Honoré, subía a la habitación de su compinche «sin comunicar con nadie». Couthon, por su parte, hacía varios meses que había abandonado la casa. «Allí no estoy seguro, decía a sus colegas de Puy-de-Dôme. Cada día se ve entrar en casa de Robespierre a una docena de matones, a quienes él da de comer». Y se asombraba de que el *Incorruptible* pudiera hacer frente a gastos semejantes. «Mis honorarios, añadía Couthon, apenas me bastan para subsistir con los míos».

Carlota Robespierre, que desde finales de 1792 había vivido en casa Duplay, se peleó con sus dos hermanos, que le dedicaron «el odio más implacable». Carlota prestaba oídos a las galanterías de Fouché, que le propuso el matrimonio, según ella aseguraba, pese a que estaba ya casado con una compañera tan fea como fiel. El mismo Buissart, el abogado de Arras que había apoyado a Maximiliano en sus comienzos y a quien antaño había jurado éste gratitud eterna, ya carecía también de crédito ante sus ojos. A pesar de su ardiente civismo, asustado por lo que sucedía en Arras, no se cansaba de amonestar a su antiguo protegido: «Hace más de cuatro meses que no ceso de advertirte... Se me antoja que duermes y permites que se mate a los patriotas...» No tuvo respuesta. Molesta por aquel silencio, la señora Buissart marchó a París y se presentó suplicante en casa Duplay: «Usted preconiza la virtud, pero desde hace seis meses estamos gobernados por todos los vicios... Nuestros males son muy grandes, pero nuestra suerte está en sus manos...» ¿Fue recibida? Cabe dudarlo. ¿Fue escuchada? Ciertamente no.

En cuanto al segundo Robespierre, «Bonbon», tan adicto, no existía más que para su hermano mayor. Se le consideraba perfectamente nulo, «un verdadero animal, un cántaro que suena cuando su hermano lo golpea». Tampoco él había podido soportar la atmósfera saturada de incienso adulterado que se respiraba en casa de los Duplay: desde que había regresado del ejército vivía en la calle Saint-Florentin.

Quedaban los propios Duplay, que continuaban siendo los fieles adláteres, los turiferarios obstinados de Maximiliano. ¿Habían quizá acaparado a su huésped, tímido, temeroso y suspicaz? ¿O había sido él mismo quien, voluntariamente, se había acurrucado en aquel estrecho ambiente hasta el punto de reducir al mismo su horizonte? ¿Creía que con aquella reclusión en casa de unos obreros se erigía en símbolo y proclamaba tácitamente su desdén por los beneficiarios de la Revolución, los que él llamaba «corrompidos», que se dedicaban a una vida de francachelas, corrían aventuras galantes o se enriquecían?

Mucho había cambiado todo en el mundillo del carpintero desde la noche de julio de 1791 en que, cediendo a un impulso altruista, introdujo en su casa al modesto diputado de la Constituyente. Duplay se había convertido en un personaje: los más influyentes le guardaban atenciones y le halagaban; muchos le envidiaban. Collot d'Herbois le testimoniaba «la seguridad de su amistad franca e inalterable hacia su republicana familia». «Buen ciudadano, padre feliz, tu hijo, firme ya en los principios con que ha sido educado, recogerá una hermosa herencia y sabrá conservarla...» La señora Duplay no se encerraba ya exclusivamente en los cuidados de su hogar y revelaba en la mesa las intrigas que se tramaban alrededor. Simón Duplay, el secretario de la pierna de palo, había adquirido tanta importancia al servicio de Robespierre que se sospechaba de él que hubiera penetrado de noche, por orden de su jefe, en los locales de los comités para sustraer varias carpetas de los archivos.

También las hijas del carpintero se encontraban en primer plano: en aquel Mesidor del año II, la tierna Isabel, casada con Le Bas, acababa de ser madre; Sofía, esposa del ciudadano Auzat, había ido con éste a Bélgica, donde le aguardaba un importante empleo en la intendencia del

ejército: al parecer, «la inconstancia de su corazón» originó allí más de un conflicto. Jamás conoceremos las comunicaciones «estrictamente confidenciales» que mucho más tarde haría Isabel Le Bas a Lamartine sobre este delicado tema y que conducirían al poético historiador a confundir a Sofía con Eleonora. Ésta, por el contrario, poseía una reputación intachable. Se le atribuían todas las virtudes de la madre de los Gracos. Pasaba por «la prometida» de Robespierre. Es probable que los Duplay considerasen, no sin orgullo, la posibilidad de tener por yerno a su ilustre huésped; la misma Eleonora sin duda deseaba unirse a aquel hombre, de quien era «fanática». Pero, salvo una frase de Isabel Le Bas, nada indica que Robespierre abrigase propósito semejante. «No le gustaban las mujeres», ha dicho uno de sus colegas; «sus ideas abstractas, sus discursos metafísicos, sus guardianes, su seguridad personal, cosas todas ellas incompatibles con el amor, no dejaban en él ningún margen a esta pasión».

En sus encantadores recuerdos de juventud, Isabel Le Bas cuenta que iba a menudo, con sus padres y sus hermanas, a pasear por los Campos Elíseos. «Elegíamos generalmente las alamedas más retiradas. Robespierre nos acompañaba... Pasábamos así juntos ratos felices. Estábamos rodeados siempre de pequeños saboyanos. Robespierre gozaba viéndoles danzar; les daba dinero; ¡era tan bueno!... Tenía un perro llamado *Brount*, al que quería mucho; el pobre animal era muy fiel a su amo». Luis Blanc, recogiendo este idílico tema, ha precisado: los paseos de Robespierre sólo se hacen «solitarios» en su pluma; los pequeños saboyanos ya no danzan: «tocan la gaita y cantan aires montañeses» y Maximiliano les trata «con una munificencia tan asidua» que ellos le llaman «el buen señor». De este modo progresan y se embellecen las leyendas. Aparte de que este episodio parece copiado, con copia un poco demasiado clara, de los *Sueños de un paseante solitario*, donde J. J. Rousseau cuenta sus larguezas con los pequeños saboyanos de la Chevrette, no se puede dudar tampoco de que Robespierre emprendiera paseos menos bucólicos.

Desde que había roto con el Comité de Salud Pública y sólo acudía a él de tarde en tarde por la noche, tras la marcha de sus colegas, Maximiliano se concedía el esparcimiento de abandonar París algunas veces. Como se sabe, disponía de un coche, cosa que facilitaba sus desplazamientos, y las invitaciones no le faltaban. Así iba a casa de su amigo Juan Jacobo Arthur, miembro de la Comuna, famoso por haberse comido —según se decía— el corazón de un suizo muerto el 10 de agosto. La áspera demagogia de Arthur se amoldaba sin embargo a los esplendores reales de la señorial posesión de Bercy, que había alquilado para su uso personal con su castillo y su parque, el más hermoso de los alrededores de París. Allí, Robespierre gustaba de pescar los peces del estanque y cuando una hermosa carpa, sacada fuera del agua por su caña, daba los últimos saltos sobre la hierba de la orilla, los jardineros se asombraban al verle apiadarse muy sinceramente de su agonía.

Por otra parte, los habitantes de Issy aseguraban, en el verano del año II, que Maximiliano iba a comer a menudo en su comuna, con Couthon, Hanriot y otros, «en casa del ciudadano Auvray, plomero del que fue rey». Después de la comida se paseaba por el parque de la ex princesa de Chimay, a la sazón encarcelada en París.

Cuando Robespierre iba a Choisy, nunca dejaban de invitar a su guardia de corps Didiée. Armado de un sable y tocado con el bonete rojo, para hacer ostentación ante sus paisanos —que le habían conocido ayudante de cerrajero— de su familiaridad con Maximiliano «se arrojaba a su cuello», le estrechaba en sus brazos, como a un amigo queridísimo perdido diez años antes, aunque se vanagloriaba de no separarse un paso de él e incluso de acostarse a su vera.

Los banquetes se celebraban en casa de Fauvelle, testaferro de Danton —pese a que, tras la muerte del tribuno, había puesto a la venta su casa—, o bien en casa del alcalde Vaugeois, hermano de la señora Duplay, donde Robespierre pasaba la noche algunas veces; el hijo del ciudadano Lebègue le vio allí una mañana «recién levantado, calentándose al fuego». En caso

semejante echaban mano del ex cocinero Louveau para hacer la comida; regaban la calle para que el ilustre invitado no se sintiera molesto por el mal olor e incluso llevaron una vez varios naranjos de los invernaderos del castillo para perfumar la casa.

Las comidas eran ruidosas. Didiée, que tampoco despreciaba los buenos vinos^[34], alardeaba, después de beber, de su inflexibilidad en el tribunal: «Nunca había votado otra cosa que la muerte». Y Fouquier-Tinville, siempre oficioso, susurraba a Vaugeois para agradecerle su pródiga hospitalidad: «Si alguien te molesta en tu comuna, no tienes más que enviármelo^[35]». «No se oía hablar más que de cabezas que había que cortar», diría más tarde un tal Piot.

Decepcionantes revelaciones que modifican la tradicional figura de Robespierre enemigo de la mesa y del ruido, amante de pasear solo sus sombríos sueños. Uno de sus contemporáneos, historiador penetrante, advertía que hacia el final de su carrera Maximiliano, «enervado y desengañado», se entregaba a «vicios nuevos, extraños a su temperamento», que nacidos de la «intolerable perturbación» de su alma, acabarían de extraviar su resolución.

También es cierto que las «orgías» de Choisy no le impedían conservar sus gustos solitarios, ya que «ocho días antes de Termidor», Bosc, un amigo de los Roland que vivía oculto en los bosques desde hacía casi un año y sólo se arriesgaba a salir de ellos disfrazado, se encontró cara a cara con el *Incorruptible* en las viñas de Puteaux. Éste, al reconocerle, murmuró: «¡Yo le creía muerto!» Tanto le sorprendía que pudiera estar vivo aun después de haber pactado con sus enemigos. Este rasgo es más conforme al retrato clásico del personaje que la bajeza de las juergas de Choisy. Sin embargo, no se pueden recusar, en lo que a éstas se refiere, los testimonios concordantes de cincuenta habitantes de una comuna ni las confesiones mitigadas de los compañeros de mesa de Robespierre.

¿Cuál podía ser su actitud en aquellas reuniones, en las que participaban campesinos como el jardinero Baudement o el rasca-tripas Simón? ¿Cómo dejaba de lado su habitual tiesura para no helar la animación de los comensales de Fauvelle o de Vaugeois? Detestaba la trivialidad, pues en el fondo era un aristócrata: un día, en los Jacobinos, se arrancó de la cabeza el bonete rojo que le había encasquetado un entusiasta inoportuno; y sabido es que fue el único de sus contemporáneos que no adoptó nunca la ropa simple y amplia, el pantalón, las botas y la hopalanda flotante que llevaban sus colegas. Siempre afectado con su vestido a la moda de la época de Luis XVI —calzón corto, medias de hilo o de seda— tenía, según unos, el aspecto de «un maestro de danza del antiguo régimen»; según otros, de un «capitalista preparado para el baile». Esto le distinguía, le colocaba aparte, le aislaba más aún. Tal vez gozase con ello de un inconsciente sentimiento de desquite al vestirse como los elegantes, antaño envidiados, del tiempo en que él llevaba prendas ajadas y chaquetillas rotas en los codos.

Las francachelas de Choisy se prolongaron hasta el fin de Mesidor. La última visita de Hanriot tuvo efecto en la tercera década del mes. Robespierre era esperado el 10 de Termidor. Se le reservaba un placer inédito: los Vaugeois tenían preparada una liebre viva a la que debía dar caza su perro Brout.



En aquella misma fecha, 10 de Termidor, se había fijado la fiesta fúnebre en memoria de los jóvenes republicanos José Barra y Agrícola Vala. El programa de la ceremonia, confiado a David, prometía más símbolos aún que el de la celebración del Ser supremo; el cuerpo de ballet de la Opera trabajaría en la fiesta; las bailarinas interpretarían danzas «representando la tristeza más profunda» y arrojando hojas de ciprés sobre las urnas que contenían «las cenizas» (?) de los dos heroicos mancebos. Invitándose a Choisy, en casa de Vaugeois, precisamente aquel día solemne, ¿acaso Robespierre quería un pretexto para eludir su asistencia a la fiesta? Sin duda, su presencia en ella no era indispensable, puesto que ya no era presidente de la Asamblea y desde hacía cinco décadas afectaba separarse de sus colegas. Por otra parte, según ciertos pronósticos —harto aventurados, a decir verdad— aquella fiesta había sido organizada para

ofrecer a sus partidarios una ocasión de agrupar a la Convención y atacar, en un movimiento popular, a aquellos miembros de quienes quisiera deshacerse. La Asamblea, disuelta por aquel golpe de fuerza, sería remplazada por una nueva Constituyente, compuesta por la Comuna de París y el núcleo selecto de los jacobinos, una y otros robespierristas fanáticos.

Aunque no puede demostrarse que Maximiliano preparase aquel golpe de Estado, no podemos menos de considerar singular su premeditación de no asistir a la ceremonia patriótica del 10 de Termidor. De acuerdo con la táctica que tantas veces le había salido bien, ¿quería tal vez desaparecer en el momento de la acción para prepararse una coartada en caso de fracaso? Porque a buen seguro «algo» tramaba y el Comité de Salud Pública, informado de ello o simplemente desconfiado, se ponía a la defensiva enviando al ejército de las fronteras la mitad de las cuarenta y ocho compañías de artilleros que formaban la llamada «artillería de Robespierre»: medida inesperada que indignó a los Jacobinos. Asimismo, el Comité había prohibido una reunión de los miembros de todas las secciones de París, convocados ilegalmente, que había de celebrarse el 8 de Termidor en la casa consistorial, al parecer con el fin de recibir antes de la batalla las consignas definitivas. En fin, dejando aparte los indicios de naturaleza política, siempre sujetos a interpretación y poco convincentes por esa causa, para no fijarse más que en los antecedentes de carácter íntimo, mucho más probatorios, ¿qué significa esta nota escrita por Robespierre en uno de sus cuadernos: «Tener preparado el ejército revolucionario; llamar a París los destacamentos para desarticular la conspiración»? ¿A qué se refiere esta carta dirigida el 25 de Mesidor por Hanriot al alcalde Lescot-Fleuriot: «Estarás contento de mí y del modo como me portaré... Hubiera querido que el secreto de la operación quedase entre nosotros; los perversos nada sabrían»?

La ciudadana Lescot-Fleuriot decía que su marido «estaba muy triste desde hacía varios días, negándose con dureza a manifestarle el motivo de sus preocupaciones». El 2 de Termidor, Hanriot, Fouquier-Tinville y doce personas más fueron a comer con Fleuriot en la alcaldía, instalada en el antiguo hotel del primer presidente del Parlamento; al levantarse de la mesa fueron al jardín a pasear y charlar a sus anchas; tenían aspecto de hallarse «muy ocupados». El amigo Deschamps sabía lo que se cocía, pero no decía nada; sin embargo, su mujer no había ocultado a las comadres de Maisons-Alfort que «algunos que se paseaban por París tranquilamente serían guillotinos sin tardanza» y que entre ellos había «muchos diputados». El fogoso Achard escribía desde Lyon a su compadre Gravier: «Aquí estamos con vivas inquietudes. No dudamos de la victoria... Pero habrá que no entretenerse... Nada de piedad: ¡sangre, sangre!»

¿Por qué Saint-Just, que había pedido prestadas a su cocinero Villers más de dos mil libras, le prometía devolvérselas el 10 ó el 12 de Termidor? ¿Por qué en el jardín Marbeuf, «cinco o seis días antes del 9 de Termidor», Le Bas decía a su joven esposa: «Si no fuese un crimen, te saltaría la tapa de los sesos y luego me mataría yo. Por lo menos, moriríamos juntos. ¡Pero está ese pobre niño...!»?

Evidentemente, los íntimos de Robespierre esperaban un acontecimiento cuyo desenlace les parecía incierto y en aquel 10 de Termidor que se acercaba sabían que había de producirse la crisis decisiva.

Capítulo V

TERMIDOR

El 8 de Termidor se perfila la situación. Robespierre —que desde un mes atrás se había presentado en la Convención muy pocas veces— compareció aquel día: se decía que iba a hablar. Ante semejante noticia, la sala, por lo general bastante vacía, se había llenado como en las grandes ocasiones: el público que se apretujaba en las tribunas, en el salón de la libertad, en la galería de los peticionarios y ante la barandilla llegaba hasta los escaños reservados a los diputados. Era lo acostumbrado: a despecho del reglamento, los solicitantes que buscaban a un representante o incluso los simples curiosos penetraban en el hemiciclo y se instalaban en sus bancos. Allí se circulaba como en la calle, sin descubrirse, y los mismos diputados sólo se quitaban el sombrero cuando, en algún momento de tumulto, el presidente —que permanecía con la cabeza descubierta— se cubría para devolver la calma a la sesión.

La sala de la Convención era muy grande, mucho más larga que ancha y sobre todo singularmente alta. Vista desde las tribunas públicas, ofrecía el aspecto de un foso estrecho y profundo, siempre rumoroso. Diez filas de bancos cubiertos de badana tafileteada se escalonaban en graderías que formaban curva en los ángulos; por el centro los cortaba un largo pasillo, la «barandilla», donde se detenían las diputaciones. Frente a las graderías, la tribuna, bastante baja; se subía al balcón donde hablaban los oradores por cinco escalones en cada lado; detrás se hallaba la mesa del presidente, un poco más elevada, y en el mismo plano, a derecha e izquierda, las mesas de los secretarios. Toda la construcción era elegante, de madera de tilo y de arce, adornada con quimeras, rosetones y coronas bronceadas, destacándose sobre un fondo verde antiguo. Los escalones de la tribuna eran de caoba. El contorno de la sala estaba revestido, hasta cierta altura, de colgaduras verdes bordadas en rojo, que caían en grandes pliegues; más arriba, sobre un fondo ocre, aparecían ocho enormes figuras de los sabios de la antigüedad, pintadas al temple. Un opulento trofeo de banderas tomadas al enemigo formaba un dosel de gloriosos jirones al sillón presidencial, bello mueble, tapizado «a la romana» según diseño de David.

Aquel día lo ocupaba Collot d'Herbois. Robespierre, en la tribuna, leía desde hacía casi una hora: su voz monótona, seca y frágil, caía en un silencio impresionante, preñado de expectación y prevenciones. ¿A qué conducían aquellos pomposos periodos? ¿Eran quizá un manifiesto de clemencia? ¿Un acto de contrición, el reconocimiento de los errores cometidos, una llamada a la concordia, un ataque pérfido, una declaración de guerra o una confesión de impotencia? Todo al mismo tiempo, en desorden, con rodeos, repeticiones, reticencias y, en algunos puntos, sinceros acentos de soberbia melancolía. Aquel discurso, trabajosamente escrito, carecía de plan y más aún de claridad. De vez en cuando era una apología personal: el orador insistía en sus largos servicios y los peligros incesantes que le amenazaban, en la ingratitud y la mala fe de sus colegas: «Somos nosotros a quienes asesinan y a nosotros mismos nos pintan temibles». Tenía «el corazón marchito por la experiencia de tantas traiciones»; no era «más que un pobre hombre expuesto a los ultrajes de todas las facciones», a quien los perversos, para perderle, habían atribuido «una importancia gigantesca y ridícula». Denunció a «los monstruos que habían arrojado a los patriotas a las mazmorras y llevado el terror a todos los ámbitos». Habló de la lista, la famosa lista de las cabezas que se decía que él reclamaba; apenas podía creer tan espantosa perfidia: «¿Es cierto que han convencido a cierto número de diputados irreprochables de que su perdición estaba decidida? ¿Es cierto que se ha propalado con tanto arte y audacia la impostura de que muchos de nuestros colegas ya no se atreven ni siquiera a vivir en sus casas por la noche?»...

¿Le habían calumniado, pues? Hubo quien respiró tranquilo. Mas he aquí que en aquella menestra de alta elocuencia y chismes entremezclados aparecieron una vez más diversas

alusiones inquietantes a «algunos malvados, autores de todos nuestros males», a los «diputados pérfidos», a «la liga de los bribones, que tiene cómplices en el Comité de Seguridad General» y a la que estaban afiliados «algunos miembros del Comité de Salud Pública». Por lo tanto, ¿no renunciaba a vapulear a sus enemigos? ¿Qué creer? Robespierre pasó sobre aquel tema, sin precisar, y arremetió luego contra «el vergonzoso sistema del Terror» y la perversidad de los agentes subalternos que reclutaban gente para el cadalso: «Depuremos la vigilancia nacional en vez de emplear los vicios; las armas de la libertad sólo deben ser empuñadas por manos puras». Esto iba para Héron, Sénar y su banda, para Vadier que les daba trabajo; la buena gente de la Asamblea estaba a punto de aplaudir, pero se abstuvo de ello porque el orador iniciaba el elogio del sistema que acababa de vituperar: «Sin el gobierno revolucionario, la República no puede consolidarse... Si hoy lo destruimos, mañana no tendremos libertad... En la carrera en que nos hallamos, detenerse antes del final es perecer...» ¿Ah, de modo que no reprobaba los excesos cometidos? Todo lo contrario: «Nosotros no hemos sido demasiado severos... ¡Se habla de nuestro rigor y la Patria nos reprocha nuestra debilidad!»

Al leer esta desconcertante alocución se comprende que produjera un efecto de estupor en quienes la escucharon. Aquel extravagante sistema de «péndulo» destinado a tranquilizar a unos amenazando a los otros, sin designar a nadie, conducía a una especie de asombro. En el discurso había de todo, excepto un punto donde asirse: Robespierre vertía en él su bilis contra los hombres que el día del Ser Supremo, «en medio de la alegría pública», habían insultado al presidente de la Convención Nacional que hablaba al pueblo congregado. «¡Ah!, no me atrevo a nombrarles en este momento ni este lugar...» Tampoco nombraba a quien, «para multiplicar el número de los descontentos», había ofrecido a la malevolencia pública el relato de una supuesta conspiración de «unos cuantos devotos imbéciles», encontrando en él «un tema inagotable de sarcasmos indecentes y pueriles».

Tras haber aludido a Vadier atacó a Carnot y a Prieur, pero sin mencionar tampoco sus nombres: «La administración militar se envuelve en una autoridad sospechosa». Incluso insinuó que había pactado con el enemigo: «Inglaterra recibe mejor trato de nuestras armas que de nuestros discursos». Se le podía objetar que Francia había vencido; pero Robespierre denigró aquella victoria: «No hace sino envalentonar la ambición, *dormir el patriotismo*, despertar el orgullo y abrir con sus brillantes manos la tumba de la República». Esas máximas consternadoras alternaban con apóstrofes idealistas —«¡No, Chaumette, no, Fouché, la muerte no es un sueño eterno!»— o desahogos que revelaban toda la amargura de un corazón que se creía tierno y en realidad no estaba más que ulcerado: «¡Han llegado a cargar sobre mí todas sus iniquidades, todos los rigores ejercidos para la salvación de la Patria!»... «Todo hombre que se eleve para defender la moral pública se verá abrumado de vejaciones y proscrito por los truhanes».

Conclusión: sacudir el yugo de los Comités, depurarlos, es decir, excluir de ellos a todos los malvados, hostiles a Robespierre, y «constituir la *unidad de gobierno* bajo la autoridad suprema de la Convención».

La posteridad debe destacar en este discurso el cuadro lamentable que muestra de la situación del país después de tres años de revolución: «la intriga y el interés, triunfantes»; «todos los vicios, emancipados»; la Patria, «repartida como botín»; el mundo, «poblado de incautos y bribones»; la virtud, «sospechosa y denigrada»; la administración, «fomentando el agiotaje», esquilmando al pueblo, aquel mismo pueblo «temido, adulado y despreciado»; la indignidad de los agentes del gobierno; «la perfidia, la imprevisión, la corrupción, la perversidad y la traición, enseñoreadas del poder»; «el cuerpo legislativo, envilecido»... Si algún historiador de nuestros días se atreviera a trazar una imagen tan negra de la obra de la Convención, sería anatematizado, despreciado, tratado de renegado, blasfemo y anti francés; sin embargo, no hubiera hecho más que reproducir la opinión de Robespierre, que no era tenido por retrógrado

ciertamente.

Pero en aquella circunstancia había cometido una torpeza irreparable: había creído hábil la táctica de esconder las uñas, aunque dejándolas adivinar, y hacer caer sobre otros, anónimos, la responsabilidad del Terror, de la que se declaraba «completamente ajeno», olvidando su ley de Pradial. Mas la desconfianza de sus oyentes estaba demasiado alerta para que se dejasen enredar por aquella táctica. Y cuando, tras doblar sus papeles, descendió de la tribuna, el efecto causado por su tenebroso discurso demostró ser muy distinto del que esperaba.

La Asamblea vacilaba. ¿Qué hacer? ¿Se doblegaría una vez más o exigiría aclaraciones? En vez de calmar las angustias, Robespierre había venido a avivarlas y muchos se reconocían en los retratos que había trazado. ¿Habría que intentar lisonjearle o plantear inmediatamente un antagonismo decidido? Lecointre y Barère se inclinaron por el primer sistema y pidieron «la impresión del discurso». La moción fue acogida con frialdad. Couthon fue más allá: propuso no sólo la impresión, sino además su envío a las cuarenta y cuatro mil comunas de la República, sanción ordinaria de la aprobación unánime. La Convención cedió, obedeciendo, pero evidentemente sin entusiasmo.

No obstante, Vadier no podía permanecer callado desde que escuchó a Robespierre calificar de pueril e indecente su informe sobre la «Madre de Dios». Apareció, pues, en la tribuna, alto, flaco, grave y cómico, y con tono penetrante manifestó a sus colegas su dolorosa sorpresa. ¿Cómo? Aquel famoso informe sobre Catalina *Theos* ¿no se refería más que a una farsa ridícula? ¡Aquella gran conspiradora quedaba reducida a «una mujer digna de desprecio»!

—¡Yo no he dicho eso! —interrumpió Robespierre.

Era la primera vez en mucho tiempo, al parecer, que ante la contradicción se batía en retirada; y es notable que esta actitud, que tanto debía costar a su orgullo, se produjera a propósito de la profetisa... Vadier continuó, desdeñoso, y defendió su informe, compuesto «en ese tono de ironía idóneo para vencer el fanatismo». Pero ofreció algo más:

—He recogido inmensos documentos. Haré entrar esta conspiración en un marco más imponente... Ustedes verán... verán figurar en ella a todos los conspiradores antiguos y modernos.

Estimulado por el ejemplo de Vadier, le sucedió Cambon en el uso de la palabra: «Ya es hora de decir toda la verdad: un solo hombre paraliza la Convención ¡y ese hombre es Robespierre!» Estallaron los aplausos. Maximiliano se revolvió, reclamando la libertad de decir su opinión. De todos los puntos de la sala brotó el mismo grito: «¡Eso es lo que todos reclamamos!» Panis, aterrorizado, suplicó que se le dijera si su cabeza estaba amenazada. Intervino Billaud-Varenne: «¡Que el discurso que acabamos de oír sea sometido a los Comités antes de imprimirse!»

—¡Ah! ¿Cómo? —gimió Robespierre— ¿Enviar mi discurso al examen de los miembros a los que acuso...?

Entre los murmullos se elevó una voz:

—¡Entonces, nómbrelos!

—Sí, ¡nómbrelos! —Insistieron varias más.

Pero Maximiliano era obstinado. La sublevación de aquella Asamblea que tiempo atrás había dirigido a su antojo le irritaba y desconcertaba. Fuera por sumisión, cólera o desprecio aseguró que no intervendría lo más mínimo en lo que se decidiera «para impedir el envío de su discurso». Mientras abandonaba la tribuna e iba a sentarse al lado de Couthon, con quien conversó «con aire inquieto», los representantes se caldearon. Parecía que despertase la Convención. Todos cuantos hablaron contra Robespierre y contra las exigencias de «su herido amor propio» fueron aplaudidos. El decreto fue retirado: el discurso no se enviaría a los departamentos.

Era el fracaso. El *Incorruptible*, que se había levantado en el momento de la votación, «se dejó caer sentado sobre su banco» y el tembloroso Mailhe, que estaba muy cerca de él, le oyó

suspirar: «¡Estoy perdido!»

A las cinco salía vencido de las Tullerías y regresó a casa de los Duplay, donde comió. Se dice que fue luego con las hijas del carpintero a tomar el aire en los Campos Elíseos. La víspera había dado ya en su compañía el mismo paseo y se había mostrado alegre hasta el punto de ponerse a cazar abejorros, como un colegial en vacaciones. Cuando llegó la hora de volver a la ciudad para acudir a los Jacobinos, caía la tarde. Maximiliano se detuvo a contemplar la puesta de sol. Era uno de aquellos hermosos atardeceres del tórrido verano del año II. El cielo se extendía purísimo, de oro y de púrpura, por encima de las colinas de Chaillot. Eleonora Duplay quiso ver en ello un presagio:

¡Buen tiempo para mañana! —dijo.



En los Jacobinos, el ambiente olía a pólvora. La iglesia donde se reunía el club estaba abarrotada. Robespierre fue recibido «con aclamaciones desenfrenadas». Sabían las afrentas que le habían sido infligidas en la Convención y juraron vengarle, vencer o morir con él.

Robespierre dio lectura a su discurso, que escucharon con pataleos de entusiasmo. Cuando hubo terminado, impuso silencio a los aplausos y dijo con el tono de quien se siente cansado de la vida:

—Este discurso es mi testamento. La coalición de los malvados es tan fuerte que no puedo esperar escapar de ella. Sucumbo sin pena: os dejo mi memoria y vosotros la defenderéis.

Ante los gritos de la asistencia y la emoción que la recorría, Robespierre percibió la fuerza de que disponía y lanzó una llamada a la insurrección:

—¡Liberad a la Convención de los malvados que la oprimen! ¡Id y salvad la libertad!

En medio del tumulto de las ovaciones, los reunidos votaron la exclusión de todos los diputados que hubieran rechazado la impresión del discurso. Dos de ellos se encontraban allí, Collot y Billaud. Los asistentes se arrojaron sobre ellos y les arrancaron de su banco. «¡A la guillotina!» Los zarandearon, golpearon y echaron fuera. Llameantes de cólera, regresaron al Comité de Salud Pública. En la cámara de las columnas, sus colegas se hallaban reunidos en sesión secreta. Unas cuantas lámparas, algunos quinqués blancos con adornos de oro, iluminaban las mesas. Era medianoche y todos trabajaban en silencio. Carnot, algo apartado, estudiaba unos planos. En una mesa aislada, Saint-Just escribía; su presencia estorbaba a los demás, que tenían medidas que adoptar en previsión del siguiente día, amenazador de tormenta.

Al ver entrar a Collot, resoplando de cólera, y a Billaud, lívido de rabia, Saint-Just les interpeló con el tono más tranquilo, impenetrable y socarrón: «¿Qué ocurre en los Jacobinos?» Collot midió la alfombra a grandes pasos como para calmarse. De pronto se precipitó sobre «el mocososo» y le agarró por un brazo:

—¿Estás redactando nuestra acta de acusación?

Saint-Just, cortado, balbució algo. Collot le zarandeo, repitiendo su pregunta:

—¿Estás redactando nuestra acta de acusación?

—¡Bueno! Pues, sí, Collot, no te equivocas, escribo tu acta de acusación.

Y volviéndose a Carnot, añadió:

—Tampoco de ti me he olvidado.

Se trabó una lucha. ¿Detendrían a aquel rebelde? No tenía el derecho de hablar a la Convención sin haber sometido su informe al Comité; que lo leyese y verían... Saint-Just puso manos a la obra y reanudó su escritura, afectando calma. No abandonaría su puesto hasta el alba, escribiendo siempre, acechando lo que se decía y procurando sorprender lo que se preparaba a su alrededor.

Durante toda la noche, en las antecámaras, los diputados permanecieron alerta. La puerta estaba bien guardada; nadie pudo entrar. Ninguno de los miembros del Comité abandonó la sala de las columnas. Vigilaban a Saint-Just, que no cesaba de escribir. Esperaban la

comunicación que había anunciado. A primeras horas de la mañana advirtieron que había desaparecido. A toda prisa aprovecharon su ausencia para redactar una proclama dirigida al pueblo y para discutir la detención del general Hanriot.

Apareció Couthon a lomos de su gendarme. Se informó. ¿Qué hacían? Nuevas disputas: «¡Detener a Hanriot! ¡El más puro de los patriotas! ¿Acaso se habían conjurado a desencadenar la contrarrevolución?»

Pasó el tiempo en discusiones inútiles. Saint-Just no había regresado y estaba ya próxima la hora de acudir a la Asamblea: la sesión comenzaría muy pronto. Abrieron la puerta. ¿Saint-Just por fin? No: un ujier. Este presentó un papel. Era de Saint-Just: «La injusticia ha cerrado mi corazón. Voy a abrirlo enteramente ante la Convención».

Mientras le aguardaban en el Comité, Saint-Just —como hombre que tenía plena confianza en el desenlace de la jornada— paseaba, según su costumbre, por las alamedas del bosque de Bolonia, en uno de los hermosos caballos que tenía requisados. Robespierre demostraba idéntica seguridad.

Salió de su casa tras el desayuno, tomado «en familia». Al consejo de Duplay, que le recomendaba que desconfiara, respondió que estaba tranquilo: «La masa de la Convención es pura...» Mejor rizado y más acicalado aun que de ordinario, se había puesto su bello uniforme de seda violeta y su calzón amarillo de mahón del día del Ser Supremo. Rodeado de sus guardias de corps con garrotes, llegó a las Tullerías, donde era grande el ajeteo: las tribunas rebosaban desde las cinco de la mañana, así como las antesalas, los pasillos, la barandilla y el mismo recinto de los diputados, obstruidos por un gentío turbulento en el que figuraban muchos de los ayudantes de campo de Hanriot y jacobinos de renombre. El ruidoso público de las tribunas, que tenía prisa en manifestarse, aplaudió la entrada de Robespierre, que se colocó, tal como hacía habitualmente, en la primera fila de la Montaña, muy cerca de la tribuna.

A las once, los diputados se hallaban en sus puestos. Thuriot ocupaba el sillón, aguardando al presidente, Collot d'Herbois, retenido en el Comité. Entre el ruido de las conversaciones y la indiferencia de todos, los secretarios leyeron la correspondencia y el proceso verbal de la víspera.

De pronto comenzó el drama. Saint-Just subió a la tribuna: rostro severo sumido en una amplia corbata de pretencioso nudo; casaca color gamuza, calzón gris claro, chaleco blanco, anillos de oro en las orejas. Al punto salieron los ujieres hacia los Comités para advertir a los rezagados; los paseantes de las galerías refluieron a la sala. Del Comité de Salud Pública llegaron corriendo todos los miembros, excepto Carnot: acababan de despachar a la Comuna al ujier Courvol, portador de una orden en la que se urgía a Hanriot y Payan que compareciesen ante la Convención. Incluso se había hablado de encarcelar a todos los Duplay para aislar a Robespierre de su cuartel general.

Saint-Just habló: su comienzo fue solemne. De repente, Tallien saltó a la tribuna, empujó al orador y le arrebató el puesto. Comprendiendo que atacaba a Robespierre, lo acogieron con calurosos aplausos. Le sucedió Billaud: con su fraseología sonora y potente excitó a la Asamblea a la resistencia y al valor:

—La Asamblea perecerá si se muestra débil...

—¡No! ¡No!

Todos los representantes se habían puesto en pie, agitando sus sombreros con los brazos en alto. Le Bas se sublevó y quiso protestar, pero los gritos de «¡Orden, orden!» Le hicieron callar y, aunque insistió, lo redujeron al silencio. La Convención hervía después de tantos meses de catalepsia: de sus filas tumultuosas ascendía el rugido amenazador del volcán cuyo fuego interior se reanima. Los jadeantes apóstrofes de Billaud eran interrumpidos por los aplausos, por clamores semejantes a gritos de liberación. Animado por aquel éxito, redobló sus golpes. Todas sus palabras llevaban veneno y cuando Robespierre, rabioso, se lanzó a la tribuna para

ocuparla, un gran alarido le detuvo: «¡Abajo! ¡Abajo el tirano!» Tallien relevó a Billaud, que estaba sin aliento, pero permaneció a su lado para respaldarle.

Robespierre había conseguido subir los escalones y se erguía contra ellos, codo a codo, dispuesto a aprovechar el primer respiro para tomar la palabra. Pero Tallien estaba lanzado, blandía un puñal para atacar «al nuevo Cromwell» y exigía el castigo «de los hombres crapulosos y libertinos que le servían».

La Convención aclamaba, se sentía renacer. Llovieron los decretos: detención de Hanriot y de sus ayudantes de campo, de Dumas, presidente del odioso tribunal, de Boullanger, de Nicolas, de Payan, de todo el estado mayor, de todos los ayudantes de los conspiradores. Cuando el orador tomaba aliento, Robespierre intentaba interrumpir, pero la campana del presidente cubría su voz, ya quebrada, y estallaba un huracán de imprecaciones: «¡Abajo! ¡No tienes la palabra, tirano!» Y reclamaron a Barère, que subió a la tribuna.

A la sazón eran cuatro los que ocupaban el estrecho espacio. Maximiliano, rechazado y debatiéndose por mantenerse, tuvo que ceder terreno, pero se quedó al pie de los escalones, con el sombrero en la mano, muy cerca de Couthon, a quien su gendarme había depositado allí, y de Saint-Just, impasible, con los brazos cruzados, semejante a una figura de mármol apoyada en la armazón de la tribuna. Después de Barère, Vadier recogió su tema predilecto: por décima vez repitió la historia de la «Madre de Dios», con toda suerte de precauciones oratorias, sembrándola de alusiones «al astuto personaje que sabía utilizar todas las máscaras... al tirano que había usurpado las atribuciones del Comité de Seguridad General...»

—Si ese tirano se dirige especialmente a mí es porque yo he hecho sobre el fanatismo un informe que no le ha gustado. Y ésta es la razón: bajo el colchón de la «Madre de Dios» había una carta dirigida a Robespierre. Esta carta le anunciaba que su misión estaba predicha por Ezequiel... Entre los documentos que luego he recibido se halla otra carta, de un tal Chénon, notario de Ginebra, que, figura a la cabeza de los iluminados: en ella propone a Robespierre ¡una constitución sobrenatural!

Desde todos los puntos de la sala y desde las tribunas, las carcajadas sarcásticas flagelaron a Robespierre, que pateaba impotente. Pero Vadier no se detenía: hizo chacota de «la modestia de Maximiliano», cosa que provocó una estrepitosa hilaridad; y descubrió el espionaje ejercido por el *Incorruptible* sobre aquéllos de quienes sentía celos: «Por lo que a mí se refiere, me había asignado a un tal Taschereau, que me seguía a todas partes, hasta las mesas a donde yo era invitado...» Las risas se redoblaron y el viejo fantoche, satisfecho de su éxito, hubiera continuado así indefinidamente si Tallien, advirtiendo que las cóleras decrecían, no hubiese interrumpido sus gasconadas «para devolver la cuestión a su verdadero punto».

Robespierre se lanzaba ya a la tribuna. «Yo sabré devolverla...», gritó. Pero le hicieron callar la campanilla y las vociferaciones. Retrocedió. No hablaría: era inútil que hablase. Tallien le abrumó, le laceró, le abofeteó con apóstrofes mortificantes: «Este hombre, cuya virtud y cuyo patriotismo se proclamaron a todos los vientos, se ocultó el 10 de agosto y no apareció hasta tres días después de la victoria... Cuando nuestros ejércitos se hallaban en situación crítica, este hombre, para calumniar a sus colegas, desertó del Comité de Salud Pública, que ha salvado a la Patria sin él...»

Jadeante, vilipendiado, acorralado bajo tantas injurias y maldiciones, el desgraciado rugía. Todos le veían, extraviado, subiendo los escalones con furia, como quien busca dónde ocultarse, y aclamando: «¡La muerte, la muerte!» Una voz le respondió: «¡Mil veces la has merecido!» Y él repetía, alucinado, implorando el golpe de gracia: «¡La muerte, la muerte!»

Se propuso el decreto de acusación en medio del alboroto: toda la Asamblea, en pie, aclamó la moción con impulso unánime. Maximiliano, haciendo acopio de sus fuerzas, pudo lanzar un grito de estertor:

—¡Presidente de asesinos! Por última vez, dame la palabra^[36]...

—Vosotros lo habéis oído, ciudadanos —apoyó Barère, dirigiéndose al público de las tribunas, cuya actitud, al principio favorable a Robespierre, se volvía contra él a medida que parecía perdida su causa. De arriba abajo, la inmensa sala resonó con un ensordecedor griterío; la atmósfera, supercaldeada, se hacía sofocante.

El tribuno acorralado, fuera de sí, profería invectivas que nadie oía y amenazaba con el puño. El presidente se cubrió con el sombrero y al punto se apaciguó la tormenta. Puesto a votación el decreto que ordenaba la detención de Robespierre, la Asamblea lo aprobó por unanimidad entre grandes voces de «¡Viva la República!» y «¡Viva la libertad!», anatema contra aquel paria cuya defensa nadie intentaba... Pero, ¡sí! En primer lugar su hermano: «Bonbon» se lanzó hacia Maximiliano, le tomó la mano y pidió morir con él.

—¡Que se vote la detención del joven Robespierre! —gritó un implacable.

También se aprobó este decreto, que había sido acogido con aplausos. En un grupo, gran agitación, un movimiento de lucha: era Le Bas, a quien sus colegas sujetaban por los faldones de la levita, mientras él intentaba desasirse.

—¡Yo también! ¡Yo también! ¡No quiero compartir el oprobio de ese decreto!

Se soltó al fin y fue a colocarse junto a sus dos amigos. La detención de Le Bas fue votada también sin discusión: la Convención se desquitaba con el frenesí de un miedoso que se siente seguro. Luego habló Fréron: se felicitaba de ver por fin a la Patria y la libertad resurgir de sus ruinas.

—Sí, los bandidos triunfan —masculló amargamente Robespierre, que parecía haber recobrado su insolente altivez.

Su hermano, aún tembloroso, amenazó al orador:

—¡Antes del final del día habré atravesado el corazón de un malvado!

Fréron no le hizo caso. Pronunció los nombres de Couthon y Saint-Just. Nuevo decreto de acusación y nuevos clamores de júbilo.

Era el final. La batalla había durado tres horas. La Asamblea, para demostrar que «el incidente» quedaba liquidado, afectó escuchar la lectura de un informe sobre los subsidios asignados a los defensores de la Patria: juzgaba «majestuoso», digno del Senado romano, reanudar sus tareas sin volver a pensar en sus inquietudes superadas. Pero todas las miradas se dirigían a los cinco proscritos, que no abandonaban la cercanía de la tribuna. Maximiliano estaba sentado en su lugar de costumbre y su hermano a su lado. Un ujier se acercó a ellos y les presentó la ampliación del decreto de acusación. Maximiliano tomó el papel, lo recorrió de un vistazo, lo colocó sobre su sombrero y continuó charlando con «Bonbon». Su mero aspecto asustaba a sus vencedores. Uno de ellos alegó que «los conspiradores manchaban el recinto de la Convención». Robespierre contestó con toda calma: «Aguardamos el fin de...» Pero se levantó un vocerío formidable: «¡A la barandilla! ¡Tirano! ¡A la barandilla!» Tenían miedo de volver a oírle... La barandilla constituía el límite convencional del pretorio sagrado. Para un diputado, «cruzar la barandilla» era el símbolo de la exclusión. El presidente hizo una señal a los ujieres. Pero éstos vacilaron, sin atreverse a actuar: nadie sabía lo que podía reservar el día de mañana y entregado al tribunal, que era plenamente adicto a su persona, Robespierre podía ser absuelto, como antes lo había sido Marat, y devuelto triunfalmente a su escaño de diputado por el populacho delirante. Al fallar los ujieres, fue preciso llamar a los gendarmes, que mostraron más audacia: los gendarmes se acercaron a los acusados; uno de ellos cargó a Couthon a su espalda.

—Salgamos —susurró Robespierre—. Salgamos en bloque; hará más efecto.

Los soldados les empujaron hacia fuera y desaparecieron con ellos en la galería baja de los peticionarios.

Al ver desaparecer al tirano derribado, muchos presentían ya que la Revolución se iba con él.



Al enterarse de la detención de Robespierre, Hanriot montó a caballo y seguido de varios ayudantes de campo, entre los que se hallaba el vendedor de medias Deschamps, el efímero castellano de Maisons-Alfort, se lanzó al asalto de la Convención. Por desgracia, en el arrojamiento del momento se equivocó de dirección y corrió, en galope desenfrenado, hacia el barrio de Saint-Antoine, lugar absolutamente tranquilo que nada sabía de los acontecimientos. Así fue grande el asombro de los habitantes del barrio a la vista de aquellos jinetes que parecían, derrotados, huir a rienda suelta hacia Vincennes, aunque gritaban: «¡A las armas! ¡Triunfan los bribones y los malvados!» La gente volvió a sus casas, más asustada que enardecida por aquella manera de inflamar los ánimos. Al cabo de un rato vieron pasar de nuevo a Hanriot que, orientado por fin, volvía a la plaza de la Grève, arrastró consigo a los gendarmes apostados en aquel punto y, siempre corriendo, gritando, jurando y dando la alarma, se dirigía por la calle Saint-Honoré hacia el Comité de Seguridad General.

La sede del Comité no se hallaba en las Tullerías mismas, sino en un gran hotel muy cercano al castillo, que se comunicaba con éste por un pasillo de tablas. Allí habían sido conducidos, al salir de la Convención, Robespierre y sus cuatro compañeros; y estaban comiendo cuando de pronto, hacia las cinco y media, se oyó un gran tumulto, pasos apresurados en la escalera, ruido de sables golpeando los escalones; la puerta se abrió de golpe y apareció Hanriot. Con una impetuosidad que hacía más honor a su valentía que a su estrategia, dejando a sus gendarmes en la calle, se había precipitado, seguido de Deschamps y de otro, en el interior del edificio y arrollando a los ujieres, empleados y mozos, había llegado hasta el salón donde varios agentes vigilaban a quienes él venía a libertar. Pero la puerta se cerró tras él, mientras le hacían prisionero y desarmaban, así como a sus dos acólitos. Rabioso pero inmovilizado, lo arrastraron al Comité de Salud Pública.

La muchedumbre crecía alrededor de las Tullerías, apiñándose en los patios, en la terraza y al pie del gran anfiteatro elevado para la ceremonia del Ser Supremo. Este anfiteatro se había conservado con vistas a la fiesta de Barra y Vala, que debía celebrarse al día siguiente y que la Convención acababa de aplazar a una fecha posterior a causa de los acontecimientos. Los grupos, ansiosos de noticias, permanecían a pie firme bajo el agobiante calor, entre los remolinos de aire abrasador y las nubes de polvo. La calma reinaba en torno al palacio. La Convención había dado la sesión por terminada.

Un poco antes de las seis, Le Bas fue conducido por unos agentes de la Seguridad General hasta su domicilio para asistir a la colocación de los sellos. Hacia las siete, Hanriot, que continuaba atado con cuerdas, atravesó los patios, escoltado por gendarmes que lo llevaron de nuevo al Comité de Seguridad; fue abucheado al pasar.

Poco más tarde se supo que la Asamblea había reanudado la sesión. Lúgubre comienzo. Las noticias eran desastrosas: la Comuna se había sublevado; los Jacobinos pactaban con ella; tocaban a rebato en el Ayuntamiento: la llamada resonaba en las secciones y los barrios populosos se alzaban. Una considerable fuerza armada se congregaba en la plaza de Grève. Los municipales ponían en libertad a Payan, Nicolas, Taschereau y otros, todos aquellos cuya detención había ordenado el Comité de Salud Pública. La situación era trágica: de un momento a otro, la Convención podía ser asaltada en su palacio por el ejército revolucionario y no tenía más defensores que sus puestos de granaderos y ciento cincuenta inválidos indisciplinados.

Por prudencia, el Comité de Seguridad General se deshizo de sus prisioneros y con la excepción de Hanriot, a quien conservó a la vista, evacuó a todos los demás: Couthon fue conducido en simón a la prisión de Port-Libre; Saint-Just, a la de los Escoceses; Robespierre, escoltado por el ujier Filleul y los dos gendarmes Chanlaire y Lemoine, asimismo en simón, a la prisión del Luxemburgo; su hermano y Le Bas, a La Force... La desgraciada Isabel Le Bas, ansiosa y estremecida, acudió allí dos horas más tarde; había amontonado en un coche alguna ropa blanca, un colchón, un catre de tijera y una colcha para evitar a su querido Felipe las

incomodidades de la mazmorra. Ante la prisión se había congregado un gentío vocinglero. Varios delegados de la Comuna liberaban a los detenidos. Isabel vio de lejos salir a su marido, que se dirigía al Ayuntamiento, donde le requerían. Tomó el brazo de Isabel, la animó y la exhortó a regresar a su casa... Sin dejar de caminar, «le hizo mil recomendaciones acerca de su pequeño Felipe», que acababa de nacer: «Críale con tu leche. Inspírale el amor de la Patria; dile que su padre murió por ella...» Se mostraba firme y sombrío; ella lloraba, apretándose contra él, sollozando a cada «adiós» de su amado. Finalmente, por la calle Martroi llegaron a la plaza de Grève. Un último beso.

—Vive para nuestro hijo. Inspírale nobles sentimientos, esos que alientan en tu alma... ¡Adiós, Isabel mía! Adiós...

Se separó de ella, subió las escaleras y desapareció entre la confusión y el gentío que obstruían la entrada del Ayuntamiento. Ella hubo de permanecer aún mucho rato en medio de los cañones y los caballos de las tropas reunidas ante el viejo palacio municipal, iluminado, como en los días de fiesta, por un cordón de farolillos que humeaban sobre la cornisa del primer piso. Con su estrecha puerta central, sus dos grandes arcos abiertos bajo los macizos pabellones de altas techumbres cargadas de monumentales chimeneas, que flanqueaban su elegante fachada llena de esculturas, sus largos tragaluces, sus gárgolas y su esbelto campanario, cuya campana tocaba a rebato, como el pulso febril de la ciudad en conmoción, se elevaba la casa consistorial, maravillosa construcción del siglo xvi, delicada en su vetustez, al fondo de aquella plaza exigua e irregular, encuadrada por casas de gabletes triangulares, carcomidas y ruinosas. De las profundidades de las tortuosas calles desembocaban continuamente partidas armadas que aclamaban a los munícipes al ver las siete ventanas iluminadas del gran salón donde éstos se hallaban reunidos.

En efecto, desde las seis de la tarde la Comuna legislaba en medio del tumulto, mal informada sin embargo de los acontecimientos. ¿Dónde estaban los diputados proscritos? ¿Dónde estaba Hanriot, el hombre indispensable? Prisioneros del Comité de Seguridad, según se decía. Coffinhal, vicepresidente del tribunal Revolucionario y enérgico robespierrista, se ofreció a ir a buscarles. A eso de las ocho salió, llevando consigo a varios artilleros, y corrió al hotel del Comité de Seguridad General, atravesó el patio como una tromba, derribó las puertas y sólo encontró a Hanriot; liberó al estupefacto general y éste, apenas se vio desatado, se disparó en improperios contra los gendarmes que habían permitido que le echaran mano. Luego montó a caballo y se dirigió al Carrusel, donde sus artilleros aguardaban órdenes precisas desde hacía tres horas. No tenía más que hacer un gesto y la Convención estaba perdida. Paralizada por la emoción, ésta parecía ofrecer su cuello a los verdugos. Excepto Carnot, que imperturbable trabajaba solitario, todos los miembros de los Comités habían desertado de sus puestos para refugiarse en la sala de sesiones. Presidía Collot, quien advirtió a sus colegas que los locales de la Seguridad General se hallaban en poder de los malvados y que «había llegado la hora de morir».

Hora solemne y siniestra. En aquella sala sombría y profunda, iluminada por algunos quinqués dos arañas pendientes del techo de papel pintado y las altas lámparas de cuatro brazos que se alzaban a cada lado de la tribuna, se percibían, atenuados, los ruidos del exterior. Los diputados se agrupaban o paseaban conversando; algunos dormían. Ninguna deliberación. De vez en cuando, algún ciudadano que aparecía en la sombra de la barandilla o bien algún colega que se aventuraba hasta las antecámaras, les informaba sobre las peripecias del ataque inminente: Hanriot arengaba a sus tropas; aumentaba el número de los asaltantes; los cañones, cargados de metralla, apuntaban al palacio y la Convención, cuyas únicas armas eran sus decretos, ponía «fuera de la ley» a los insurgentes y a sus cómplices. ¡Fuera de la ley! Era la supresión sin más, la condenación a muerte, sustraída al azar del proceso. Fuera de la ley Hanriot, Robespierre, Le Bas, Saint-Just, toda la Comuna rebelde... Pero, ¿qué podían aquellas sanciones contra el motín

desencadenado?

Sin embargo, eran ya las nueve y media. Había caído la noche, tan abrasadora como el día. Hanriot no atacaba. A su lado titubeaba Damour, que, beodo hasta el punto de no poder sostenerse apenas en pie, apretaba contra su corazón las cuerdas que habían atado a su general:

—Aquí están estas cuerdas: para mi valen una corona cívica. No las daría ni por un millón.

Hanriot continuaba perorando. Lo cierto era que ni él, ni nadie, se atrevía a nada irremediable. La insurrección se hallaba sin jefe: nadie quería asumir la responsabilidad del primer disparo; la batalla quedaría reducida a discursos, juramentos y galopadas. De pronto, Hanriot ordenó media vuelta y condujo a toda su tropa hasta el Ayuntamiento, donde fue recibido en triunfo. Allí estaban el hermano de Robespierre y Le Bas; pero ¿y Maximiliano? ¿Qué se había hecho de él?

Al fin supieron: en la prisión del Luxemburgo, a donde había llegado hacia las siete y media, seguido de «unos dos o tres mil papanatas», el portero se había negado a abrir la puerta. La orden de la Comuna era «no recibir a ningún detenido^[37]». Entonces Maximiliano se hizo conducir por sus dos gendarmes a la Alcaldía, situada en el recinto del Palacio de Justicia, en el antiguo hotel del primer presidente. Llegó allí a eso de las nueve de la noche. La criada de la ciudadana Lescot-Fleuriot había advertido desde la mañana «que había mucho jaleo»; pero ignoraba el motivo. Al caer la tarde oyó en la calle de Jerusalén, que daba acceso a la Alcaldía, grandes aplausos y gritos de «¡Viva Robespierre!» Los agentes de policía corrieron a la llegada del simón y abrieron la portezuela: Robespierre «saltó del coche, sin tocar el estribo», como enajenado; «tenía un pañuelo blanco pegado a la boca y se lanzó hacia el patio»; estaba «pálido y muy abatido». Los administradores le recibieron con las más vivas demostraciones de amistad; tras haberle abrazado le condujeron, sosteniéndole, hacia su despacho. Un empleado que se había asomado a la ventana oyó estas palabras a uno de ellos: «Tranquilízate. ¿No estás con tus amigos?» Los gendarmes que le habían acompañado fueron prendidos al punto, culpables de «haber puesto la mano sobre el amigo del pueblo».

Robespierre no quería abandonar aquel asilo seguro. En vano le envió la Comuna una delegación, con una invitación acuciante: «Se necesitan tus consejos. Ven inmediatamente». Se negó a moverse: se había sublevado París por su causa y él pretendía aguardar, lejos del peligro, el desenlace legal de la situación. La Comuna insistió: resultaba manifiesto que el gran deseo de todos consistía en repartir las responsabilidades y comprometerse lo menos posible. Para ello habían enviado un fuerte destacamento de caballería a sacar a Saint-Just de la prisión de los Escoceses: acababa de llegar al Ayuntamiento. Ahora querían tener a su lado a Robespierre: el matamoros Hanriot, infatigable, montó de nuevo en su caballo, galopó hasta la Alcaldía, recogió al *Incorruptible* y le llevó a la Comuna. Su entrada suscitó delirantes aclamaciones y «abrazos repetidos». Ya sólo faltaba Couthon, que tranquilo también en la cárcel de Port-Libre, sólo pedía que lo olvidasen. Robespierre le envió a buscar por los gendarmes, que hubieron de parlamentar no menos de un cuarto de hora con el impedido antes de decidirle. Finalmente lo llevaron también, muy a su pesar, al Ayuntamiento hacia la una y media de la madrugada.

Mezquinos dictadores. Cuando estuvieron allí, pareció flaquear la energía del cuerpo municipal, tan atrevido al comienzo de la lucha. Hubiera sido cuestión de «improvisar el rayo» y nada se hizo. Robespierre pronunció un discurso. Sentado en un sillón, al lado del alcalde Lescot-Fleuriot, recibió el juramento de diversas diputaciones: un pretexto para numerosas arengas. También se intercambiaron algunos golpes: un ropavejero que allí se encontraba, llamado Juneau, se permitió insinuar que la Convención no estaba compuesta únicamente de malvados, lo que le valió que le sacudieran: le quitaron el sombrero, le destrozaron el vestido y le condujeron a Robespierre, que le juzgó sumariamente: «¡Tundidlo a golpes!»

Escribieron a los ejércitos, que afortunadamente distaban mucho de interesarse por lo que sucedía en París. Luego, fatigado por el ruido, Robespierre pidió retirarse con sus amigos al salón vecino. Allí celebraron consejo, sin resolver nada. ¿Aguardaban el día para marchar sobre la Convención? ¿Esperaban que ésta no podría continuar sin ellos y se disolvería por sí misma o que el pueblo se bastaría para dar cuenta de ella? El pueblo era como la criada de la ciudadana Lescot: advertía que «había jaleo», pero no percibía sus causas. ¿Cómo podía elegir entre dos partidos cada uno de los cuales le invitaba a «combatir a los facciosos, a los tiranos y a los enemigos de la libertad», términos gastados por el abuso que ya no impresionaban? Además, nada se decidía: aquella carrera sin objeto desde el Carrusel hasta la Grève, aquel interminable plantón ante el Ayuntamiento, desconcertaban a los más resueltos. ¿Qué esperaban? Intentaron retener a la gente con repartos de vino: los artilleros bebían a costa de Hanriot en la calle Mouton, pero ya se aburrían. Nada sobrevendría antes del nuevo día. Y poco a poco, primero individualmente, luego en grupos y por fin en masa, la mayoría de los soldados ciudadanos regresaron a sus barrios respectivos. A la una de la madrugada, cuando Hanriot salió del Ayuntamiento para animar a sus tropas, encontró la plaza casi desierta, soltó una andanada de juramentos y volvió a entrar sin impedir la desertión de «sus bravos hermanos de armas^[38]».

Al ver retirarse el ejército revolucionario, la ciudadana Le Bas, que sin duda debió de quedarse en la Grève con la esperanza de volver a ver a su marido, consideró que no pasaría nada decisivo antes de la mañana. Al regresar a su casa encontró en la calle Gesvres un cortejo que la aterrorizó: tres diputados a caballo proclamaban la situación fuera de la ley de los conspiradores. En efecto, la Convención se había recobrado al levantar Hanriot el asedio, nombró a Barras —uno de sus miembros— comandante general de la fuerza armada y éste, provisto de un penacho de plumas y un fajín, se puso en acción inmediatamente. No disponía más que de cuatro mil hombres, todos ciudadanos reaccionarios o moderados, y sólo pretendía proteger la retirada de la Asamblea «hacia las alturas de Meudon». Al mismo tiempo, una docena de diputados se habían ofrecido para recorrer las calles y atraerse al pueblo desorientado: cada uno de ellos se armó de un sable y se ciñó, como Barras, un fajín tricolor; precedidos de tambores y de ujieres portadores de antorchas, rodeados de policías, agentes de los Comités y gendarmes, se detenían en los cruces de las calles y daban lectura a una proclama y al decreto en que se declaraba fuera de ley al grupo disidente.

El efecto fue teatral. De alto en alto se aproximaron al Ayuntamiento: uno de estos grupos fue el que encontró Isabel Le Bas. Sostenidos por la tropa de barras que, en dos columnas, se dirigía también hacia la Grève, llegaron por fin a la plaza poco antes de las dos y media de la mañana... El lugar se hallaba desierto. Algunos miembros de las secciones se habían agrupado bajo las dos arcadas de la casa consistorial, como para guardar su acceso, y la puerta central estaba obstruida por un gentío al que la aglomeración del porche impedía pasar al interior. No se veían defensores. Solamente las siete altas ventanas del gran salón y las dos de la sala de la Secretaría, que lo continuaba, recortaban en la noche sus rectángulos de luz. La Comuna, pues, no había levantado su sesión. En aquel momento recibía a una diputación de los Jacobinos, en la que figuraban el carpintero Duplay y el cerrajero Didiée, dos íntimos de Robespierre.

El cortejo de la Convención, desembocando en la plaza, se detuvo a distancia respetuosa. Tal vez estuviese minado el Ayuntamiento; sus ocupantes lo defenderían enérgicamente. Mientras los emisarios de la Convención deliberaban, alguien vio, a treinta pies del suelo, a un hombre que, saliendo de una de las ventanas de la Secretaría, ponía el pie en la estrecha cornisa del primer piso, entre las luces que se apagaban. Tenía los zapatos en la mano, parecía vacilar e iba y venía de un extremo a otro del peligroso pasillo. Se detuvo: la voz de un pregonero proclamaba la proscripción de los rebeldes. Entonces el hombre tomó impulso y se lanzó al vacío... Cayó sobre la gente aglomerada en la escalinata, derribó a dos personas y quedó,

destrozado, en los escalones. Era el hermano de Robespierre, «Bonbon».

Uno de los agentes del Comité de Salud Pública, Dulac, que formaba parte de la escolta de la Convención, le había visto caer. Comprendiendo, a la vista de aquel trágico suicidio, que la insurrección se hallaba en un aprieto, se abrió paso entre el gentío y llegó hasta la escalinata; varios hombres decididos le seguían, empujando a quienes se apiñaban en los escalones y los vestíbulos del primer piso. Una turba infranqueable cerraba el acceso a la sala donde la Comuna se hallaba reunida.

El conserje Bochard, que había subido a toda prisa llamado por un gendarme, entraba en aquel momento en la Secretaría por una puerta trasera más accesible y vio a Le Bas tendido muerto en el suelo; inmediatamente, Robespierre se descerrajó un tiro, cuya carga le perforó la mandíbula, pasando a escasísima distancia de Bochard, sobre quien cayó, ensangrentado, «en el mismo quicio de la puerta».

Al escuchar aquel disparo, Lescot-Fleuriot, que presidía la Comuna, saltó de su sillón, corrió hasta la puerta de la Secretaría y reapareció poco después pálido y tembloroso. Al punto se oyó gritar por todas partes: «¡Robespierre se ha levantado la tapa de los sesos!»

Era el preciso momento en que Dulac y los suyos, sable en mano, habían conseguido al fin penetrar en la sala de la Comuna: en ella se encontraban aún treinta munícipes, «petrificados», que se dejaron prender sin resistencia. Dulac continuó hacia la Secretaría por el pasillo tortuoso que llevaba hasta ella, atascado por un amontonamiento humano, confusa mezcla de gritos, patadas, golpes y empujones. En el umbral de la sala vio a Robespierre que yacía «cerca de la mesa; bajo esta se había refugiado Dumas, que daba vueltas entre sus dedos a un frasco de agua de melisa».

El Ayuntamiento había caído en poder de los hombres de la Convención. En todas las galerías continuó en medio de una confusión indescriptible la caza de los rebeldes. No se sabía quién perseguía y quién era perseguido. Saint-Just, siempre impasible, apenas despeinado, se entregó sin pronunciar una palabra. Hanriot había desaparecido. Un tal Laroche, pintor de profesión, al subir la gran escalera, vio a un hombre llevado por otro a la espalda; éste le abandonó en lo alto, como si fuera un bulto comprometedor: era Couthon. Laroche le interpelló.

—Mátame —pidió el inválido.

Pero el obrero se negó a ello.

—Entonces, llévame a la escalerilla que hay ahí —suplicó Couthon.

Laroche obedeció y se quedó a su lado.

—Súbeme un piso más arriba —gimió Couthon.

El reducto donde Laroche le arrastró estaba muy oscuro y el pintor no abandonó a su prisionero.

Durante una hora, el angustiado gotoso prestó atención a todos los ruidos: hubiera querido saber lo que sucedía en la sala de la Comuna. Al percibir un gran clamor de «¡Viva la Convención!» tembló exclamando: «¡Estoy perdido!». Y al ver que sacaban a los munícipes detenidos, repitió: «¡Estoy perdido! Dame tu cuchillo...»

Entonces Laroche, seguro ya de que la victoria se había resuelto, lanzó una voz:

—¡A mí, camaradas! ¡Tengo a Couthon!

—Desgraciado, ¿me entregas...?

Pero Laroche era implacable:

—¡No hay Dios, es preciso que te arregles sin él!

Dos hombres acudieron con luces. Uno de ellos descargó su pistola sobre el parálítico encogido: la bala le alcanzó en la frente; su sangre salpicó el calzón de Laroche, que se apartaba.

Al amanecer, se hizo el «balance». El cadáver de Le Bas fue trasladado al cementerio de San Pablo, donde lo enterraron a las siete de la mañana; los dos sepultureros Quatremain, padre e hijo, firmaron solos al acta de defunción. El hermano de Robespierre, recogido «casi sin vida»

después de su caída sobre la escalinata del Ayuntamiento, fue llevado en una silla por varios ciudadanos hasta el comité de la sección de la Comuna, calle Barres; cuatro cirujanos diagnosticaron, además de una fractura de la pelvis y varias contusiones graves en la cabeza, un inquietante estado «de debilidad y ansiedad». A pesar de todo le interrogaron: el paciente protestó que «no había dejado de cumplir con su deber en la Convención» y que «era puro como la naturaleza, igual que su hermano»; denunció como enemigos del pueblo y conspiradores a Collot d'Herbois y Carnot. En sus bolsillos se halló su credencial de diputado, varios papeles, una llavecita y 16 libras con 5 céntimos en papel moneda. Aunque los médicos declararon que estaba a punto de entregar el alma, lo condujeron al Comité de Seguridad General. Couthon, desvanecido, aguardaba en una camilla que le llevasen a un hospital para ser curado. Maximiliano Robespierre, con el rostro ensangrentado, fue trasladado a las Tullerías, tendido en una tabla^[39]. Llegó al Carrusel hacia las dos y media de la mañana. La Convención no había interrumpido su sesión desde la víspera antes de mediodía. En aquellos momentos presidía Charlier, remplazando a Collot, que estaba extenuado.

—Ahí está el cobarde Robespierre —dijo—. ¿Queréis que entre?

—¡No! ¡No! —gritó la Asamblea, súbitamente despierta de su sopor. Así supo que su victoria había sido completa.

Ordenaron depositar al tirano en el Comité de Salud Pública. Sus portadores le tendieron en la antecámara «sobre una mesa de caoba» y apoyaron su cabeza vacilante en una caja de abeto. En la sala contigua, sus antiguos colegas, recobrados ya de sus zozobras, comían y bebían copiosamente.

En la antecámara, repleta de gente que había acudido a verle, Robespierre, tendido en la mesa, yacía inmóvil y lívido como un muerto, con los ojos cerrados, sin sombrero ni corbata, abierta la camisa, manchada de sangre lo mismo que su casaca azul violácea y su calzón amarillo de mahón; las medias de algodón blanco estaban caídas sobre los talones. Al cabo de una hora abrió los ojos. Su herida sangraba en abundancia; de vez en cuando la secaba con un saquito de piel blanca que retenía en la mano, probablemente la funda de su pistola^[40]. Alrededor de la mesa, donde le habían dejado como objeto de curiosidad, un gentío sarcástico —sus aduladores de ayer— observaba sus menores movimientos. Muchos le injuriaban o hacían mofa de él. Él les miraba fijamente, sobre todo a los empleados del Comité que reconocía. Algunos, movidos a compasión, le ponían en las manos pedazos de papel, a falta de paños, para que secase su herida. A veces, agitado por sacudidas convulsas, levantaba los ojos al techo.

Salió el sol, iluminando la esplendidez de aquellos jardines que habían visto su gloria. El alba incendiada presagiaba un día aun más cálido que el anterior. Hacia las cinco de la mañana, un médico militar que pasaba fue invitado a atender al herido; se le sumó el cirujano mayor de los granaderos de la Convención y ambos lavaron el rostro de Robespierre, muy hinchado y maltrecho hasta los ojos; la mandíbula izquierda estaba perforada, a una pulgada de la comisura de los labios; retiraron varios dientes de la boca, así como algunos fragmentos del hueso destrozado, pero «no encontraron ni la bala ni rastro de su salida» y, «vista la pequeñez de la herida, sacaron la conclusión de que la pistola debió de estar cargada sólo con perdigones».

Atroz agonía. Él, que tan dolorosamente había sufrido las tristezas de su infancia y las humillaciones de sus comienzos, que tanto se había esforzado en desquitarse de ellas, quizá con la esperanza de borrar de su espíritu —agriado por su causa— su lacerante recuerdo, se encontraba allí, pisoteado, escarnecido, odiado, miserable, destilando gota a gota la suprema afrenta de su derrota definitiva, la vergonzosa amargura de su vida frustrada, el ludibrio de su última aventura en la que no había mostrado —¡él, tan seguro de su genio!— previsión, ni habilidad, ni energía, ni clarividencia, ni penetración política... No habría sido grande más que a los ojos de la plebe, temido sólo por los tímidos, alabado por los hipócritas, y su nombre pasaría

a la historia como el de un mediocre ambicioso, un sectario cizañero, arisco y envidioso. Una hora, sólo una hora radiante había disfrutado en compensación de tan crueles sinsabores, cuando vio a París a sus pies, en medio de las melodías y las charangas; y aquella Fiesta, en la que mezclaba a Dios y en la que Dios estuvo decididamente ausente, había señalado al mismo tiempo el primer paso hacia el hundimiento.

¡Qué enigma el de una existencia semejante, a la vez tan nefasta y tan atormentada, sin alegrías, hecha sólo de odio y de luchas! ¿Qué objetivo misterioso se había ocultado bajo aquella pretensión de lograr la edad de Oro mediante el Terror y el cadalso? Ya no hablaría nunca; jamás se sabría cuál fue su quimera y cabría discutir indefinidamente, sin llegar nunca a una conclusión cierta, si fue instrumento de un partido oculto, un utopista, un monomaniaco o simplemente un envidioso atrabiliario, víctima de una hiel atávica. Quien le considere un precursor o un bienhechor del pueblo hace pensar en aquella frase de un demócrata desengañado: «¡El pueblo sería muy feliz si no tuviese tantos amigos!»



El trágico fin de Robespierre ha sido relatado mil veces. Le trasladaron en un sillón desde las Tullerías a la Conserjería. Un niño que salía de la escuela encontró en el Puente Nuevo el espeluznante cortejo. Los porteadores, para tomar aliento, habían colocado su carga en el suelo, a la entrada del muelle Lunettes, frente a la explanada donde se encuentra la estatua de Enrique IV. La turba silbaba y gritaba al herido, que con la cabeza envuelta en una toallita manchada de sangre, ante cada vociferación volvía los ojos hacia el lugar de donde ésta partía y respondía con un encogimiento de hombros. En la vieja prisión —donde su entrada llevaba la esperanza y la salvación— lo arrojaron en una mazmorra en espera del juicio; «los carceleros le pisoteaban». Pareció entonces despertar de un largo sueño. Se dice que hizo señas de que deseaba escribir. Uno de sus guardianes respondió con un sarcasmo. ¿Qué confidencia hubiera hecho? ¿Qué secreto se disponía a revelar? ¿Pretendía ganar tiempo, maldecir por última vez a sus enemigos o —¡quién sabe...!— implorar la absolución de un sacerdote?

En el tribunal, la audiencia fue dramática, pero breve. Sólo habían logrado capturar, hasta el momento, a veintidós de los conjurados. Todos estaban fuera de la ley, de modo que bastaba comprobar su identidad: dos empleados del tribunal cumplieron aquel formalismo. Aparecieron en el pretorio cuatro camillas: en una yacía Robespierre; en otra su hermano, destrozados los riñones, casi moribundo; en la tercera, Couthon; y en la última, Hanriot, hallado al fin en un pequeño patio del Ayuntamiento, donde se había arrojado desde una ventana sobre un montón de estiércol. Los demás eran Saint-Just, Payan, Dumas, detenido la víspera en aquel mismo tribunal en su poltrona de presidente, el zapatero Simón, varios otros miembros de la Comuna rebelde y Lescot-Fleuriot, el alcalde de París. Cuando llegó el turno de éste, Fouquier-Tinville, que era amigo suyo, tuvo un gesto teatral y digno: depositó su fajín y salió de la audiencia, dejando a Liendon, su sustituto, la misión de realizar el interrogatorio.

Una vez terminada la identificación, sin debate alguno, los veintidós fueron entregados al verdugo. Carecemos de detalles acerca de su actitud en aquel momento terrible en que se despojaba a los condenados de sus joyas y de su dinero y se les preparaba para la muerte. Tres carretas aguardaban en el patio del Palacio. Cuando comenzaron a cargar en ellas a los condenados, a eso de las seis, estalló en el gentío un estruendo de aplausos y de gritos jubilosos que aquéllos no debían ya dejar de oír: en efecto, durante todo el recorrido, desde la Conserjería hasta la plaza de la Revolución —pues un decreto de la Convención ordenaba que, para mayor solemnidad, la ejecución se verificase en aquel lugar, donde no se había levantado la guillotina desde la fiesta del Ser Supremo—, los alaridos, los cantos, las burlas, los gritos de alegría y las maldiciones salían de la muchedumbre en espantoso tumulto.

Jamás había visto París animación semejante, ni siquiera en la fiesta de las victorias. En todas las ventanas abiertas había cabezas risueñas; en todos los balcones, grupos animados; en las

calles, todos los sombreros al aire, rostros radiantes, intercambio de felicitaciones, una comunidad de sentimientos, una expansión de contento general... Ni un gesto de piedad hacia aquellos desgraciados que iban a morir: por el contrario, su lamentable aspecto exaltaba el entusiasmo implacable de la masa. Hanriot, con las mejillas cubiertas de costurones y un ojo fuera de su órbita, iba en la primera carreta, al lado del hermano de Robespierre, tendido como un cadáver; en la segunda, Maximiliano, sentado junto a Dumas, llevaba la cabeza baja, tocada con un bonete y envuelta en paños sanguinolentos; Couthon, tumbado en la tercera carreta, era pisoteado por los otros. Todos, mustios y consternados, guardaban silencio, escarnecidos por el júbilo popular.

La aglomeración era tan grande que las carretas hubieron de detenerse varias veces: su recorrido se prolongó una hora. Un alto frente a casa Duplay: varias mujeres a la puerta bailaban en corro; un arrapiezo, mojando una escoba en un cubo de carnicero, roció de sangre los postigos cerrados. En la plaza fatal, una multitud turbulenta. La parada final, al pie del Cadalso. Couthon fue el primero que llevaron bajo la cuchilla; luego, los demás.

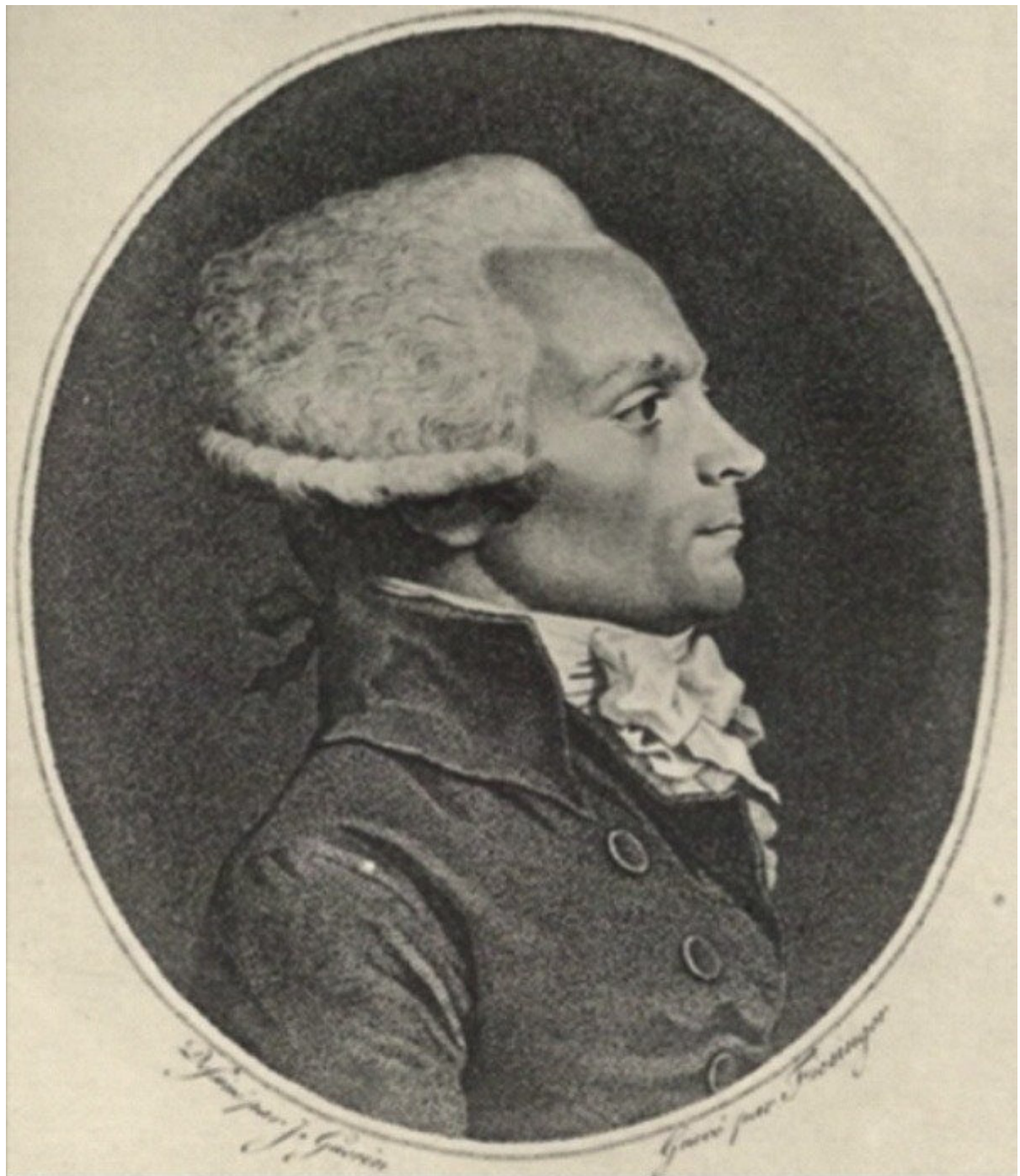
Fue largo. Por lo menos media hora, y quizá más, de horrible espera. Mientras guillotinaban a sus compañeros, recostaron a Maximiliano en el suelo, con su bella casaca azul atada sobre sus hombros desnudos. Subió el penúltimo. Cuando, para descubrirle la nuca, los verdugos arrancaron el vendaje que le envolvía toda la cabeza, se oyó un rugido de dolor tan estridente que aterró incluso a quienes se hallaban situados en los extremos de la plaza, y Robespierre apareció por última vez, cubierto de sangre, con la boca abierta y la mandíbula colgando. Lescot-Fleuriot murió el último.



Unos momentos más tarde, en la Convención, que continuaba reunida en sesión permanente, Tallien anunciaba: «La cabeza de los conspiradores acaba de caer»... Un trueno de aplausos le impidió continuar. Cuando pudo hacer de nuevo uso de la palabra, lo hizo con el tono del *deus ex machina* de las tragedias colegiales: «Vamos —dijo— a unirnos a nuestros conciudadanos. Compartamos la alegría de todos. El día de la muerte de un tirano es una fiesta de fraternidad». De acuerdo con su propuesta se levantó la sesión «entre el ruido de los aplausos y los gritos de alegría».

Ilustraciones (NOTA ACLARATORIA)

Las ilustraciones (fotografías, grabados, cuadros, etc.) que siguen son las utilizadas en la edición española de este libro de G. Lenotre. Los pies de las mismas son, en general, correctos en su función informativa, salvo algunos pocos errores o datos incompletos que son aclarados con las correspondientes «Notas del Editor Digital».



RETRATO DE ROBESPIERRE

Dibujado por Guérin, grabado por Fiésinger. Colección H. B.

«No he visto nada tan impasible en el mármol helado de las estatuas ni en el rostro de los muertos», diría Barras de Maximiliano Robespierre. Durante tres años, este «ciudadano incorruptible» como le proclamó el pueblo, hizo vivir a Francia un Reinado del Terror, con sucesivas depuraciones de la Asamblea y de los distintos Comités, que, al fin, se rebelaron contra él llevándolo a la guillotina.



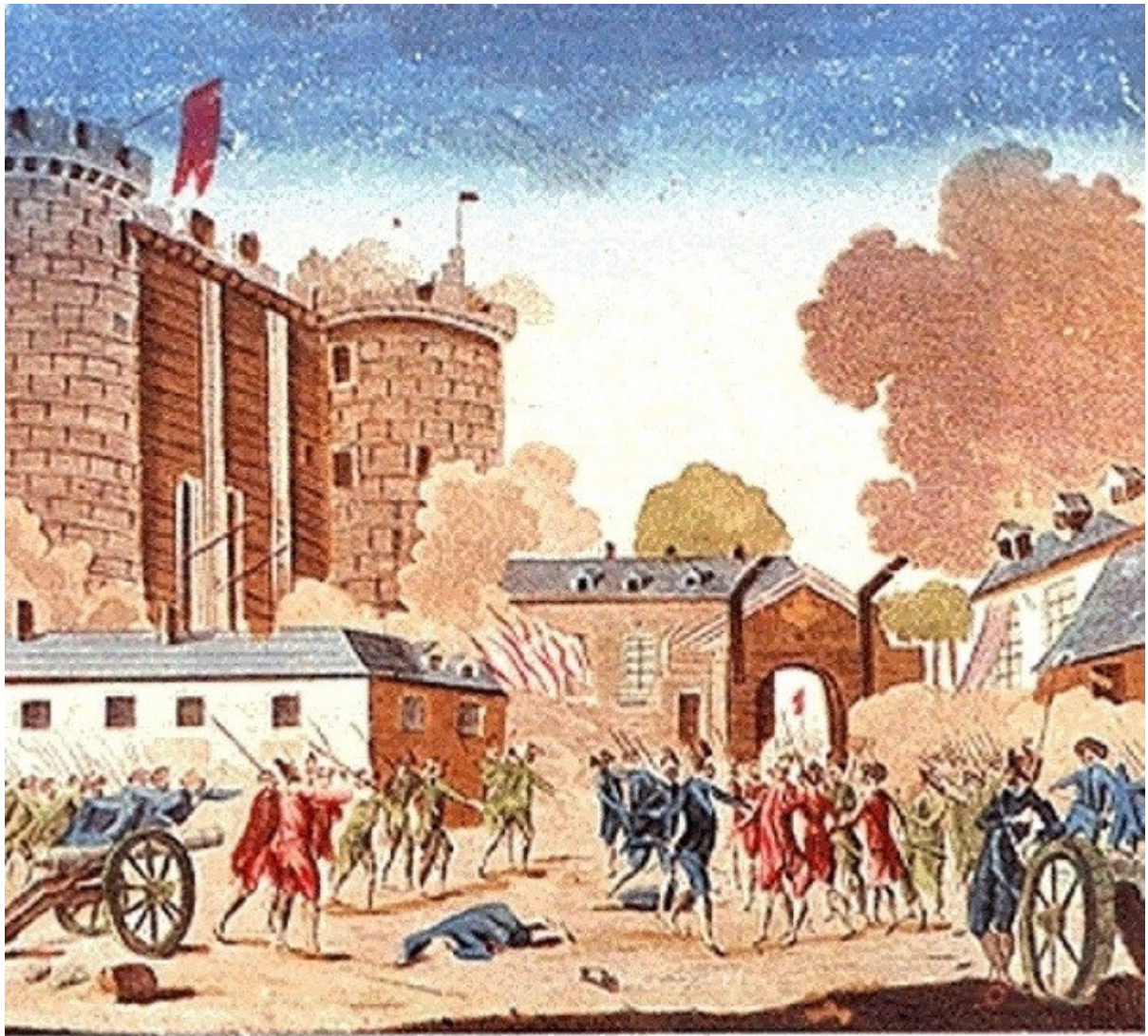
La Revolución Francesa, cuya paternidad se ha atribuido impropriadamente a veces a los intelectuales de la generación anterior, no debe su origen a ellos, sino a la existencia previa en Francia de unas «condiciones objetivas» que la hicieron posible: el desnivel económico y social de los franceses, entre la magnificencia de la corte de Versalles y las pésimas condiciones de vida de extensos sectores, la crisis alimenticia de 1789...



En los primeros años del reinado de Luis XVI pareció que la triste herencia del mal gobierno de su predecesor Luis XV iba a desaparecer merced a la acción de un ministerio reformista del que formaba parte Turgot. Sin embargo, el plan de reformas de éste no pasó de proyecto, lo que acentuó la gravedad del malestar nacional extendido de los sectores económico y social al constitucional.



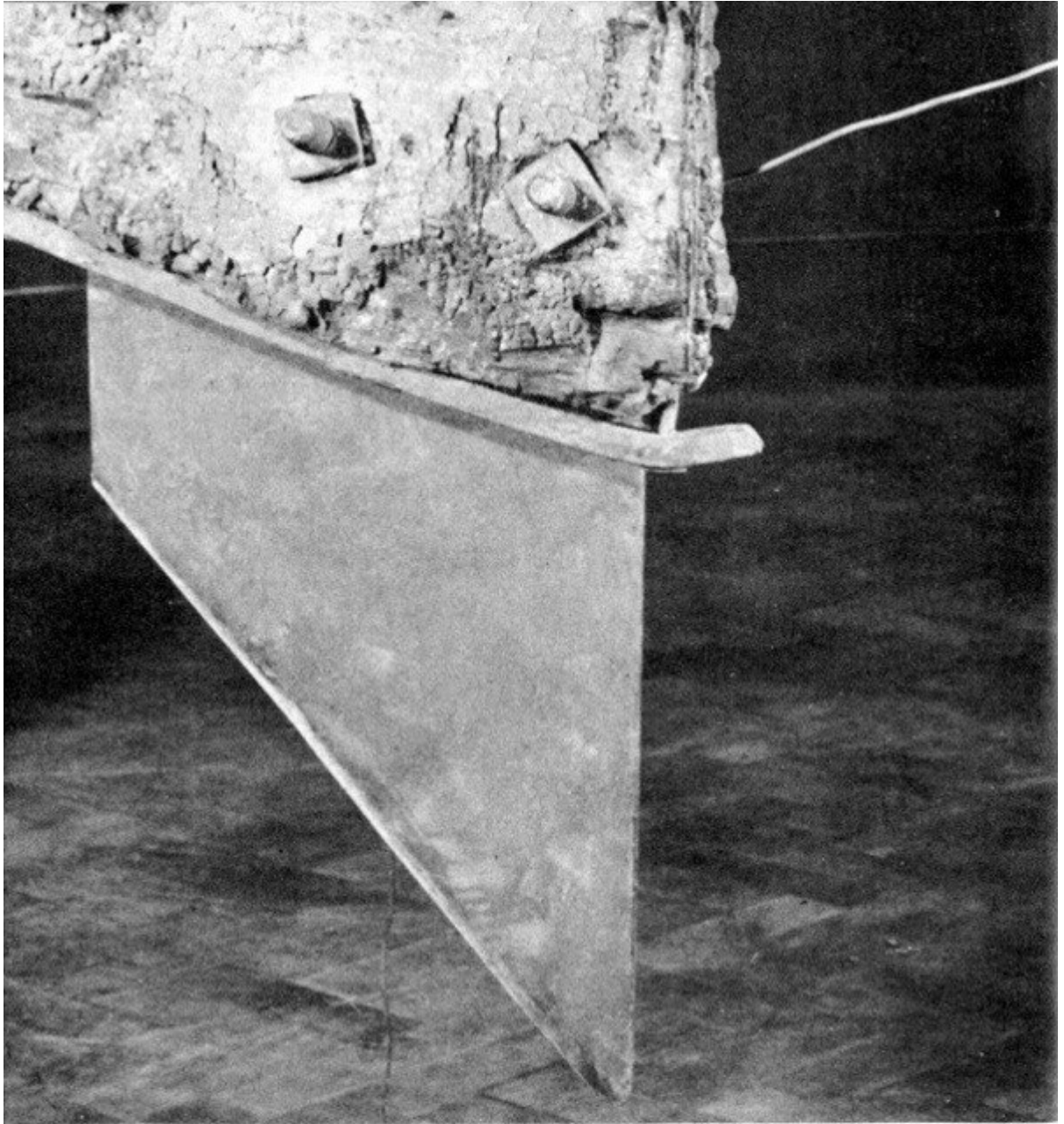
La serie de acontecimientos contradictorios que en sucesión rápida se produjeron en Francia entre 1789 y 1815 hizo muy difícil a los hombres públicos franceses conservar, incluso en un sentido meramente físico, la cabeza sobre los hombros. La habilidad necesaria para ello brilló sobre todo en Fouché, que consiguió medrar, como nadie, a lo largo de tan agitados decenios.



El 14 de julio de 1789, conservado como fecha de la fiesta nacional francesa, el pueblo de París, exasperado de forma inmediata por la negativa del rey a retirar unas tropas que amenazaban la vida de la recién creada Asamblea Constituyente, se apoderó de los arsenales y con sus armas procedió al asalto de la Bastilla.

Un pequeño matiz, necesario para el rigor histórico. La afirmación de que «el pueblo de París [...] se apoderó de los arsenales y [...] procedió al asalto de la Bastilla» no es del todo exacta. Con la ayuda de la Guardia Nacional, unida a los ciudadanos que se habían hecho con las armas custodiadas en Les Invalides, la multitud se dirigió a la Bastilla (prisión de aristócratas que en esos momentos albergaba sólo a siete reclusos) para apoderarse de las municiones y la pólvora que se custodiaban en la célebre prisión, sin las cuales las armas robadas no servían para nada.

(Nota del Editor Digital)



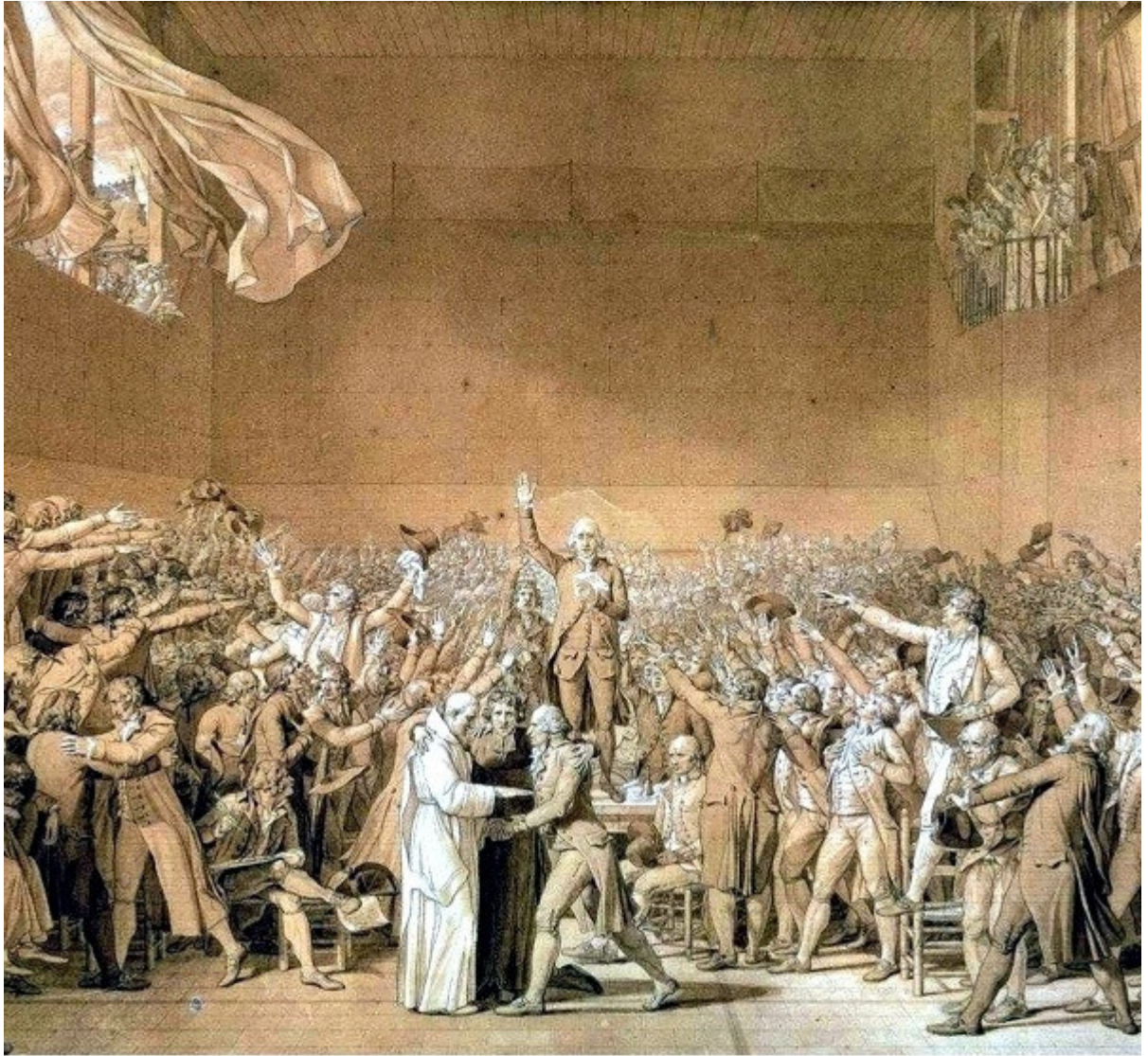
Aunque usada desde hacía tiempo en Europa, la guillotina ha quedado asociada al recuerdo de la Revolución Francesa desde que el doctor Guillotin recomendara su empleo a la Asamblea Nacional. El Reinado del Terror, que durante dos años presidió Robespierre, hizo de ella un personaje habitual en las calles de París.

La imagen corresponde a la de una auténtica cuchilla utilizada en la Guillotina de aquella época, expuesta, entre otras muchas reliquias de aquellos tiempos convulsos, en el Museo Carnavalet de París.

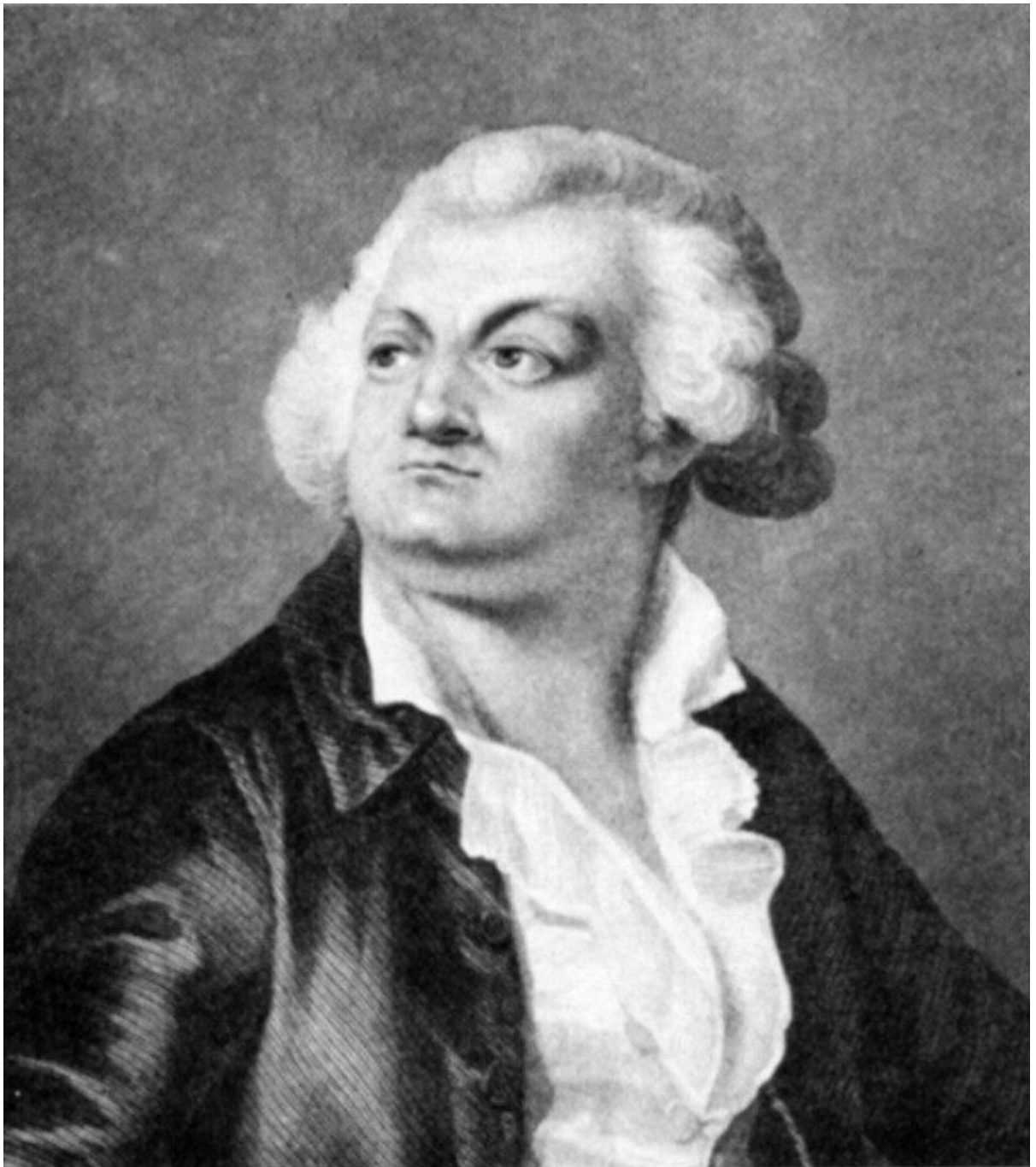
(Nota del Editor Digital)



Comisario del Ejército de Italia al comenzar la guerra contra Cerdeña, miembro del Comité de Salud Pública, Barras colaboró con Robespierre en los momentos culminantes del Reinado del Terror, hasta que, volviéndose contra él, contribuyó a llevarlo a la guillotina y a fomentar una fuerte reacción en favor de un gobierno constitucional.



La presentación pública de cuentas por parte de Necker en 1781 confirmó a los comerciantes e intelectuales la situación de bancarrota en que vivía Francia. Para evitar la crisis se reunieron los Estados Generales en mayo de 1789. La sorpresa la dio el Tercer Estado al constituirse en Asamblea Nacional y jurar sus miembros en el Juego de Pelota no separarse hasta no dar al país una Constitución.



El proceso revolucionario que había de culminar en la obra de Robespierre, tuvo sus orígenes en la convocatoria de los Estados Generales, reunidos en mayo de 1789, de los que el Tercer Estado iba a salir vivificado y constituido en Asamblea Nacional, por obra, sobre todo, del elocuente conde de Mirabeau, que así lo propuso desafiando a la autoridad real.

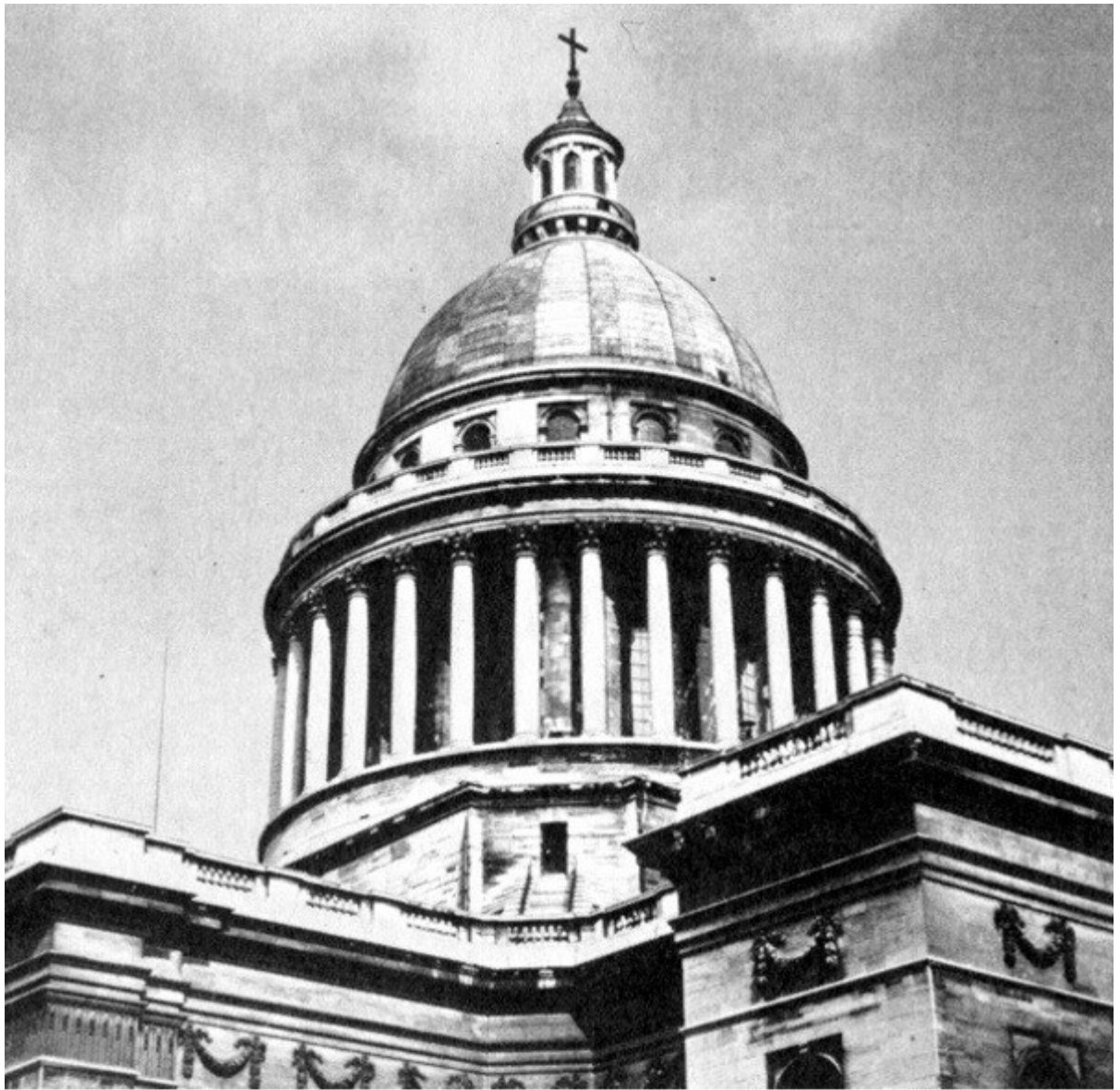


El *Petit Trianon*, templete del palacio de Versalles, escenario de las fiestas galantes de los reinados de Luis XV y XVI, puede ser el símbolo de una época en que mientras realeza y aristocracia vivían una alegre y desenfadada existencia, complicando al país en una serie de guerras catastróficas, iban creciendo la inquietud y el odio populares.

La foto de arriba puede inducir a error. Le Petit Trianon, no es ningún «templete», sino un palacete (imagen inferior) a no mucha distancia del gran palacio de Versalles, regalo de Luis XVI a María Antonieta, deseosa de aislarse de la etiqueta y boato de la corte. El templete retratado es el llamado «Templo del Amor», en los jardines aledaños a Le Petit Trianon.

(Nota del Editor Digital)





Tras la auténtica Guerra Mundial, que fue la de los Siete Años, Francia, derrotada en el exterior, debió hacer frente a una seria crisis interna —política y económica— para la que la clase rectora no estaba suficientemente preparada. Por otro lado, la ceguera de la monarquía ante la evidencia de los hechos precipitó los acontecimientos revolucionarios.



La creciente disyuntiva entre las necesidades del pueblo francés —para quien, como para toda Europa, habían llegado los malos tiempos económicos— y los gastos abusivos de la corte real, a los que economistas como Turgot y Necker trataron de poner freno, señala también el abismo psicológico e ideológico que iba abriéndose y que la Revolución trataría de salvar.



La Revolución Francesa suscitó un cambio en los propios gustos estéticos que, después de ella, se avinieron mal con los suaves y galantes cuadros cortesanos del período anterior. Más en consonancia con la tendencia de un Gobierno que buscaba su inspiración en la República, van a ser las obras como *El juramento de los Horacios*, de David, árbitro del arte francés.



La Revolución e independencia americanas vinieron a incidir sobre las condiciones existentes en la Francia prerrevolucionaria para estimular, a través de hombres como Lafayette, el desarrollo de las ideas republicanas. Demócrata convencido y defensor de la constitución, llegó a ser jefe de la Guardia Nacional y los vaivenes revolucionarios no consiguieron eliminarlo de un primer plano.



Mientras Robespierre ejercía sus funciones de dictador de Francia, el joven teniente Napoleón Bonaparte contemplaba los acontecimientos de París y se distinguía en las acciones militares a que dio lugar después la Guerra de la Convención. El llamado a trasladar a Europa el espíritu de la revolución vivía todavía un poco al margen de los hechos políticos.



La estampa, a pesar de su dramatismo, es eminentemente costumbrista: los carros de ajusticiados, con su cargamento de aristócratas, camino de la guillotina eran espectáculo normal en el París de la Revolución, al que asistía con sus improperios el bajo pueblo, tratando de hallar en la muerte de aquellas odiadas personas el remedio de sus males.

La imagen empleada en esta ilustración está muy lejos de ser «eminente-mente costumbrista» y es de una excepcionalidad absoluta. No retrata ningún «cargamento de aristócratas», sino nada menos que a los llamados «Girondinos», diputados electos de la Convención Nacional, víctimas del primer golpe de estado de la historia contra un Parlamento democrático (con todas las deficiencias de los comienzos de tal institución), urdido por Robespierre y secundado con eficiencia por los miembros más extremistas de los Montagnards.

La ilustración de esta edición española es un grabado basado en una pintura de Karl Theodor von Piloty, cuyo título es:

«Los Girondinos, camino de la guillotina»

(Nota del Editor Digital)



THÉODORE GOSSELIN (Richemont —Moselle, departamento de la Lorena—, 7 de octubre de 1855 - París, 7 de febrero 1935). Historiador, dramaturgo y Académico francés que utilizaba como *nom de plume* el de «G. Lenotre», con el que firmaba todos sus libros, innumerables.

Estudió en Metz, con los Jesuitas, donde tuvo como condiscípulo al futuro mariscal Foch. Cuando Alemania se anexionó la Lorena, su familia se quedó en Francia. Instalado en París, G. Lenotre entró como empleado en la sección de estadísticas en el ministerio de finanzas, pero no tardaría en consagrarse a su gran pasión, la Historia.

Colaborador de *Le Figaro*, la *Revue des deux mondes*, el *Monde illustré* y *Temps*, donde publicaba sus crónicas de la «petite histoire», G. Lenotre publica igualmente numerosas obras consagradas esencialmente a la Revolución Francesa, construidas a partir de documentos de la época (periódicos, informes policiales, registros civiles...). Se pueden citar, entre otras: *La Guillotine et les exécuteurs des arrêts criminels pendant la Révolution, Paris Révolutionnaire*[A], *Un conspirateur royaliste pendant la Terreur: le baron de Batz, La Captivité et la mort de Marie-Antoinette: les Feuillants, le Temple, la Conciergerie*[B], *Vieilles maisons, vieux papiers* (6 tomos)[C], *La Chouannerie normande au temps de l'Empire, Le Drame de Varennes: Juin 1791*[D], *Les Massacres de Septembre, Les Fils de Philippe-Égalité pendant la terreur, Bleus, Blancs et Rouges, Le Roi Louis XVII et l'énigme du Temple*[E], *La Proscription des Girondins, Napoléon: Croquis de l'épopée*[F], *Femmes: Amours évanouies*[G], *La Révolution par ceux qui l'ont vue* [I], *Rois sans royaume*[H], *Versailles au temps des rois*[J]...

También trató el teatro con *Les Trois Glorieuses, Varennes, Les Grogards*. Rindiendo homenaje a este gran historiador de la época del Terror, Émile Gaborit escribió: «Poseía el culto al detalle perfecto y la fe en una impalpable supervivencia del pasado». Fue elegido miembro de la Academia Francesa el 1 de diciembre de 1932, a la edad de 77 años.

Robespierre es una de sus muchas obras publicadas póstumamente, en 1965.

En el año 2013 se le rindió homenaje con la publicación de una obra colectiva de jóvenes historiadores: *G. Lenotre. Le grand historien de la petite histoire* (Editions JC Lattès, collection «Essais et documents»). En la presentación de libro se escribió: «Théodore Gosselin, G. Lenotre, historiador dramaturgo, especialista de Versalles, de las guerras de la Vendée y sobre todo de la historia de París, cuenta todavía hoy con numerosos incondicionales. No sólo sus admiradores conocen bien sus libros, en particular los seis volúmenes de *Viejas casas, viejos, papeles*, sino que existe entre ellos una especie de competición amistosa: la de quién es el que posee el mayor número de ejemplares del centenar de obras escritas por el “maestro”. Se lee, se colecciona a Lenotre, ¡pero sobre todo se le quiere! Nadie puede recordarlo sin una especie de júbilo teñido de afecto: como si hubiese sido para cada uno de sus lectores una especie de “abuelo suplente” [...] su erudición, su talento innato para hacer revivir con su pluma los grandes y pequeños episodios y personajes de nuestra historia, su bonhomía, su humor [...] le confieren un lugar especial en el Panteón de los narradores. Es uno de esos maravillosos “contrabandistas” a quienes muchos de nosotros debemos el haber sabido amar la historia».

A propósito de su alias literario, el «apellido» de Lenotre es un homenaje a su admirado André Le Nôtre, el famoso diseñador de los esplendorosos jardines del palacio de Versalles en tiempos de Luis XIV. En cuanto a esa misteriosa «G», algunas veces fue transcrita (y sigue pasando en la actualidad) en notas bibliográficas como *Georges*. Un error que él mismo se encargó de aclarar en sus *Notes et souvenirs* (Paris, Calmann-Lévy, 1940, p. 60): «La G que he puesto ante *Lenotre* no significa ni Georges, ni Guy, ni Gaston, ni siquiera Gédéon, como algunos lo creen y dicen; es simplemente la primera letra de Gosselin, que es mi apellido de contribuyente».

Notas

- [1] El apellido era, en realidad, Derobespierre. Así aparece escrito en la resolución del Consejo de Artois por la que se admite a Maximiliano en el colegio de abogados. <<
- [2] Francisco de Robespierre, padre de Maximiliano, ocupó un lugar bastante destacado en el foro de Arras: defendió treinta y cuatro asuntos en 1763 y treinta y dos en 1764. No obstante, Devienne, antiguo procurador del Consejo de Artois, en unas notas manuscritas que se han conservado, declara que «era un abogado pobre y un pobre abogado». <<
- [3] «Le Point du jour», n° 102. «*Le Moniteur*». Reimpresión, II, 21-22, relata el incidente en los siguientes términos: «El señor Robespierre propone una enmienda, sobre la que habla extensamente en medio del tumulto... Fatiga a la asamblea con la redacción de una fórmula muy divertida que pretende leer cuando alborotan y que no lee cuando guardan silencio... “Pueblo, he aquí la ley...” Este comienzo pareció burlesco y no le dejaron leer el final». <<
- [4] Carta de Agustin Robespierre a Buissart (9 de setiembre de 1790): «En este momento encuentro plumas, tinta y papel. Crea usted que no es cosa fácil en la mesa de mi hermano...». <<
- [5] A esta entrada triunfal y al papel que en ella desempeñaron Buissart y su mujer —*la bella Arsenia*— alude un grosero panfleto que circuló por Arras después de Termidor, titulado *La linterna mágica o los grandes consejeros de José Lebon*, Sobre este mismo suceso véase las *Memorias* de Carlota Robespierre y Hamel, II, 5 y sgs., quien tuvo conocimiento de una carta escrita desde Arras por Robespierre a Duplay. <<
- [6] «*Moniteur*», reimpresión, XIV, 430. <<
- [7] Aulard: «*La Société des Jacobins*», II, 440. Sesión del 19 de marzo de 1792. <<
- [8] El 15 de abril de 1792, Robespierre fue atacado violentamente en los Jacobinos por Guadet y Brissot, que le acusaron con toda formalidad de erigirse en ídolo del pueblo para subyugarle mejor. Unas semanas más tarde, Clootz, partidario de la república universal, escribía: «El rey Luis XVI y el *rey Robespierre* son más temibles para Francia que los ejércitos austríacos y prusianos». <<
- [9] «*Moniteur*», reimpresión, XVI, 237. Sesión del 31 de mayo: Vergniaud a Robespierre, que está en la tribuna: —«¡Concluya de una vez! *Robespierre*: —Sí, voy a concluir y contra usted. ¡Contra usted, que después de la revolución del 10 de agosto ha querido llevar al cadalso a quienes la hicieron! ¡Contra usted, que no ha cesado de provocar la destrucción de París! ¡Contra usted, que ha querido salvar al tirano! ¡Concluyo, pero con un decreto de acusación...» <<
- [10] Le acusaba, sobre todo, «de haber gastado millones... pagado a cuarenta diarios y a más de cien funcionarios» para deshonorarle a él, Robespierre, enviando a todas las municipalidades el opúsculo en que Pétion renegaba de él. <<
- [11] Escribe Baudot: «Habiendo enviado a la muerte a los diputados de la derecha y de la izquierda, Robespierre se había apoderado del derecho de vida y muerte sobre los miembros de la Convención, fuese cual fuera su idea... Ejercía sin limitación el mismo derecho sobre los ciudadanos y poseía el mismo poder sobre las fortunas, ya que la confiscación era entonces consecuencia obligada de la condena». <<
- [12] Se ha supuesto, sin pruebas, que para este discurso famoso Robespierre había reclamado y obtenido la colaboración de un sacerdote —por supuesto, un sacerdote constitucional—. Quérard, en el *Dictionnaire des supercheries*, lo atribuye a un abate llamado Martín; Chalot, en un librito que se ha hecho muy raro, *Ce bon monsieur de Robespierre*, publicado en 1352, asegura que el discurso fue obra de Porquet, preceptor del señor de Boufflers. <<
- [13] Proceso de Fouquier-Tinville, n° 111, p. 4, de la imprenta del *Bulletin républicain*. Declaración de Sénar. <<
- [14] Archivos nacionales, F⁷ 4774⁷⁴. Informe del ciudadano Jatón y del ciudadano Pidoux,

gendarme. Jaton, agente de Heron, era un antiguo suizo de Chateaufieux. <<

[15]F⁷ 4774²⁷. Reunión en el barrio Marcel, calle Contrescalpe, en la esquina de la calle Neuve-Geneviève, cerca del barrio Estrapade. <<

[16] «... los comisarios del Comité no pudieron introducirse más que de uno en uno y como recipiendarios». *Informe y proyectos de decreto presentados a la Convención Nacional en nombre de los Comités de Seguridad General y de Salud Pública*, por Vadier. Sesión del 27 Pradial, año II. Impreso por orden de la Convención, p. 19. <<

[17] Stéphane Pol: *Autour de Robespierre: le Conventionnel Le Bas*, 150. <<

[18] Papeles inéditos, II, 127. <<

[19] *Idem*, 119 <<

[20] El discurso de Vadier está en el *Moniteur*, reimpresión, XX, 737 y siguientes. <<

[21] El borrador del decreto, trazado por la mano temblorosa de Vadier y pasados por él a uno de sus secretarios, está en la carpeta de la sesión. Archivos nacionales, C. 304, loc. cit. <<

[22] Wallon, *Histoire du tribunal révolutionnaire*, IV, 259. <<

[23] El señor de Sombreuil. <<

[24] Luis de Sainte-Amaranthe. <<

[25] Emilia de Sainte-Amaranthe. <<

[26] Nicole, criada de la señora Grandmaison. <<

[27] Georges Vidal, *Souvenirs de la Terreur*, IV, 375, citado por Wallon, *Tribunal révolutionnaire*, IV, 260, n. <<

[28] *Mémoires sur Carnot*, I, 536, 537. <<

[29] *Mémoires sur Carnot*, I, 539. <<

[30] Lecombe, *Les crimes des anciens Comités*. <<

[31] Courtois, *Rapport sur les papiers trouvés chez Robespierre* 159, 160, 165, 167. <<

[32] Aulard, *La Société des Jacobins*, VI, 298 y 469 n. <<

[33] *Courrier Républicain*, n° 274, 15 Termidor año II, p. 255-256. <<

[34] Archivos nacionales, F⁷ 477⁵⁴¹. «Didiée no estaba exento de embriaguez». <<

[35] Archivos nacionales, W 500. Declaración de Jacques Nourry. <<

[36] La frase no está en el *Moniteur*. En éste sólo se encuentra la siguiente mención: «Robespierre apostrofa al presidente y a los miembros de la Asamblea en los términos más injuriosos». Le *Républicain Français* del 10 (páginas 2523) cita el apóstrofe de Robespierre en estos términos: «Presidente, ¿cómo es posible que te encuentres hoy a la cabeza de los asesinos?». Ninguno de ambos periódicos recoge la frase famosa «¡Es la sangre de Danton que te ahoga!», ni la llamada de Robespierre a la derecha: «¡A vosotros me dirijo, hombres puros!» Es muy probable que tales frases no se pronunciasen, por lo menos textualmente: algún retocador reflejaría en esas fórmulas, que se han hecho legendarias, algunos fragmentos de diálogo, menos característicos, intercambiados en medio del tumulto por Robespierre y sus colegas. <<

[37] Archivos nacionales, W^{ia} 80.— «Comuna de París, Departamento de Policía (minuta). El 9 de Termidor, al conserje de la prisión de X (sic). Te ordenamos, ciudadano, bajo tu responsabilidad, que pongas la mayor atención en que ninguna carta ni otro papel alguno pueda entrar ni salir de la casa cuya guardia se te confía... Igualmente se te prohíbe recibir a ningún detenido, ni dar libertad alguna, si no es por mandato de la Administración de Policía. Los Administradores de Policía del Departamento.—Firmas». <<

[38] Por lo general se atribuyó a una tormenta la defección de las secciones. La mayoría de los relatos de la noche del 9 al 10 de Termidor hablan de una lluvia —e incluso de una «lluvia torrencial»— que cayó hacia medianoche. Es cierto que había llovido un poco el 9 por la mañana, a las nueve y cuarto, pero no cayó una gota durante el resto del día ni en toda la noche. El boletín del Observatorio lo atestigua. <<

[39] Es indispensable exponer por qué razones se ha adoptado aquí la versión del *suicidio* de Robespierre, contraria a la tradición generalizada de un pistoletazo disparado por el gendarme Méda.

Además de las declaraciones de Bochart, conserje del Ayuntamiento, y de Dulac, agente del Comité de Salud Pública, poseemos el relato escrito «según los informes proporcionados por los empleados de la Secretaría de la Comuna», donde hallamos estas palabras: «Robespierre se saltó la tapa de los sesos» (*Journal de Perlet*, n° 487, del 24 de Termidor, p. 87). Debe añadirse a estos testimonios el del orador de la diputación de la sección de Gravilliers, recibida por la Convención el 16 de Termidor: «Robespierre, el mayor, se pegó un tiro en la boca con una pistola y al mismo tiempo recibió otro de un gendarme» (*Moniteur*, reimpresión, XXI, 385). Aun apreciando la loable intención de este ciudadano, atento a conciliar ambas versiones, sólo debe recogerse el primer término de su declaración, ya que es sabido por el informe de los cirujanos que Robespierre no presentaba vestigios de otras heridas más que la que se produjo en la boca: por consiguiente, no había recibido disparo alguno de ningún gendarme.

En presencia de estas cuatro relaciones, de las cuales tres son contemporáneas del suceso —la de Dulac debió ser escrita algunos meses más tarde—, no hay que tener en cuenta el escrito de Méda, fechado en setiembre de 1802, que contiene casi tantas habladurías y necedades como líneas. <<

[40] Esa funda llevaba el nombre y la dirección de un armero de la calle Saint-Honore. <<